



*Mapa hablado
de la América Latina
en el año del Moncada*

*Mapa hablado
de la América Latina
en el año del Moncada*

MANUEL GALICH



cuadernos
casa

50

Edición y corrección: *Ana María Caballero Labaut*
Diseño: *Ricardo Rafael Villares*
Diagramación: *Luis Moya Medina*

© Manuel Galich, 2015
© Sobre la presente edición:
Fondo Editorial Casa de las Américas, 2015

ISBN 978-959-260-418-6
ISBN

casa

FONDO EDITORIAL CASA DE LAS AMÉRICAS
3ra y G, El Vedado, La Habana
editorial@casa.cult.cu
www.casa.cult.cu

Escuela de Ciencia Política
Edificio M-5, segundo nivel, zona 12,
Universidad de San Carlos de Guatemala,
Ciudad de Guatemala, C.A.

Para nosotros, la patria es la América.

SIMÓN BOLÍVAR

Mapa hablado de la América Latina en el año del Moncada (I)

25-50° lat. N
68-170° long. O*

El imperio de los *big-big-business*

Creo necesario, para comprender bien a la América Latina de los últimos veinte años, remontarnos justamente al año 1953, el año del Moncada, y penetrar un poco (no diría en «las entrañas», tan generosamente como Martí) en los engranajes, y quizá en el cerebro electrónico, del monstruo que nos es tan atterradoramente familiar: el imperialismo.

No es que el mundo haya sido de un modo hasta el 31 de diciembre de 1952 y de otro a partir del primero de enero de 1953, pero, indudablemente, 1953 fue un año de cambios importantes y, algunos, decisivos. A ocho años de la derrota del fascismo en Europa y de la muerte de Franklin D. Roosevelt, el juego de circunstancias generadas en el curso de la posguerra y su efecto inmediato —la elección de Eisenhower como presidente y de Nixon como vicepresidente por el Partido Republicano— colocaron a los Estados Unidos en condiciones de creerse excepcionalmente omnipotentes. Su clase dominante multibillonaria pudo entonces acariciar la ilusión de que, por fin, su viejo sueño de hegemonía mundial iba a realizarse, de que quizá se iniciara el anunciado «milenio yanqui», de que la sentencia dictada por Olney, secretario de Estado para los asuntos

* Las posiciones geográficas son solo aproximadas.

del continente americano a fines del siglo XIX, podría universalizarse a mediados del XX: «La voluntad de los Estados Unidos es ley en los asuntos en que interviene». Eso parecía en enero de 1953. Pero la historia de los últimos veinte años ha venido a corroborar que «los sueños, sueños son»...

Los más poderosos y reaccionarios representantes del capitalismo mundial tomaron en sus manos la suma del poder en el Ejecutivo y en el Congreso norteamericanos. En el Gabinete dominaban los amos de las industrias y las finanzas. Nunca, ni en tiempos de Hoover ni antes de Teodoro Roosevelt, habían tenido los colosos del dinero semejante poder. Hasta la misma Wall Street se sorprendería, y el *New York Post* dijo del nuevo gobierno yanqui: «El calificativo debe ser *big-big-business*. No se trata de simples industriales. Son los industriales del vértice de la pirámide. Nunca se había presenciado nada semejante». La lista de los *big-big-business* –ministros, secretarios, subsecretarios, embajadores, consejeros, asistentes, directores *et al.*–, incrustados en el Gabinete y en la diplomacia y, al mismo tiempo, en los directorios de las grandes empresas, con gruesos paquetes de acciones, sería impresionante y revelador.¹ El mundo entero, y particularmente nosotros, los latinoamericanos, teníamos sobradísimas razones para temer por nuestro destino, porque este quedaba

¹ «La administración Eisenhower señala una nueva culminación en el grado de apoderamiento directo por parte de los grandes negocios [...]. Nuestra propia tabulación abarca doscientos setenta y dos puestos superiores del Ejecutivo, en los que se decide la política, dentro de la primera administración Eisenhower: miembros de Gabinete, subsecretarios, asesores generales y funcionarios fundamentales, peculiares de ciertas instituciones, y los embajadores de los países más importantes. Por lo menos ciento cincuenta de ellos, una evidente mayoría, eran capitalistas activos u hombres adinerados por herencia o anteriores actividades comerciales [...]. Los ciento cincuenta capitalistas abarcan algunas de las más grandes corporaciones, de las familias adineradas y de las firmas de abogados de las corporaciones más importantes. Algunos de ellos pertenecen a firmas intermedias y otros tienen una importancia puramente local. La única característica general que se destaca es la preminencia de los financieros y de los industriales financieros, correspondiente a la importancia de la oligarquía financiera en la estructura general del control de las corporaciones de los ciento cincuenta, setenta y uno son, o bien predominantemente banqueros o bien incluyen a importantes instituciones financieras en sus directorios o posiciones conocidas» (Víctor Perlo: *El imperio de las altas finanzas*, La Habana, 1963, pp. 330-332).

seriamente amenazado con la presencia, por ejemplo, de Charles Erwin Wilson como ministro de Defensa, de Foster Dulles en la Secretaría de Estado y de John Moors Cabot como subsecretario para asuntos latinoamericanos. Dos palabras sobre lo que esos caballeros representaban darán una idea de los propósitos que animaban al gobierno de Eisenhower.

Charles E. Wilson era presidente, y tenía acciones por cuatro millones de dólares, de la General Motors, «la corporación», señala Víctor Perlo, «que obtiene las más grandes ganancias en todo el mundo», umbilicalmente emparentada con la Du Pont de Nemours. ¿Cómo se traducirían los nombres de esas empresas? General Motors: más de 10 000 millones de dólares de capital circulante, pedidos bélicos por 14 000 millones de dólares en la Segunda Guerra Mundial, y ventas al gobierno por 1 000 millones en solo nueve meses de 1952. Du Pont: *trust* químico, fabricante de las bombas A y H (atómica y de hidrógeno). Foster Dulles, como miembro de la firma Cronwell and Sullivan, «la más poderosa de las familias de abogados de Wall Street», era abogado de Morgan, de Du Pont, de Rockefeller y de otros *trusts* gigantes –incluida la United Fruit Company– pertenecientes al grupo de Boston, y, además, director del American Banknote, del Bank of New York, del Babcock and Wilcox, de la International Nickel of Canadá, de la American Agricultural Chemical y de las fundaciones Rockefeller y Carnegie. Cabot y Lodge son apellidos que pertenecen a los llamados «brahmanes de Boston». John Moors Cabot y Henry Cabot Lodge, el primero en el Departamento de Estado y el segundo como delegado permanente en las Naciones Unidas, constituían, para decirlo en términos beisboleros, la mejor combinación torpedero-camarero en el *line-up* de los grandes negocios sobre el diamante interamericano. Los Moors Cabot y los Cabot Lodge integraban el grupo de Boston, cuyo capital se calculaba en unos 10 000 millones de dólares, con empresas como la United Fruit Co., la Boston and Maine Railroad, la United Shoe Machinery, la American Woollen, la U.S. Smelting, Refining and Mining, la Papperell Manufacturing, la Draper Corp., la Stone and Wester, la Boston Edison Co., la Edison Electric Illuminating, la New England Electric System, la First Boston Corp. y la Phillips Petroleum –estas dos últimas vinculaban al grupo de Boston con los de Rockefeller y Morgan–. Llamo especialmente la atención sobre la trilogía Dulles,

Cabot Lodge y Moors Cabot, punta de lanza de la United Fruit Co. en la futura política yanqui para la América Latina.

Tales eran algunos de los integrantes del llamado «Gabinete Cadillac». Pero el verdadero poder no residía en este, sino en el Consejo Nacional de Seguridad, creado en 1947 como «núcleo secreto, pero decisivo, de la política del Estado». Aunque nada tenga que ver con la cabalística ni con la magia negra ni con las supersticiones populares, aquel terrible poder estaba en manos de trece individuos cuya sola mención espeluzna: Eisenhower, Nixon, Dulles y Wilson, a la cabeza; y luego, como secretario, el primero, y como directores y asesores los otros: G. M. Humphrey (Tesoro), A. S. Flemming (Movilización de defensa), P. F. Brundage (Presupuesto), H. E. Stassen (Desarme), A. W. Dulles (Inteligencia), A. W. Radford (Estado mayor conjunto), L. L. Strauss (Energía atómica), W. H. Jackson (Guerra Fría) y D. Anderson (Asesoría presidencial). Aquí era donde verdaderamente residía el poder de los *big-big-business*, ejercido por medio de las vinculaciones de estos trece individuos con Morgan, Rockefeller, Du Pont, el National City y todos los grandes grupos financieros e industriales, especialmente los de California, Cleveland y Texas, cuyos agentes en el alto mando eran, respectivamente, Nixon,² Humphrey y Anderson.

En el Congreso, el cuadro guardaba perfecta simetría con el anterior. Aquí dominaban las ultraderechas republicanas en alianza con la reacción demócrata sudista, los llamados *dixiecracts*. Nueve de las quince comisiones importantes del Senado, y trece de las diecinueve de la Cámara de Representantes, estaban en poder de los republicanos, y la voz cantante correspondía a los Taft, los McCarran y, sobre todo, al inquisidor McCarthy, energúmeno fascista colindante con la insania. En manos de estos y otros hombres semejantes estarían, aparentemente por un tiempo y con un poder sin límites, los destinos de la humanidad, por toda una era.

² En 1953, Richard Nixon era, como lo caracterizó el comandante Fidel Castro en su discurso del Primero de Mayo último, «[...] un hombre reaccionario de ideas muy retrógradas, un acérrimo partidario del capital privado y de los intereses monopólicos [...] un defensor consumado de los intereses de los monopolios y de los capitalistas, un representante de esos intereses y de su ideología».

Foster Dulles lo pronosticaba a *su modo*, fácil de traducir si se da a las palabras un sentido contrario al que comúnmente tienen, es decir, si se mira el bordado por el revés de la trama. Al morir Stalin (5 de marzo de 1953), Dulles interpretó el suceso como el fin de una era tenebrosa y el principio de otra verdaderamente feliz en el globo terráqueo:

[...] el general Eisenhower se ha convertido en presidente de nuestra gran república, con un prestigio sin paralelo en la historia. Empieza una nueva era, una era en la que el espíritu guiador es la libertad, no la esclavitud; en la que las relaciones humanas serán de fraternidad, no de dominación personal.

La clave para interpretar correctamente el lenguaje de Dulles la dio la revista *Life* seis meses antes, durante el proceso electoral (16 de junio de 1952), cuando el futuro secretario de Estado prometió abandonar la que él llamó «política de contención» frente a la Unión Soviética, trazada por Truman, para adoptar una «política de audacia». Nadie se engañó entonces sobre los alcances belicistas de esta política. El comentarista Ned Russel, del *New York Herald Tribune*, por ejemplo, sostenía que la bomba H podía servir para crear la «situación de fuerza» que permitiría tomar la iniciativa militar para empezar la guerra. Tenía sus razones: los Estados Unidos habían impedido que el Comité de desarme de las Naciones Unidas prohibiera el uso de la bomba atómica y las armas bacteriológicas; Foster Dulles declaraba en enero de 1953 que no tenían intención de aceptar la prohibición de armas atómicas.

El porqué de esa política (el revés del tapiz) quedó al descubierto en el discurso inaugural de Eisenhower del 20 de enero de 1953:

A pesar de toda nuestra potencia material, necesitamos mercados en el mundo para los excedentes de nuestra producción agrícola e industrial. Igualmente necesitamos, para esta misma producción agrícola e industrial, materias vitales y productos procedentes de tierras lejanas. Esta ley fundamental de interdependencia, tan manifiesta en el comercio en tiempos de paz, se aplica en caso de guerra con una intensidad mil veces acrecentada.

Y como la guerra –de acuerdo con la ideología de los nuevos gobernantes norteamericanos– era el más grande de los grandes negocios,

aplicaron con la intensidad anunciada por el presidente la ineludible ley fundamental de la interdependencia comercial. Solo que, si en su enunciación teórica esa ley es justa, no lo es en aquello que Eisenhower calló, es decir, el cómo y el a cuánto vender los excedentes de la producción agrícola e industrial yanquis, y el cómo y el a cuánto adquirir los alimentos, las materias primas y los productos básicos de las «tierras lejanas». En esa relación de precios de compra y venta estaba la verdadera esencia de lo que Eisenhower llamó *good partner policy*, «política del buen socio». Ya la veremos funcionar en la América Latina.

El único buen socio del nuevo gobierno norteamericano fue, en buenas cuentas, la industria privada yanqui, esto es, los grandes monopolios en posesión del poder político. En solo tres meses, el gobierno renunció al monopolio de la energía nuclear en beneficio de las grandes empresas, puso en manos de la industria privada el caucho y sus derivados y, prácticamente, liberó a las compañías petroleras de las sanciones establecidas por la legislación anti-*trust*. El *New York Times* sintetizó los primeros resultados de la «política del buen socio»: «Metódicamente, y con mucha mayor rapidez de lo que cumple otras promesas electorales, el gobierno se está retirando de toda competencia práctica con la industria privada». Desde luego, no era este el sentido que Eisenhower quería dar, demagógicamente, a su famosa frase sustitutiva de la de «buen vecino». Pero esa era la realidad.

Por lo demás, no se trataba solo de sustituir una frase por otra, sino de arrancar de raíz cuanto pudiera sobrevivir de la época de Roosevelt. Lo primero era arrojar inmundicia sobre la memoria del propio Roosevelt, hasta cubrirla totalmente. Fue la época en que los plutogogos³ exhibieron en todos los grados sus mayores capacidades para la difamación, que alcanzó no solo a Roosevelt y su política, sino también a sus colaboradores, partidarios y familiares. Esto era un buen índice del cambio que se operaba. Resultaba significativo que las estrellas de varias magnitudes, integrantes del nuevo firmamento

³ El término es usado por George Seldes, quien explica cómo lo introdujo el doctor T. V. Smith y cómo lo definió: «[...] el plutogogo no es tan fácilmente reconocido, ni se le puede individualizar a primera vista. El plutogogo es el vocero de los poderosos cuando estos prefieren no hablar por sí mismos, vale decir, el plutócrata de otros tiempos. No es Alá, sino el agente propagandístico de Alá» (George Seldes: *Los amos de la prensa*, Buenos Aires, 1959, p. 340).

yanqui, fueran las que con mayor virulencia habían combatido las reformas sociales de Roosevelt.

Desde luego, aquellas reformas no habían conllevado un cambio sustancial en la política imperialista tradicional de los Estados Unidos. Solo representaban una manera más lúcida de procurar una mayor sobrevivencia del imperio en las nuevas condiciones del mundo; una táctica y una estrategia muy parecidas a las aplicadas por la Iglesia católica y conocidas como *aggiornamento*. Sobre ese alcance limitado del *New Deal* rooseveltiano nos informa muy bien Víctor Perlo:

[...] el dominio económico del monopolio no fue conmovido. Como muy pronto lo demostraron los acontecimientos, los grandes negocios surgieron de la Segunda Guerra Mundial más poderosos que antes. Los esfuerzos del *New Deal* para «arrojar a los traficantes del templo» fueron inadecuados en concepto, en contenido y en aplicación [...].

Las medidas del *New Deal* se limitaron, en su contenido, a ataques contra determinadas prácticas nocivas, pero no pusieron en peligro la estructura básica del dominio centralizado. Los mecanismos de los intereses creados contornearon los caminos interrumpidos y siguieron adelante por las muchas otras sendas de la densa red de vinculaciones entrecruzadas que habían establecido, trazaron apresuradamente nuevos caminos, mucho más llanos que los que habían quedado cerrados.

Las reformas estuvieron limitadas en su aplicación, primero, por la protección concedida al monopolio por los tribunales, y, luego, por la ocupación de los puestos administrativos responsables, en los nuevos organismos reglamentarios, por representantes de las fuerzas mismas que dichas dependencias supuestamente debían frenar.⁴

Este breve análisis es útil para medir la carga de ferocidad e intolerancia que traía la violenta reacción de la extrema derecha instalada en el gobierno de los Estados Unidos en 1953. Lo rooseveltiano pertenecía también a la era tenebrosa que había terminado con la muerte de Stalin, en el concepto de aquella reacción. Por tanto, la

⁴ Víctor Perlo: ob. cit., p. 9.

orden del día era barrer, dentro y fuera de los Estados Unidos, con todo lo que tuviera vestigios de aquella era, aunque fuese un pequeño gobierno latinoamericano que se atreviera a creer en la vigencia de las cuatro libertades proclamadas por Roosevelt.

Desde 1947, la atmósfera había venido cargándose, cada vez más, de odio contra el inmediato pasado. En 1953, el proceso culminaba y encontraba su mejor definición en el macartismo, que no era sino la histeria anticomunista llevada a niveles de enajenación sistematizada, de *delirium* colectivo. La Comisión de actividades antinorteamericanas de la Cámara de Representantes, calificada por Roosevelt como «sórdida, flagrantemente injusta y contraria a los ideales norteamericanos», era ahora sacralizada, elevada al rango de verdadero Santo Oficio, en el cual un torvo y desenfrenado Torquemada encarnaba el espíritu de la época: el senador Joseph R. McCarthy. Lo que llamo «atmósfera cargada» había llegado a ser, debido al macartismo erigido en sistema de gobierno, un ambiente de temor y desconfianza, un clima de terror y suspicacia de todos frente a todos. He aquí uno de los muchos testimonios que podrían citarse:

De las cuatro libertades proclamadas por F.D.R. como las metas principales, ninguna parecía tan lejana en la década de posguerra como la libertad del miedo. Sobre toda la nación, cubriendo con su sombra todos los aspectos de su vida, se extendió un nubarrón de miedo: miedo a la guerra atómica, miedo a los «grupos de espías rusos», miedo a una «quinta columna comunista», miedo a perder el empleo por una acusación de deslealtad.⁵

El grado en que el espíritu macartista de intolerancia, persecución, espionaje, soborno, delación, chantaje y pánico se apoderó de los Estados Unidos fue muy bien precisado en el Parlamento británico por el exprimer ministro Clement R. Atlee, cuando expresó: «A veces uno se pregunta quién es más poderoso: el presidente o el senador McCarthy». Como debía corresponder a un mundo en cuya cúspide estaban sentados los grandes negocios, uno de los sectores más castigados por el terror macartista fue el de la clase obrera, y en particular las organizaciones sindicales. La Ley Wagner era ya

⁵ Albert Kahn: *Escándalo en los Estados Unidos. El macartismo al desnudo*, Buenos Aires, 1960, p. 12.

cosa del pasado, y la Taft-Hartly imperaba con todo rigor. Un buen ejemplo de ello ocurrió en 1953, cuando el Sindicato de Mineros y Fundidores declaró la huelga en la Empire Zinc, de Hanover, Nuevo México: los obreros fueron atacados por rompehuelgas y tiroteados por pistoleros a sueldo, y algunos dirigentes, como Clinton E. Jenks, acusados de comunistas ante la Comisión de actividades antinorteamericanas.

Pero la más trágica y cruel concreción del régimen imperante fue la electrocución, sin pruebas, de los esposos Rosenberg. Desafiando, como señaló la revista venezolana *Cruz del Sur*, «la más gigantesca, angustiada y emocionante manifestación mundial», Eisenhower negó el indulto, por el que clamaba la humanidad entera, con cínica prepotencia imperial: «Los Rosenberg han disfrutado de todas las ventajas de la justicia norteamericana». El defensor de las víctimas, Bloch, dijo en el entierro: «Hago culpables de este asesinato premeditado a Eisenhower, al procurador general Herbert Bronwell, a Edgar Hoover y a los jueces que condenaron a los esposos Rosenberg». Esos personajes eran otros tantos instrumentos del sistema entronizado, tan capaz de electrocutar a los esposos Rosenberg como de incinerar a la humanidad con la bomba de hidrógeno. Pieza de ese mismo sistema era el nuevo director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) —fundada en 1947 por Truman—, Allen Welsh Dulles, hermano del secretario de Estado y uno de los trece miembros del Consejo Nacional de Seguridad.

34° lat. N

54° lat. S

120° long. O

La good partner policy en la América Latina

No ha sido mi propósito ofrecer una imagen integral del imperia- lismo yanqui a partir de 1953. Simplemente, me ha parecido conveniente brindar la somera información para una mejor comprensión del ambiente latinoamericano de la época; de la magnitud del enemigo que debían enfrentar aquellos pueblos y gobiernos que quisieran conquistar su soberanía e independencia de la implacable ferocidad con que el sistema dominante en los Estados Unidos golpearía a los

insubordinados latinoamericanos, y, en fin, del miedo, de la sumisión, del oportunismo, de la obsecuencia, del entreguismo y del gregarismo lacayuno de la gran mayoría de los gobiernos de la América Latina en ese momento (1953), y de todos a corto plazo (1956).

En contexto semejante, podremos medir mejor la significación histórica del asalto al cuartel Moncada como hecho inicial, como punto de partida de una revolución destinada a herir de muerte al sistema considerado en 1953 como invulnerable y perpetuo.⁶ Revolución que, dos décadas después, ha cobrado dimensión continental y tiene ya los rasgos inconfundibles de la segunda independencia latinoamericana anunciada por Martí en 1889. En esas dos décadas, los pueblos latinoamericanos se han alzado como nunca antes en grandes acciones de masas campesinas, obreras y estudiantiles; la lucha armada ha regado con sangre heroica montañas y ciudades de Guatemala, Nicaragua, Haití, República Dominicana, Colombia, Venezuela, Perú, Brasil, Bolivia, Paraguay, Uruguay y Argentina; se han sumado a los próceres de la primera independencia los de esta segunda, heroicos combatientes latinoamericanos, cuya más elevada expresión es el Che. En estos veinte años, el movimiento de

⁶ En su discurso del Primero de Mayo de 1973, el comandante Fidel Castro señaló la proyección latinoamericana del proceso que culminó con el triunfo armado en 1959, y cuyo punto de partida fue el asalto al cuartel Moncada. Cito algunos pasajes:

«Estados Unidos llegó a establecer en este Continente una especie de soberanía casi absoluta, una hegemonía completa, un dominio total. Y ese proceso tuvo lugar a lo largo de ciento cincuenta años, período durante el cual los Estados Unidos desarrollaron su influencia y su poder a costa de los pueblos latinoamericanos.

»Hay un punto, un momento de la historia, en que este proceso que dura ciento cincuenta años comienza a cambiar. Y ese punto de la historia, ese momento de la historia, fue el Primero de Enero de 1959.

»Cuba significó el punto de viraje histórico, el momento en que se levanta una bandera de un país latinoamericano que pone fin a la hegemonía yanqui, y que pone fin a un proceso ininterrumpido de siglo y medio de expansión y de imposición a los pueblos latinoamericanos.

»Ya hoy otros países se enfrentan a los Estados Unidos. De esta forma, son más y más los países que adoptan una actitud enérgica y firme frente a la prepotencia imperialista. Y es por eso que nosotros decimos que a partir del Primero de Enero de 1959 se produjo un decisivo punto de viraje en la historia de este Continente».

liberación, hirviente y profundo en las entrañas de la masa como las fuerzas telúricas subterráneas en combustión, ha perforado la corteza de las altas estructuras políticas y sociales y se traduce ya, con voz insumisa, en el seno mismo de los organismos regionales, tan dóciles hace dos décadas atrás. Lenguaje distinto al de entonces es el que se ha hablado, en lo que va de año, en Bogotá, en febrero, en la VIII Reunión del CIES; en Panamá, en marzo, en la reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas; en Quito, también en marzo, en el XV período de sesiones de la CEPAL; otra vez en Quito, en abril, en la II Reunión consultiva latinoamericana de ministros de Energía y Petróleo, y, por último, en Washington, en abril, en la III Asamblea General de la OEA.

Hace veinte años, los latinoamericanos estábamos en la mirilla de la poderosa plutocracia gobernante en los Estados Unidos. En el criterio de aquella plutocracia, éramos los llamados a evitar la crisis en que se debatía la economía norteamericana. Crisis originada principalmente porque el inmenso crecimiento de la producción industrial, favorecido por la guerra, estrechaba sus perspectivas a medida que se prolongaba la posguerra: el mercado europeo occidental, que el propio capitalismo yanqui había alimentado en la década anterior para mantener un canal abierto a sus exportaciones, se restringía en la misma proporción en que Europa se recuperaba, en tanto que la Guerra de Corea, fomentada por aquel capitalismo belicista, tocaba a su fin y no era suficiente para impedir la caída de las ganancias empresariales. Por todo esto, los intereses norteamericanos necesitaban que los latinoamericanos observáramos una férrea disciplina política y social dentro del sistema a fin de asegurar el éxito de la *good partner policy* en estas tierras, mantenidas hasta entonces por el imperialismo en algo así como barbecho, para su oportuna explotación intensiva. Y el momento había llegado. De ahí que todo aquello –cualesquiera que fuesen su voluntad y su carácter, ideológico o de hecho– que pudiera debilitar en lo más mínimo la férrea disciplina necesaria cayera bajo la nota de «comunismo» y bajo la consiguiente sanción del macartismo institucionalizado a escala internacional. Hasta lo más insignificante, como José Figueres, por ejemplo, era capaz en algún momento de provocar la suspicacia del sistema y degenerar en lo regocijante, como veremos luego.

En función de tales concepciones, para traducirlas en una acción práctica, Eisenhower y Dulles anunciaban reiteradamente un «cambio de política» *en favor* de la América Latina. En la primera semana de febrero de 1953, el secretario de Estado volvió a atacar la política de sus antecesores demócratas por sus relaciones hacia nosotros; Truman, según dijo, había seguido una «política de negligencia». Dulles exclamó tonante ante la Comisión de relaciones del Senado —y supongo que habrá producido consternación en los miembros de la misma— que en la América Latina había «una alianza funcional entre fascismo y comunismo», bestias apocalípticas unidas por «el odio contra el yanqui y el deseo de poner fin a las influencias del coloso del Norte», y comparó la situación latinoamericana con la de China veinte años atrás, cuando, en su opinión, «los Estados Unidos pudieron haber evitado el desenlace». Es decir, que, según Dulles, el triunfo de la Revolución china en 1949 se debió a la no intervención yanqui; *ergo*: para evitar algo parecido en la América Latina había que intervenir drásticamente, abandonar la «política de negligencia» de Truman.

Las palabras de Dulles ante el Senado tenían, sin embargo, una profundidad profética que su autor estaba muy lejos de querer darles. Justo veinte años después, como acabo de señalar, la marcha de la revolución latinoamericana es ya irreversible hasta para los míopes más recalcitrantes, y su triunfo es previsible «más bien temprano que tarde», como expresó recientemente el canciller cubano Raúl Roa ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas reunido en Panamá. En modo alguno esto quiere decir que estemos frente a una repetición de la historia. Dulles incurrió en un error del tamaño de un rascacielos. Los Estados Unidos, durante los veinte años escogidos por Dulles como término de prueba, han hecho todo cuanto ha estado a su alcance «para evitar el desenlace» en la América Latina y tampoco han podido evitarlo, como no lo evitaron en China. O sea que no fue la «política de negligencia» la causa del triunfo de la revolución latinoamericana en marcha. De esto se deduce una conclusión importante: ni los Estados Unidos ni potencia reaccionaria alguna podrán jamás determinar los rumbos de la historia; esta la hacen los pueblos, y la voluntad de estos tiene a su favor las leyes de aquella. Las sucesivas derrotas del imperialismo yanqui (la más resonante, inferida por el heroico pueblo vietnamita) y el avance ascendente de la revolución latinoamericana en este último tercio del siglo xx

son quizá las más grandes comprobaciones de este principio medularmente democrático que resulta ajeno y contrario a la hipócrita «democracia» burguesa y dizque representativa. También ella toca a su fin junto con el sistema que la sostiene y utiliza. Subrayé la frase *en favor* al referirme a la nueva política anunciada por Eisenhower y Dulles para la América Latina porque ella entraña el concepto del favorecimiento yanqui hacia nosotros, muy similar al que ellos dan a la palabra *ayuda*. Esto quedó claro en la primera intervención de Dulles ante el Consejo de la OEA, el 23 de marzo de 1953, cuando reveló que el abandono de la «negligencia» y la inauguración de una «nueva política» *en favor* de la América Latina debería entenderse *pro domo sua*. En el siguiente párrafo de su discurso no lo dice así, explícitamente, pero lo transparenta sin duda alguna:

[...] debemos robustecer nuestra capacidad para defendernos de un enemigo que puede atacar desde dentro y desde fuera, con franca agresión o por medio de la subversión. La subversión, debemos recordarlo, ha sido el método preferido que ha impuesto a ochocientos millones de personas una servidumbre que es degradante y que niega la naturaleza del hombre.

Fácilmente se colige que quien necesitaba robustecer su capacidad defensiva era el capitalismo imperialista, que el «enemigo» era cualquier idea o actitud contrarias a ese capitalismo y comprendidas dentro del rublo general de «comunismo internacional», y que la «subversión» no era sino el justísimo deseo de los pueblos de liberarse de las horribles secuelas del llamado «modo de vida norteamericano» o, mejor dicho, del costoso tributo que esos pueblos estaban obligados a pagar para el sostenimiento de dicho «modo» en beneficio de los magnates yanquis. Una cosa era cierta, un terror sí era justificado en el ánimo de aquellas gigantescas cariátides del capitalismo: el avance del marxismo-leninismo en la América Latina y en todo el que vino a llamarse Tercer Mundo, porque esa filosofía era la que podía dar a los pueblos el arma ideológica eficaz para llevar adelante su revolución liberadora.

Nuevamente es necesario volver el tapiz al revés. Los primeros hilos de esa trama hay que buscarlos en octubre de 1952 cuando, durante la campaña electoral, Eisenhower criticó a los gobiernos demócratas que lo antecedieron y a la política del «buen vecino», como también

lo hacía Dulles. En uno de sus discursos de entonces, habló de cómo aquellos gobiernos habían cortejado a los latinoamericanos al inicio de la Segunda Guerra Mundial y cómo los habían olvidado una vez terminado el conflicto, y prometió que esa situación cambiaría si él llegaba al gobierno.

Llegó, y su primer paso para el cambio de política hacia la América Latina no fue otro que enviar a su hermano Milton en viaje de observación por nuestros países. Para algunos, como la Argentina, el viaje tuvo efectos no *en favor*, sino en contra, como veremos más adelante.

El enviado tenía la misión de auscultar la realidad social, económica y política de la América Latina para proponer aquellos cambios que condujeran a «conseguir la unidad continental que todos deseamos». El informe del fraterno Visitador inclina a creer que este padecía de una solemne e incurable ingenuidad –algo imposible en un hombre de la clase de los Eisenhower– porque ofrecía un cuadro realista y, naturalmente, desolador de la América Latina: sus terribles y urgentes necesidades, y el fermento social que estallaría si no se procuraban prontas y adecuadas satisfacciones. Ingenuo o no, lo cierto es que nada bueno salió del viaje de Milton Eisenhower por la América Latina entre abril y junio de 1953.

Los expertos en asuntos económicos planificaron la futura política norteamericana respecto de la América Latina sobre bases completamente diferentes de las que sugería el informe de Milton. Era la puesta en práctica de la *good partner policy*: intensificar las inversiones privadas y los lucros consiguientes, previamente garantizados y protegidos; incrementar las ventas de mercancías mediante la concesión de créditos para ese solo objeto; disfrazar tales créditos como inversiones de dólares –nominales– para cobrar después a los supuestos prestatarios dólares contantes y sonantes, a título de ganancias, intereses, capitales, etc.; vender los excedentes agrícolas y a la vez enmascarar el *dumping* con el caritativo lema de «alimentos para la paz», y, en fin, distorsionar las economías latinoamericanas para el mayor provecho de las grandes industrias y para solucionar problemas internos como el del desempleo. En otras palabras: la *good partner policy* bien podría traducirse para Latinoamérica por más descapitalización, más endeudamiento, competencia desleal, más extracción de materias primas, mano de obra barata, menos po-

sibilidades de industrialización y presiones de todo orden para asegurar la eficiencia del sistema imperialista.⁷

Mientras en Washington se planificaba la nueva política del «buen socio», a varios miles de millas de distancia, en Caracas, el Consejo Interamericano Económico y Social de la OEA (CIES) se reunía para clamar en el vacío por una política menos extorsionista que la impuesta por los Estados Unidos en el curso de la Segunda Guerra Mundial. Los efectos de aquella política eran de tal manera ruinosos que hasta las dóciles oligarquías gobernantes se atrevían a formular sus quejas en el CIES. Como exportadoras de materias primas e importadoras de artículos industriales, dichas oligarquías resultaban afectadas en sus negocios con el único comprador y vendedor. Pero las soluciones, recomendaciones y los dictámenes del CIES carecían de fuerza ejecutiva; el imperialismo podía despreocuparse y permitir el desahogo de los *latinos* porque el organismo reunido en Caracas era una tribuna inocua. Naturalmente, este hecho no impedía las negativas rotundas cuando los lamentos subían el diapason para convertirse en peticiones y reclamos. Entonces, un *no* cortante acallaba al coro doliente. Justo es recordar que en febrero

⁷ En enero del presente año volvió a cobrar carácter de escándalo ante la opinión pública mexicana una denuncia que ya había provocado otro tanto en junio de 1952. En aquel entonces, el diputado por Michoacán y presidente de la Comisión de petróleo de la Cámara de Diputados, licenciado Natalio Vázquez Pallares, reveló que ciertos contratos firmados en 1949 por Petróleos Mexicanos (PEMEX) con varias compañías norteamericanas sobre financiamiento y perforación, no solo violaban la Constitución y la Ley orgánica de petróleo y su reglamento, sino conspiraban contra la nacionalización decretada por Cárdenas en 1938. Parece que el asunto fue acallado porque pronto terminó el período de Alemán y empezó el de Ruiz Cortines. Pero ahora, la revelación de un informe confidencial del Departamento de Estado norteamericano ha reactualizado la cuestión. En ese documento se dice cómo el expresidente Alemán negoció con empresas norteamericanas el otorgamiento de concesiones petroleras. Alemán, potentado de setenta y dos años, lo negó, pero el licenciado Ignacio García Téllez, que fue secretario de Gobernación de Cárdenas, corroboró que aquel había entregado más de 300 000 kilómetros cuadrados, entre 1948 y 1951, a empresas norteamericanas para la exploración, perforación y extracción de petróleo. (Se recuerda que, en 1949, estuvo en México la llamada Comisión Wolwerton y que rindió un informe al Congreso de los Estados Unidos sobre sus discusiones en torno a concesiones petroleras.)

de 1953, además de Guatemala, que no concurrió a la reunión, se dejaron oír algunas voces que se apartaban de la sumisión general, como las de la Argentina y Bolivia.

A las burguesías dependientes latinoamericanas, exportadoras e importadoras, les dolía mucho en la bolsa la existencia de la Conferencia Internacional de Materiales (CIM), creada por los grandes capitalistas durante la guerra para mantener a un bajo nivel los precios de las materias primas necesitadas por las potencias occidentales beligerantes, así como para controlar su adecuada distribución. En las resoluciones de esa entidad, los países productores y vendedores de tales materias primas no tenían arte ni parte, aun cuando eran los primeros interesados en el proceso. Las potencias tampoco les daban participación en los comités de la CIM, los cuales manipulaban sus propios productos para distribuirlos estratégicamente según prioridades impuestas por la conflagración mundial. Tal era el caso de los países latinoamericanos. El conflicto había terminado hacía ocho años, pero los precios de las materias primas seguían inmovilizados en el gigante cepo de la CIM.

En la Comisión de problemas de emergencia del CIES, en Caracas, los delegados argentinos plantearon la situación y propusieron que cuando una organización internacional ejerciera el control de determinados materiales, los países productores de los mismos, y no solo los consumidores, estuvieran representados en esa organización; propusieron también que los comités en cuyas manos estaban las llaves de la distribución de los productos controlados por la CIM fueran disueltos una vez que se considerara terminada la situación de emergencia. Esto era tanto como liberarse de las restricciones impuestas a cuotas y mercados. Los argentinos quizá pensaran en sus carnes, en su trigo y en su lino. Sus dos ponencias fueron aprobadas por la mayoría, pero allí quedaron, en los archivos del CIES.

El buen socio estrangulaba a su *partner* con las dos manos. Mientras con una mantenía aherrojados los precios de las materias primas que compraba, con la otra elevaba *ad libitum* los de las manufacturas que vendía. Los latinoamericanos habían logrado acumular buenas reservas de divisas durante la guerra, pues, empeñados en el conflicto sus grandes vendedores de artículos industriales, el ahorro fue una imposición de las circunstancias. Sin embargo, después de la

guerra, al elevarse verticalmente los precios de las mercaderías que importaban de los países industrializados –y en ese momento solo los Estados Unidos estaban en condiciones de producir y vender en gran escala–, las reservas acumuladas por la América Latina se desvalorizaban en la misma proporción. De este modo, además, el gran vendedor recuperaba una parte de las ganancias que no había podido obtener durante la guerra. El CIES había preparado un estudio sobre este problema, pero su mismo secretariado, obviamente manejado por los Estados Unidos, había resuelto archivarlo. Fueron los argentinos quienes pidieron la discusión del informe. Así se hizo, pero el documento, a la postre, fue de todas maneras al archivo.

A pesar del lenguaje esotérico empleado por los técnicos economistas y los organismos internacionales, ahora es casi del dominio común una expresión acuñada por ellos: «deterioro de los términos del intercambio». Ya prácticamente todos sabemos que ello no es otra cosa que la injusta relación comercial a la que nos tiene sujetos el imperialismo: nos paga lo que quiere –muy poco, desde luego– por lo que le vendemos, y nos cobra también lo que quiere –mucho, por supuesto– por lo que le compramos. Le vendemos barato nuestra materia prima y le compramos caro los artículos procesados, elaborados en gran parte con nuestra misma materia prima. Ese estrangulamiento ambidiestro fue planteado en la Comisión de política y desarrollo del CIES, en Caracas. La voz cantante fue aquí también la argentina, aunque con acompañamiento mexicano y salvadoreño.

Todavía no se aspiraba a poner el intercambio comercial en un plano equitativo. Eso no se ha logrado todavía hoy, y está lejos de obtenerse. En Caracas solo se trató de abrir una investigación para determinar las pérdidas enormes sufridas por la América Latina al verse obligada a comprar artículos dos y tres veces más caros que antes de la guerra y vender sus productos a niveles muy inferiores a los de entonces. Como solo se trataba de averiguar, los otros latinoamericanos estuvieron de acuerdo con la ponencia. Pero los Estados Unidos fruncieron el ceño y votaron en contra. Con esto, la proposición prácticamente quedó vetada: no se volvió a hablar del asunto. Mejor dicho, sí, se volvió a hablar, se siguió hablando durante veinte años y se sigue hablando todavía. Pero, salvo para Cuba, las cosas no han cambiado nada en esto de la inequidad en el comercio latinoamericano con los Estados Unidos.

En 1951 conocí en Washington a los delegados del gobierno conservador de Colombia, quienes también lo habían sido de los gobiernos liberales anteriores. Puedo decir que, dentro de la amplia gama de la diplomacia servil interamericana de la época, aquellos se distinguían de forma prominente por acatar no ya las instrucciones *sotto voce* norteamericanas, sino hasta los simples guiños del Departamento de Estado. Digo esto para que se vea que era absolutamente lógico esperar de la delegación colombiana al CIES la presentación de un proyecto que pedía a los gobiernos americanos la creación de un «clima favorable» a la inversión de los capitales extranjeros. El imperialismo no perdía oportunidad de asegurar el éxito de su política, y para ello usaba en el CIES, como testafarro, a uno de los gobiernos más fácilmente manejables. Ni la Argentina ni México quisieron compartir lo feo de la ponencia, aunque tampoco se atrevieron a objetarla de frente; usaron maneras diplomáticas, como correspondía dentro del sistema interamericano. Los argentinos dijeron que ese «clima favorable» debían crearlo las dos partes, tanto la inversionista como la otra. Los mexicanos se abstendían de votar porque alegaban que su desarrollo económico se realizaba primordialmente con capitales nacionales. Pero esto no era cierto; era solo un modo de eludir la ponencia, como se verá enseguida.

Mientras 210 delegados debatían estos aspectos en Caracas entre el 9 y el 21 de febrero de 1953, el imperialismo reservaba un papel de *prima donna* a la OEA en la operación más importante que, por el momento, tenía entre manos en el Hemisferio Occidental: la «Operación Guatemala».

14-32° lat. N
68-170° long. O

Relevo de hombres en México

La presencia de Richard Nixon en la ceremonia de toma de posesión del presidente electo de México, Adolfo Ruiz Cortines, el primero de diciembre de 1952, no fue meramente protocolar. El envío de un nuncio de tanta categoría evidenciaba la preocupación de los nuevos gobernantes norteamericanos respecto de los cambios que podrían ocurrir en el inmediato futuro, al asumir el mando los nuevos gobernantes de su vecino meridional. Varias y de diversa índole eran las

razones de esa inquietud. Había la que podemos llamar «permanente», es decir, el hecho de la vecindad geográfica de los Estados Unidos con uno de los tres gigantes latinoamericanos; gigante en extensión, en población (más o menos treinta millones, entonces) y en potencialidad económica. Había la «histórica», o sea, el natural sentimiento antiyanqui nacido del recuerdo imprescriptible de agresiones e iniquidades cometidas a lo largo de más de un siglo contra el pueblo de México. Había la que me atreveré a bautizar de «coyuntura», dada por la proximidad al díscolo gobierno guatemalteco, entonces presidido por Jacobo Arbenz, algo así como un pequeño Stalin sobreviviente en el área del Caribe y contra el cual habría que aplicar la «política de audacia» preconizada por Dulles, con la necesaria cooperación, aunque solo fuera pasiva o de simple anuencia, del gobierno mexicano. Y había, finalmente, la poderosísima razón, la mayor de todas: la de los grandes intereses yanquis establecidos en México, tan cuantiosos, que hacían de gran parte del país algo parecido a una finca del «Gabinete Cadillac». A la cuantía de esos intereses se sumaba un motivo complementario de inquietud: el recuerdo de la expropiación petrolera, quince años antes, que aún dolía a Rockefeller y a sus consocios, estaba vivo, como un ejemplo para seguir, en la conciencia del pueblo mexicano. Por todas estas razones, había sido enviado un personero de los *big-big-business* de alto coturno a presenciar la asunción del mandatario mexicano don Adolfo Ruiz Cortines.

Realmente, no era para menos. El principal renglón de la economía mexicana, el minero, estaba casi totalmente en poder de la American Smelting and Refining Co., de la American Metal Co., de la Phelps Dodge, de la Anaconda Cooper Co. y de otras de las hoy llamadas empresas trasnacionales. No era esto todo. La Anaconda realizaba nuevas inversiones, el EXIMBANC concedía créditos para producir azufre, concentrados de magnesio y otros minerales con destino al mercado norteamericano, y el gobierno de los Estados Unidos gestionaba con el de México un pacto para adquirir derechos exclusivos sobre el uranio, el torio y otros materiales fisiónables. Hasta el petróleo nacionalizado estaba bajo la amenaza del imperialismo.⁸

⁸ David Wise y Thomas B. Ross en su libro *El gobierno invisible* (La Habana, 1966) citan la misma fuente: Dwight Eisenhower: *Mandate for Change*, vol. I, *The White House Years*, New York, Doubleday & Company, Inc., 1963.

En realidad, no había rubro importante de la economía mexicana libre de la penetración de los capitales yanquis. La Bond and Share y la Canadian and General Finance Co. se enmascaraban bajo la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza, y otras. Igualmente, bajo la máscara de empresas filiales operaban, en la absorbida industria siderúrgica, los intereses de Mellon, de la Bethlehem Steel, de la American Smelting, y otros. La industria química, en los renglones de producción de ácidos sulfúrico, nítrico y clorhídrico, de laboratorios químico-farmacéuticos y de producción de pinturas, plásticos, jabones, detergentes, dentífricos y artículos de tocador, estaba en poder de Hard Chemical Works (léase American Smelting), Sherwin Williams, Devoe, General Paint Co., Colgate Palmolive Peet Co., Procter and Gamble, Sanitary of Mexico, Du Pont, Parke Davis, Lilly, Abbot, Squibb, Sidney Ross and Co., Merk and Co., Max Factor, Bristol Myers Co., y tantísimas otras firmas y marcas igualmente familiares para los consumidores de los países dependientes y nada o casi nada industrializados, a través de la propaganda orientada desde los grandes centros industriales y comerciales de los Estados Unidos. No menos familiares eran las empresas dueñas de la industria alimentaria: Anderson Clayton and Co., Nestlé, Nesbit Fruit Products, etc. Monopolio de General Motors, Ford, Packard, Chrysler, etc., eran las plantas ensambladoras de automóviles. Las líneas aéreas, los servicios telefónicos y los transportes marítimos, así como la pesca del atún y de la langosta, y la captura y distribución camaronesa en el Pacífico y en el Golfo, estaban también bajo fuerte control del capital yanqui.

La tecnificación de la agricultura dependía, en lo tocante a la adquisición de maquinaria, equipos de bombeo, fertilizantes e insecticidas, de las poderosas Ford, International Harvester, Allis Chalmers, Caterpillar, Case, Worthington, National Iron Steel Works, Anahuac Machinery Co., Penn Salto of México, Mission Brand y otras muchas subsidiarias de los grandes grupos económicos dominantes en los Estados Unidos. El comercio del algodón, desde luego, era negocio de la Anderson Clyton, y la producción del caucho, de la U.S. Rubber Co. por intermedio de la Continental Rubber Co., propietarias de grandes plantaciones de guayule.

A treinta y seis años de haberse promulgado la Constitución de 1917, y a trece de haber concluido el gobierno agrarista de Cárdenas, subsistían inmensos latifundios y, entre ellos, enormes extensiones

de tierra en poder de intereses yanquis. Ejemplo de proporciones desconcertantes era el de la familia Greene, en Sonora, que tenía repartidas más de 270 000 hectáreas entre varias empresas: Cananea Copper Co., Cananea Sattle Co., Turkey Cattle Co. y Divisaderos Cattle Co.

Cuán pingüe era el negocio de las inversiones para los capitalistas norteamericanos y qué caro lo pagaba el pueblo mexicano lo evidencia este solo hecho: de 1940 a 1949, el aumento de la inversión extranjera fue de 1 793 millones de pesos, mientras que, por concepto de esa misma inversión, salieron de México 2 278 millones. La fuente de la que tomo estos datos comentaba:

Junto a todo lo anterior, habría que añadir que México ha visto apoderarse a los inversionistas extranjeros de intereses cada vez mayores en la industria y el comercio, desde donde ejercen en muchos casos una ruinosa competencia al capital nacional, y desde donde influyen en la configuración de todo el proceso de nuestro desarrollo económico.⁹

Sin embargo, la composición del nuevo gobierno era más para tranquilizar que para preocupar a los norteamericanos. Todos los indicios parecían indicar que Ruiz Cortines no introduciría alteraciones fundamentales en la política de su antecesor, Miguel Alemán, sino que, al contrario, seguiría los lineamientos generales de este. Y tales lineamientos eran sumamente satisfactorios desde el punto de vista yanqui. El régimen de Alemán había dado marcha atrás a todo el proceso de la Revolución Mexicana, especialmente en materia agraria y en las relaciones laborales. La clase obrera había sido drásticamente reprimida, los comunistas estaban fuera de la ley y el «clima» era altamente favorable a la inversión extranjera. Estas tranquilizadoras perspectivas fueron así sintetizadas:

[...] una serie de aspectos del nuevo grupo de colaboradores inmediatos del presidente indicaron la persistencia de la corriente alemanista: en primer lugar, la presencia de personas que en forma destacada y evidente intervinieron en el manejo que el gobierno del licenciado Alemán dio a la campaña electoral; en segundo lugar,

⁹ Revista *Índice*, México, núm. 6, oct.-dic. de 1952.

la participación de personas a quienes la voz pública considera vinculadas estrechamente con la política económica del régimen anterior; por último, la asociación que establece el ánimo general entre varios de los nuevos colaboradores y las medidas represivas y antidemocráticas registradas en los últimos tiempos en contra del movimiento obrero y de los grupos progresistas.¹⁰

En los primeros meses del gobierno de Ruiz Cortines hubo acontecimientos que parecieron contradecir el anterior comentario y apuntar hacia el cumplimiento de los planteamientos hechos por el primer mandatario en su mensaje de toma de posesión, prometedores de cambios positivos, como en todos los mensajes similares de todos los tiempos y lugares. Algunos de esos hechos fueron la campaña contra los monopolios para dar verdadera vigencia al artículo 28 de la Constitución de 1917, y la supresión, por decreto, de la firma Distribuidora México S.A., a la cual el régimen alemanista había concedido la distribución exclusiva de combustibles en el distrito federal. Este conocido monopolio tenía el agravante de involucrar intereses de amigos del expresidente Alemán y de él mismo.

Monopolios había también en la industria azucarera, en la banca, en los seguros y otras ramas, pero todos ellos, violatorios de la Constitución y de los principios revolucionarios, y contrarios al desarrollo y bienestar nacionales y populares, al menos eran mexicanos y no precisamente de los más perjudiciales. Lo eran las empresas abiertamente extranjeras o enmascaradas de nacionales que pertenecían a inmensos e intocables monopolios trasnacionales, cuyas colosales bombas aspirantes e impelentes de dólares estaban en los Estados Unidos. La revista ya citada planteaba la cuestión en términos que la experiencia de muchos países dependientes ha confirmado como los únicos eficaces, tratándose de monopolios extranjeros:

[...] el gobierno tendrá que considerarlos dentro de la campaña recién iniciada. La lucha contra las grandes empresas extranjeras puede, y quizá deba, manifestarse también en una serie de medidas que vayan desde la regulación eficaz de algunas de ellas hasta la nacionalización de otras. Lo que *no debe hacerse* es respetarlas,

así sean monopolios, con el simple e inaceptable argumento de que la lucha en este campo puede ser demasiado difícil y peligrosa.¹¹

Aparte de otras, hay una evidencia palpable de que fue esto último precisamente lo que se hizo: solo ahora, a los veinte años, en febrero de 1973, el Congreso mexicano ha emitido una ley que reglamenta las inversiones extranjeras. Según ella, estas inversiones deben ser complementarias de las nacionales y no desplazar a empresas mexicanas ni afectar a sectores cubiertos satisfactoriamente por ellas. Hace dos años, la voz autorizada de Lázaro Cárdenas planteó la situación desde ultratumba, en su testamento político:

A pesar de las advertencias nacionalistas, sigue presente la indiscriminada penetración de capital norteamericano en la industria, el turismo y otros renglones de la economía y los servicios, con el respaldo de una banca subordinada a instituciones internacionales que representan a los principales inversionistas estadounidenses.

Este es el punto de vista del más eminente mexicano de nuestra época. Sin embargo, para el secretario de Estado norteamericano es bueno lo que para Cárdenas es malo; en su informe anual sobre las relaciones exteriores, publicado en Washington en abril de este año, William P. Rogers ofreció este pequeño cuadro de la situación mexicana:

México: Se espera que continúe creciendo la inversión norteamericana directa en vista del «clima económico mexicano relativamente favorable». Podría haber «algún cambio» en el ritmo o la clase de inversiones norteamericanas al ser consideradas por los inversionistas las actuales propuestas mexicanas, en el campo de la inversión privada extranjera. El segundo año de la administración de Luis Echeverría asistió a una mayor apertura de la cooperación.

Cuando Nixon asistió a la toma de posesión de Ruiz Cortines anunció que este y Eisenhower se reunirían después del 20 de enero, fecha de la inauguración del siguiente gobierno yanqui, «en el momento que fuera oportuno». El «momento» se presentó el 19 de octubre de 1953. Los dos presidentes se encontraron para inaugurar conjuntamente la Presa Falcón, imponente embalse en el río Bravo, entre los estados

¹¹ Revista *Índice*, México, núm. 8, abril-junio de 1953.

de Tamaulipas y Texas. El discurso de Ruiz Cortines fue, naturalmente, conceptual, pero no alarmante para Eisenhower, dado que al sistema cuya personería ostentaba no le importan los conceptos, sino los hechos. Ruiz Cortines expresó ideas como estas:

El derecho internacional, por su parte, solo actúa como un instrumento decisivo y de solidaridad cuando se basa en la buena fe y en el respeto a la igualdad jurídica de los Estados [...]. No podrá haber paz genuina y perdurable sin el reconocimiento del principio de la autodeterminación de los pueblos, es decir, sin el respeto a su independencia, soberanía e integridad territorial, así como a su derecho inalienable a regirse por un gobierno y un sistema económico de su elección.

Los mismos conceptos había expresado Ruiz Cortines el primero de septiembre ante el pueblo de México en su primer mensaje presidencial, y el delegado mexicano en las Naciones Unidas, Mario Ramón Beteta, había votado la resolución que reconocía el inalienable derecho de los pueblos a disponer libremente de sus recursos naturales. Pero Eisenhower debió sonreír para sus adentros en la Presa Falcón al oír a su colega azteca, pues en esos días ya estaba montado el aparato yanqui destinado a pulverizar en la vecindad de México tan justos y bellos principios. Al parecer, Ruiz Cortines lo sabía.

5-25° lat. N

55-100° long. O

A tout seigneur, tout honneur

Hace diez años, la casa editora Doubleday & Company, Inc. publicó el que supongo primer tomo de las memorias de Eisenhower, referidas a su primer período de gobierno, con el título de *Años en la Casa Blanca. Mandato para el cambio: 1953-1956*. Solo conozco, por la reproducción que hizo un periódico norteamericano, el capítulo titulado «Rojos en Guatemala», en el que el expresidente norteamericano señala:

A mediados de octubre de 1953, el asistente de los Estados Unidos para asuntos interamericanos, John Moors Cabot, dijo pública-

mente que Guatemala estaba haciéndole el juego a los comunistas [...]. Por aquel tiempo, un nuevo embajador, John Peurifoy, fue designado para Guatemala. Él se había familiarizado con las tácticas comunistas en Grecia, donde había sido embajador. Peurifoy llegó rápidamente a conclusiones definitivas acerca de la índole del gobierno de Arbenz [...]. Había que hacer algo pronto. La primera tarea fue guiar y cristalizar la opinión pública latinoamericana acerca del caso. La oportunidad se presentó en la Conferencia Interamericana de la OEA, reunida en Caracas, Venezuela, en 1954 [...]. Nosotros, por supuesto, advertiríamos a México y otros países amigos de nuestros planes.

Lo que sin duda alguna quiere decir Eisenhower al final de este párrafo es que necesitaba contar con los gobiernos representados en la OEA para llevar adelante un *plan master*, cuya fase final sería la conocida «Operación Guatemala», es decir, la intervención directa, con el visto bueno de aquella organización y la participación activa de algunos gobiernos del Caribe.

En cuanto a esta región se refiere, *Ike* no abrigaba duda alguna, pues casi todos los regímenes de la OEA le eran incondicionalmente adictos, desde el río Bravo hasta el Orinoco, comprendidas las tres «repúblicas» antillanas de entonces: Cuba, Haití y la Dominica. El grillete yanqui estaba bien ajustado alrededor de este mar, tan trajinado en el curso de los últimos cuatro siglos y medio por descubridores, conquistadores, piratas e imperialistas. En la América del Sur, Colombia y Venezuela también estaban dentro del grillete, y para el resto, donde la disciplina panamericana no era todavía tan incondicional y monolítica, especialmente por las «veleidades nacionalistas» de Bolivia, Brasil y Argentina, ya los mecanismos de coacción, chantaje y soborno, manipulados especialmente por los hermanos Dulles, estaban en acelerada actividad a fin de dar adecuada solución a cada problema.

Ello constituía, no solo por la situación especialmente crítica y tensa con Guatemala, sino porque los últimos tres países mencionados eran cada uno por sí mismo una amenaza al imperio de los *big-big-business*, un estorbo a la buena marcha de la *good partner policy*, una suerte de heterodoxia irritante y un mal ejemplo para la necesaria armonía de la familia interamericana. De allí también

que hubiera una receta para cada caso, ya en vías de aplicación con buenas perspectivas de éxito. Por eso *Ike* dice en su libro de memorias, muy honestamente, que se limitaría a «advertir» a «los otros países amigos» de sus próximos pasos contra Guatemala. Ni siquiera usa la palabra «consulta», consagrada dentro del panamericanismo para guardar hipócritamente las formas.

Desde el punto de vista yanqui, el panorama centroamericano y antillano era algo así como un jardín de las delicias. Dejaré a un lado a Batista y su régimen, pues uno y otro ya son objeto, naturalmente, de obligada retrospección cubana en este vigésimo aniversario del Moncada.¹² Sin embargo, nada perderá el jardín con la omisión de este floripondio, pues quedan en él no pocas especies rutilantes, dentro de las cuales sobresalen dos esplendorosos girasoles, suficientes por sí solos para caracterizar a nuestro Mar Caribe de 1953: Rafael Leónidas Trujillo y Molina, y Anastasio Somoza García. Les daré prioridad en este capítulo: *A tout seigneur, tout honneur*. Un Plutarco criollo encontraría en estos dos personajes, que debieron haber nacido bajo el signo de Géminis, un asombroso paralelismo, semejante a su contemporaneidad. El ascenso de ambos al poder y a la opulencia por los tortuosos caminos de la traición, el asesinato y el latrocinio fue parecidísimo; su pragmática inescrupulosidad a todo nivel, desde el internacional hasta el privado, era inconmensurable, y recorrió una amplia gama, desde lo audaz hasta lo grotesco; un indudable y proteico talento para la trapacería a escala mayor les era común; fueron tan «buenos vecinos» de un Roosevelt, como «buenos socios» de un Eisenhower, y tiranizaron plácidamente arrullados en los brazos tanto de una como de otra tutoría yanqui por casi tres décadas, años más o menos; emulaban en un nepotismo sin recato; poseían una elasticidad de brazos insuperable para acaparar cuanto negocio olfatearan; su megalomanía nunca estuvo satisfactoriamente adulada; su churriguerismo de opereta rayaba en lo circense, y fue difícil determinar cuál de los dos hizo correr mayor caudal de sangre y fue más sádico en sus métodos. En fin, para no alargar más estos perfiles, los dos murieron a balazos, si bien la historia eligió para ejecutar sus designios, brazos diametralmente diferentes: una gavilla de conmitones al servicio de la CIA para Trujillo, y un poeta inmaculado y patriota, canonizado por el sacrificio, para Somoza. Con

¹² Así, v. g., *Moncada: antecedentes y preparativos*, La Habana, 1972.

las respectivas estirpes se rompió el paralelismo, pues mientras la de Trujillo fracasó en su intento de perpetuar la herencia paterna, la de Somoza siguió y sigue en el poder y ya apunta una tercera generación con los Somoza-Portocarrero.¹³

18-20° lat. N

68-72° long. O

Trujillo, El Benefactor

En 1953, estos Castor y Pólux caribeños eran los únicos en pie de la constelación de tiranías gorilas instauradas en el área en la década de los treinta. Astros apagados de esa constelación fueron Jorge Ubico, de Guatemala, Tiburcio Carias Andino, de Honduras, y Maximiliano Hernández Martínez, de El Salvador. Esto demuestra la versatilidad de aquellos y su aptitud para el equilibrio, semejante a la de esos muñecos que se bambolean, pero no caen. Sin embargo, Trujillo no ocupaba la silla presidencial: desde el 16 de agosto de 1952 había sentado en ella a su hermano Héctor Bienvenido, con la imprescindible presencia, también fraterna aunque no de sangre, de Anastasio Somoza. De inmediato, se había reservado el cargo de comandante en jefe de las fuerzas armadas de la República, pero, poco después, deseoso de ver un poco de mundo, se nombró embajador *at large* y representante permanente de la República Dominicana ante las Naciones Unidas, y partió para los Estados Unidos. Un testimonio de la época comenta cómo

desde este momento, los periódicos dominicanos dedican más espacio a narrar las actividades de Trujillo, El Benefactor, en los Estados Unidos, que a narrar las actividades de Trujillo, el presidente de la República Dominicana.¹⁴

¹³ Julio, el segundo hijo del matrimonio Somoza-Portocarrero, de veinte años de edad, fue designado por su padre inspector general de distribución de alimentos, en enero de 1973, en ocasión del terrible terremoto que abatió la ciudad de Managua. Esto puede ser el principio de una exitosa carrera, como la de su padre y la de su abuelo. El primogénito de los hijos de doña Hope y Anastasio segundo es Anastasio tercero.

¹⁴ Jesús de Galíndez: *La era de Trujillo*, Buenos Aires, 1956 (Galíndez, profesor español republicano que vivió exiliado en la República Dominicana y sirvió al

Una de esas informaciones es la compra de un «yate volador», es decir, de un avión privado provisto de baño y otras comodidades.

La actividad diplomática de Trujillo no fue precisamente relevante. Una sola vez concurrió a las Naciones Unidas, seguido por veinte guardaespaldas, y una vez también fue recibido por Eisenhower. No hay crónica conocida de esta entrevista en la cumbre, pero la chismografía diplomática y fisgona divulgó una anécdota, evidentemente inventada, pero muy plástica, respecto del personaje. Decíase que la audiencia en la Casa Blanca había durado protocolarmente cinco minutos, durante los cuales ni *Ike* ni El Benefactor pudieron hablar, porque el intérprete había consumido el tiempo en la enumeración de los títulos y dignidades del segundo.¹⁵ Volvió este a la República Dominicana en marzo de 1953, y su recibimiento fue apoteósico, como el de César a su retorno de las Galias.

Con tal rica experiencia diplomática, era natural que su próximo cargo fuera el de secretario de Relaciones Exteriores, que asumió el 5 de julio. Este año estuvo salpimentado con originalidades que dieron un regocijante colorido al viejo vicio del nepotismo, al ser remozado y refrescado con insospechadas ocurrencias y atrevidas infracciones de las convenciones protocolares y de los rígidos escalafones, y fueron como un batintín hasta en la solemnidad de las cortes europeas. Así sucedió cuando el Generalísimo designó a su hija menor, María de los Ángeles del Corazón de Jesús, y a una sobrinita, ambas menores de catorce años, embajadoras en misión especial para la coronación de Su Majestad Isabel II, reina de Inglaterra. A su paso por Madrid, de regreso, las candorosas plenipotenciarias fueron agasajadas con un banquete, se supone que en El Pardo, por el jefe del Estado español, el también generalísimo Francisco Franco. Otra más: el 28 de septiembre, Rafael L. Trujillo Martínez, a la sazón con veinticuatro años, afectuosamente llamado *Ramfis* por toda la República, y jefe del Estado Mayor de la Aviación, fue ascendido al rango de mayor general. El 26 de noviembre le fue conferida la Orden del Mérito Naval, además de las del Mérito Militar y Mérito Aéreo, que ya poseía

gobierno de Trujillo, murió asesinado en Nueva York —o desapareció de allí— en 1956, por agentes de El Benefactor. Según estadística de la época, este fue el asesinato número 141 en su género, es decir, a larga distancia).

¹⁵ Ver Marcel Niedergang: *Les 20 Ameriques Latines*, t. 3, Paris, Du Seuil, 1969, p. 181.

el joven guerrero y mejor jugador de polo. Tales ascensos y honores no eran sino un paso más en una carrera militar sin precedente ni emulación posibles: a los cuatro años ya era coronel y a los nueve, general de brigada. Un malintencionado cronista lo había descrito así, cuatro años antes:

Su hijo favorito, Ramfis, ha crecido encanijado, mimado, y no le interesa la carrera militar. Esto ha sido un rudo golpe para Trujillo, quien había soñado con una dinastía [...] al grito de combate: ¡Trujillo eternamente!¹⁶

Ya se sabe que no pudo ser. Fue otro el heredero: Joaquín Balaguer, el mismo que sucedió al Generalísimo y Doctor en la Cancillería dominicana el 27 de julio de 1953.

El lector se preguntará por qué me he detenido en ese anecdótico y dirá que eso es poco serio. Lo es, en efecto, pero lo he hecho porque esa era la tónica del régimen: igualmente bufos fueron otros hechos en los que el histrionismo usó otras máscaras. A ese género perteneció la defensa de la «libertad de prensa» dominicana que hizo Germán Ornes en el tinglado de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), reunida ese año en México, y que le valió una clamorosa recepción; dentro del mismo género hay que ubicar también el anuncio aparecido el 10 de noviembre de 1953 en el diario *La Nación*, de Ciudad Trujillo, de que El Benefactor repartiría entre colonos más de un millón de hectáreas de terreno de sus ingenios Río Haina, Catarey, Porvenir, Amistad y Montellano; y al mismo género, en fin, pertenece el voto razonado, en apariencia desconcertante, del delegado dominicano en aquella reunión del CIES de la que hablé en el acápite segundo. Pero esto último merece comentario aparte.

Se trata de la infeliz ponencia colombiana sobre «clima favorable» para las inversiones extranjeras. El delegado dominicano expresó que su gobierno «consideraba deseables las inversiones extranjeras, siempre que no fueran de las del tipo de la United Fruit Company, cuyos abusos son sobradamente conocidos». ¿No es como para que se nos escape un ¡ah! de asombro...? Pues no. Todo tiene su lógica, y este aparente rayo en seco de Trujillo, también. No se trataba de celo nacional, ni mucho menos de posición antimperialista. Nada de eso. Era una cuestión puramente personal entre Trujillo, el terrateniente

¹⁶ William Krehm: *Democracias y tiranías en el Caribe*, Buenos Aires, 1959.

más grande del país, y las propiedades azucareras norteamericanas vinculadas a la United Fruit, porque esos enclaves perturbaban el dominio total de Trujillo en su Isla.

Al final de su vida, Trujillo era real y totalmente propietario de Santo Domingo. A título personal, o por intermedio de miembros de su familia, poseía o controlaba toda la actividad económica, con excepción de sectores controlados por las sociedades norteamericanas.¹⁷

Esa excepción lo exasperaba, y por eso hizo que hablara, como habló, su vocero en el CIES.

Aún podría incluirse dentro del género bufo, con pretensiones de escenario mayor, la información echada a volar a todos los vientos de que el embajador Trujillo había propuesto al presidente Eisenhower una conferencia panamericana para oponerse a la «penetración del comunismo internacional en América». Habilidosa *charlotada* para asumir la paternidad de una idea que ya estaba en marcha en las altas esferas imperiales. De esto tendré que hablar más adelante.

Lo que no estaba dentro de ese mundo de la farsa era el acuerdo militar firmado con los Estados Unidos y aprobado por el Congreso dominicano el 17 de abril. Tampoco lo estaban, desde luego, el sufrimiento del pueblo dominicano, los miles de muertos, la masacre de haitianos en la frontera, las víctimas de Luperón y lo que dio a esta tiranía un rasgo *sui generis*: el largo alcance de su venganza asesina, que llegó hasta La Habana, en el caso del dirigente azucarero Mauricio Báez, y hasta Nueva York, con las muertes de Sergio Bencosme, Andrés Requena y Jesús de Galíndez.

11-15° lat. N

83-88° long. O

Somoza, el Pacificador

Somoza, en cambio, sí estaba en el ejercicio directo de la presidencia de Nicaragua. Hechura de la ocupación militar yanqui, lo mismo que Trujillo, y, como este, jefe de la constabularia creada por los

ocupantes, era el dueño indiscutible de Nicaragua en lo político y en lo económico desde que fraguó e hizo ejecutar, con la complicidad del embajador yanqui Arturo Blis Lañe, el asesinato de Augusto César Sandino en 1934. Dos años después, derrocó a su tío Juan B. Sacasa y se hizo presidente. Como Trujillo, realizó algunas retiradas estratégicas, dejando monigotes adecuados en su lugar para recuperar oportunamente el puesto, reservándose la jefatura de la Guardia Nacional y el cargo de senador perpetuo de la república.

En 1953, desde la presidencia, Somoza preparaba su nueva reelección (la más reciente había sido en 1950, y de paso sería la última porque en 1956 fue ajusticiado por el poeta Rigoberto López Pérez). Conocida era su frase definitiva, acuñada veinte años antes:

Pienso permanecer en la presidencia no menos de cuarenta años; pero si los Estados Unidos me hicieran la menor insinuación de abandonarla, lo haría inmediatamente, pidiendo solo garantías completas para mi persona.

No lo hizo el gobierno yanqui, pero sí el heroico suicida, sin el requisito de las garantías.

Ante la perspectiva del cambio de gobierno en los Estados Unidos tras las elecciones de 1952, Somoza consideró prudente asegurarse de que los republicanos tampoco le harían «la menor insinuación», como no se la habían hecho los demócratas. Para ello viajó a Washington, donde fue recibido por Truman tan solemnemente como lo había sido por Roosevelt en dos ocasiones anteriores, y obtuvo el apadrinamiento de Eisenhower a cambio de su reconocida y ratificada incondicionalidad. Ese vínculo se objetivó con la estrecha camaradería del embajador norteamericano en Managua, Thomas E. Whelan, «matarife enriquecido, consejero de Somoza», según dice un biógrafo.¹⁸ «Tom, le decía el presidente; Tacho, le decía él. Tom y Tacho bromeaban, se hacían regalos mutuos y el primero defendía al segundo, llegando en más de una ocasión a justificar sus actitudes».¹⁹ Esa tradición de camaradería fue continuada por Anastasio II no solo con el embajador Aaron Brown, «compañero de gran parte de la campaña electoral de Tachito»,²⁰ sino con su propio guardaespaldas,

¹⁸ Ramón Romero: *Somoza, asesino de Sandino*, México, 1959.

¹⁹ Pedro Joaquín Chamorro: *Estirpe sangrienta*, México, 1957.

²⁰ Revista *Política*, México, 15-28 de febrero de 1967.

un eslabón perdido yanqui apellidado Van Winckle y, por lo mismo, conocido cariñosamente por *Rip*, a secas.

El viaje más sonado de Somoza fue el que hizo en 1953 por Suramérica. Perón lo recibió en Buenos Aires y, según el comentario que escuché allá, no le hizo gracia alguna la visita.

Menos, muchísimo menos gracia hizo a *Chichi* Remón un escandalillo protagonizado por *Tacho* en Panamá que, incluso, agitó las aguas opositoras en la Asamblea. Sucedió que, sin previo aviso, *Tacho* entró en la Base Albrook, de la fuerza aérea, situada en la Zona del Canal, y compró relojes, perfumes, encendedores y cigarreras por valor de 1 102 dólares y 25 centavos. En eso invirtió parte de los 1 700 dólares ganados en las carreras de caballos que se efectuaban en medio de los festejos por el cincuentenario de la independencia del país. Fue un gran negocio. En los comisariatos de la Zona, las mercaderías se compran a mitad de su precio porque, naturalmente, no pagan impuestos de importación en el enclave colonial. Esta desleal competencia, con cliente tan munífico, irritó al comercio hindú, libanés e italiano de la Avenida Central de la ciudad de Panamá. Supongo que también debió irritar al pueblo panameño, aunque por otras razones mucho más decorosas.

Podría pensarse que los relojes, las cigarreras y demás chucherías eran, como se acostumbra al retorno de un viaje, para obsequiar a parientes y amigos. Pero la cuantía de lo adquirido y el conocimiento de la sicología del personaje no abonan esta optimista suposición. Para Somoza no había negocio desdeñable, por pequeño que fuera. Cuando, en agosto de 1952, estuve de paso en Nicaragua con otros diplomáticos centroamericanos, Somoza quiso agasajarnos personalmente con músicos, muchachas y caballos. Los primeros integraban la Orquesta General Somoza, según se leía en los atriles, y las segundas colaboraban en sus ingresos, según me dijo una de ellas candorosamente. Parte del agasajo fue un recorrido en bote de motor por su extensa hacienda Montelimar, en aguas del río Tipitapa. Iba él mismo al timón y llevaba a sus nietos a un lado. Por la tarde habíamos asistido a un desfile de sus mejores ejemplares equinos que terminó con un *show* especialmente preparado en el que un garañón cubría a una yegüita blanca. Al volver del paseo fluvial, una cola de hombres y mujeres del pueblo esperaba a *Tacho*, así nombrado por ellos, en la casa de la hacienda. Habían llegado desde Managua para ser recibidos

en audiencia. Principiada esta, nos retiramos discretamente y tuvimos entonces la protocolar sorpresa sexo-musical de marras.

Las pinceladas anteriores, al igual que las referidas a Trujillo, son, ciertamente, frívolas, pero útiles para dar una semblanza ético-política del sujeto, una especie de rápido *ecce homo*, que ayuda a comprender su conducta en el plano internacional y su estilo de gobierno. Se comprenderá, por ejemplo, cómo repartió el Estado entre sus hijos igual que si se tratara de uno más de sus bienes de fortuna. Supo prever, y hay que reconocerlo, la continuidad dinástica de la familia. Su muerte no tomó a sus descendientes desprevenidos, pues encontró a Luis como presidente del Congreso y a Anastasio como jefe-director del ejército, jefe del estado Mayor, jefe de la fuerza aérea y director de la academia militar. De esa manera, los muchachos entraron en posesión inmediata de la República como lo hicieron con el resto de la herencia. Sobre la cuantía de esta hay numerosas referencias en los libros y reportajes que se ocupan del causante. Como una pequeña muestra, me limitaré a repetir la enumeración de los bienes inmuebles que hizo una revista norteamericana en la necrología apologética del patricio: cincuenta y una fincas y haciendas de ganado en Nicaragua, una en Canadá y otra en Costa Rica; cuarenta y ocho casas de vivienda; cuarenta y seis plantaciones de café y ocho de caña con sus respectivos ingenios; cinco edificios de apartamentos en Miami; una planta pasteurizadora; una fábrica de cemento y una mina de oro. Los muchachos, Luis y Anastasio, claro está, incrementaron la herencia, y diez años después de la muerte de su padre el diario *Baltimore Sun* (4 de febrero de 1966) decía:

La extensión de la fortuna de la familia Somoza es motivo de varias conjeturas, pero una fuente diplomática la calcula en la suma de 300 000 000 de dólares [...] en un país donde el ingreso *per cápita* anual es de 313 dólares.

Con mucha mayor exactitud que en el caso de Trujillo, respecto de Somoza puede hablarse de una coexistencia pacífica con las empresas yanquis en territorio nicaragüense. El país no es bananero, ni azucarero, ni petrolero, ni cuprífero, ni estañífero. Allí los intereses del capital norteamericano explotan especialmente las minas y la madera, y mantienen con los Somoza un satisfactorio *modus vivendi*. Por los años a que me estoy refiriendo, las minas, especialmente

las de oro, pertenecían a empresas como la Luz Mines Ltd., del consorcio Fletcher, la Compañía Minera El Jabalí, la Neptune Cold Mining Co. y la India Mines Ltd.; y la madera, a la Long Leaff Pines Co. y a la Cukra Development Co. En la década de los cuarenta, las inversiones yanquis se calculaban en 8 858 000 dólares, sin contar las de la Rubber Reserve Co., que explotó el caucho nicaragüense hasta 1946, fecha en que cesó el interés por este producto al terminar la Segunda Guerra Mundial. El *modus vivendi* consistía en un 25 % de las utilidades mineras y en un 4,5 % de las madereras, percibidos por Somoza al margen del impuesto fiscal de 3,5 % y de 2,5 %, respectivamente. Esta era la llamada «contribución adicional».

En su libro de dudosa paternidad, *El verdadero Sandino o el calvario de las Segovias*, Somoza reproduce el decreto presidencial del 14 de septiembre de 1936 gracias al cual se le concedió, simultáneamente, la Cruz del Valor, la Medalla de Distinción y la Medalla Presidencial del Mérito. Entre otras cosas, el decreto consideraba que «el mayor general Somoza, exponiendo su vida con extraordinario heroísmo, con su prestigio de jefe, con la lealtad de la guardia y con su indudable arraigo popular, salvó a la república del caos de la anarquía [...]». Este reconocimiento de méritos alude principalmente al asesinato de Sandino y a la subsiguiente masacre de la colonia pacífica de exsandinistas de Wililí. De allí, pues, el título de Pacificador con que solía presentarse y que él prefería, como Bolívar el de Libertador-presidente.

Somoza puso buen cuidado de que el tiempo no tornara borrosas las letras de ese título; siempre supo cómo refrescar sus colores con sangre de nicaragüenses. En abril de 1954 se le presentó una de las mejores oportunidades de hacerlo cuando entró por Cárdenas, en la frontera con Costa Rica, un grupo de veintiséis patriotas armados y dispuestos a recuperar a su patria para la libertad y la decencia.²¹

Somoza venteaba esas situaciones y contaba, lógicamente, con un eficiente espionaje del otro lado de la frontera para seguir los pasos

²¹ Entre las víctimas de aquella masacre figuró Luis Báez Bone, a cuya memoria dediqué mi obra *El tren amarillo* (teatro). Güicho Báez, como le decíamos en Guatemala, vivió lo mejor de su juventud entre nosotros. Militó en el Frente Popular Libertador de los años democráticos y dejó una familia guatemalteca. Era entrañablemente afectuoso y marchó a la muerte siguiendo a su hermano Adolfo, por la dignidad de Nicaragua.

a los muchos emigrados *nicas*. Además, tenía dos cosas que originaron el episodio al que aludí al principio de estos apuntes y en el que Figueres fue protagonista involuntario y pasivo: la primera, su enemistad jurada al pequeño vecino; la segunda, sus vínculos estrechos con la CIA a través del embajador Tom Whelan.

Figueres había surgido a la vida pública cinco años antes, cuando derrocó por las armas a Teodoro Picado, tan amigo de los comunistas costarricenses como de su poderoso vecino nicaragüense. Situación paradójica, difícil de entender para quien no conoció a la Centroamérica de entonces. Figueres había contado con el apoyo del presidente de Guatemala, Juan José Arévalo, el mayor enemigo político de *Tacho*, y tenía íntima relación ideológica y personal con Rómulo Betancourt, el acérrimo rival de Trujillo en el Caribe y cuasi consanguíneo de Somoza, como sabemos. Toda esta maraña, en la cual estuvo involucrado Carlos Prío Socarrás, dio origen a un mito que fue explotado por la propaganda de las cadenas yanquis y alimentado por el binomio Trujillo-Somoza: la existencia de un ejército fantasma formado por exiliados *rojos* y financiado y armado por Rómulo, Arévalo, Figueres y Prío, denominado Legión del Caribe, al que se atribuían acciones como los frustrados intentos de Cayo Confite (1947) y Luperón (1947) contra Trujillo y el derrocamiento de Picado. De allí que Somoza procurara hacerle la vida imposible a su vecino, militarmente mucho más débil, aunque ensordecidamente parlanchín.

Fue así cómo el mago de la artimaña que era *Tacho* convenció a la CIA, siempre contando con su amigo *Tom*, de que Figueres era «comunista» y todo lo demás que de ahí se deriva. Este es el momento en que, con todo el respeto debido a la sangre de los patriotas de abril de 1954, las cosas se ponen regocijantes, como dije en su momento. Figueres había sido electo para la presidencia de Costa Rica el 26 de julio de 1953, exactamente el mismo día del asalto al cuartel Moncada, y desde ese entonces la CIA preparó su derrocamiento por constituir un peligro grave para el mundo occidental y para la paz y la seguridad del Continente, dada su vecindad con el canal de Panamá. El absurdo no se quedó en Centroamérica, sino que llegó hasta el mismísimo Senado norteamericano:

En marzo de 1954, en el transcurso de un discurso en el Senado, el senador Mansfield citó una información periodística en el sentido

de que un agente de la CIA fue sorprendido *in fraganti* cuando intervenía el teléfono de José Figueres. «No tengo que subrayar el tremendo impacto que esta clase de actividades podría tener en nuestra política exterior», dijo, y pidió un control más estricto por el Congreso sobre la CIA. Su advertencia, sin embargo, no produjo efecto alguno aparente en las actividades de la Agencia Central de Inteligencia contra Figueres.²²

7-11° lat. N

82-86° long. O

Figueres, un burgués pequeño

La verdad del caso era, por supuesto, muy otra. Cuando triunfó en las elecciones el Partido Liberación Nacional, de Figueres, su apologista Harry Kantor, de la Universidad de Florida, que es también exégeta del aprismo, escribió:

Todos los amantes de la democracia en América se han llenado de alegría por la victoria de José Figueres y del Partido Liberación Nacional en las elecciones realizadas el 26 de julio último. Habiendo ocurrido en momentos en que brutales dictaduras destrozan a diversos pueblos del Continente, la victoria de un movimiento democrático en Costa Rica puede ser el primer signo de un resurgimiento del gobierno democrático en toda la América Latina. Porque Figueres y el Partido Liberación Nacional representan el mismo tipo de movimiento de los apristas del Perú, Acción Democrática de Venezuela, Partido Liberal de Colombia, el MNR de Bolivia, etcétera.²³

Para el norteamericano Kantor, Figueres era un adalid de la democracia porque, simplemente, no hacía sino mantenerse dentro de las prácticas tradicionales de Costa Rica, es decir, de la tolerancia política, como lo eran Rómulo Betancourt y Haya de la Torre, que entonces estaban en contra de los déspotas de turno en sus respec-

²² David Wise y Thomas B. Ross: *El gobierno invisible*, La Habana, 1966.

²³ Harry Kantor: «Figueres y el Movimiento de Liberación Nacional», revista *Humanismo*, México, núm. 13, agosto de 1953.

tivos países: Marcos Pérez Jiménez y Manuel Odría. Pero Figueres era un acaudalado caficultor medularmente adicto al *american way of life* por razones de clase y casta, cuya política consistía esencialmente en negociar con los Estados Unidos y obtener de ellos las mayores ventajas posibles. Por eso se proponía gestionar la revisión de los contratos con la United Fruit Co., a fin de que esta reconociera a Costa Rica el 50 % de las utilidades. La fórmula era aprendida de Rómulo Betancourt, quien la había propugnado para el petróleo cuando presidió la junta de gobierno de Venezuela entre 1945 y 1948.

Por su fe capitalista y para la obtención de esas ventajas, así como para no hacerse sospechoso de izquierdismo a los suspicaces ojos yanquis y para evitar que llegaran a los oídos norteamericanos las intrigas del diabólico Somoza, Figueres era –y es– un perfecto peón del sistema interamericano. Ello suponía una alineación incondicional a la política anticomunista de Washington, concretada en la hostilidad hacia los comunistas costarricenses, en el ofrecimiento de un campo propicio a los agentes de la Organización Interamericana de Trabajadores (ORIT) para sabotear el auténtico sindicalismo latinoamericano, y en el apoyo a la campaña desatada contra Arbenz. Esa fue la tónica del período de gobierno que inició Figueres en 1953.

Manuel Mora Valverde, líder de Vanguardia Popular (partido comunista), al enjuiciar a Figueres y a Mario Echandi, vencedor electoral en 1958, subraya:

echandistas y figueristas nos han dado palos cada vez que han podido y que les ha convenido. Ambos han considerado siempre que su carta de triunfo está en apalearnos y no en buscar nuestra alianza. Porque suponen que la mesa donde se baraja el naipe está en Washington y no en Costa Rica.²⁴

Veinte años después, Figueres sigue creyendo lo mismo, aunque según parece, ya empieza a ponerlo en duda.

²⁴ Manuel Mora Valverde: *Dos discursos en defensa de Vanguardia Popular*, Costa Rica, folleto, 1958.

13-15° lat. N
85-90° long. O

«La vaca» gorda

Oscar Osorio llevaba prácticamente cinco años de gobierno en El Salvador: dos *de facto* y tres constitucionales. Trigueño, braquicéfalo, sonriente y macizo en su pequeña estatura, cada vez que me encontraba frente a él me recordaba, por asociación, las caritas sonrientes de la vieja artesanía totonaca. Quizá el presidente salvadoreño tuviera ancestro pipil y de allí le viniera su semejanza con esa minoría indígena de El Salvador descendiente de una remota emigración mexicana que cruzó Guatemala por la costa del Pacífico.

La estructura socioeconómica del menor y más poblado país centroamericano no había sido propicia al surgimiento de un propietario omnímodo y único del país, al estilo de Somoza y Trujillo. Ciertamente, nueve años antes había sido derrocado un despótico general, Hernández Martínez, después de trece de autocracia con ingredientes teosóficos (!!). Pero este hombre había hecho méritos a los ojos de la oligarquía cafetalera al sofocar en 1932 un alzamiento «comunista» de campesinos indígenas, en Izalco y Nahizalco, con el saldo de más de 20 000 de ellos asesinados. De igual manera había sido derrocado en 1944, cuando lesionó con impuestos los intereses de aquella clase cafetalera. Desde luego, fue el pueblo quien dijo la última palabra.

En El Salvador, en vez de una sola familia arribista, al estilo de la de Somoza, son catorce las que han tenido el poderío económico y constituido una casta pseudoaristocrática de ricos de larga data. Los apellidos son muy conocidos y algunas veces han figurado directamente en la política: Dueñas, Regalado, Goldree Liebes, Meza Ayau, de Soift, Sol Millet, Guirola Álvarez, Meléndez, Meléndez Castro, Borghí Dag Quiñones, García Prieto y Vilanova. En 1937, cuando visité por primera vez la ciudad de San Salvador, oí al pueblo hablar de «la vaca»; después supe que se trataba de aquellas catorce familias que controlaban «la banca» salvadoreña. Un *calembour* sarcástico, una manera popular de definir la situación: la oligarquía organizada en la Asociación Cafetalera de El Salvador dominaba el Banco Central de Reserva, creado por Martínez en 1934 para exclusivo beneficio de esa clase semifeudal.

Esto no lo podía cambiar Osorio, ni tampoco lo intentó. Si lo hubiera hecho, seguramente yo no lo hubiera alcanzado a conocer como presidente en 1951. En 1948, siendo mayor, contribuyó a derrocar a Castañeda Castro, «la mica empolvada» para el pueblo, cuando estaba fraguando su reelección. Osorio integró entonces una junta de gobierno con otros dos militares y dos civiles, y en 1950 fue elegido presidente, sin oposición. Es decir, se autoeligió, con la anuencia de los cafetaleros; de otro modo no hubiera sido posible. Para ello organizó, desde el poder y con los recursos del mismo, el Partido Revolucionario de Unificación Democrática (PRUD), y emitió una Constitución que, en comparación con la política de sus antecesores, aparecía como moderna y progresista. En ello quedó plasmado el programa de la llamada Revolución de 1948.

Eso podía hacerse porque entonces «la vaca» estaba eufórica. No es necesario, en este caso, acudir al símil de las vacas gordas bíblicas, pues se trataba de una sola, verdadera y robusta «vaca»: la oligarquía cafetalera. Sus clientes yanquis, sus principales compradores, le estaban pagando precios óptimos por el grano: 77 y hasta 94 dólares por quintal. Cosa nunca vista antes. Esto, como es obvio, enriquecía al Estado con los impuestos sobre las exportaciones, que dejaban un saldo favorable de 16,5 millones de dólares. Los depósitos del gobierno en el Banco Central de Reserva alcanzaban niveles inusitados, y el colón (unidad monetaria) se estabilizaba a dos y medio por dólar. Por esta razón, la oligarquía dejaba que Osorio hiciera una política populista y medio *peronizante*, siempre que no le tocara el trigémino, o sea, el bolsillo.

En situación tan bonancible, el régimen podía mostrarse «nacionalista», emprendedor y democrático. Por un lado, realizaba obras de envergadura, tales como la modernización del Puerto de Acajutla y la construcción de la hidroeléctrica de Chorrera del Guayabo sobre el río Lempa, en su mayor parte con capital nacional. Para ello fueron creadas las «comisiones ejecutivas» del Puerto de Acajutla (CEPA) y del río Lempa (CEL). Por otra parte, legislaba sobre derechos laborales largamente exigidos por la clase obrera salvadoreña, defraudada por los anteriores gobiernos oligárquico-militares: seguro sindical, salario mínimo, jornada máxima, horas extras, vacaciones, etc. Esta legislación que se parecía al código del trabajo emitido en Guatemala durante el gobierno de Arévalo, no alarmaba a los barones del café;

ella solo beneficiaba a los obreros urbanos de las pocas industrias y comercios, y «la vaca» todavía no tenía mayores intereses en esos ramos; era justo entonces cuando empezaba a incursionar en ambos campos, invirtiendo parte de sus exorbitantes ganancias agrícolas. Tampoco había riesgo de chocar con la United Fruit Co. porque, a diferencia de Guatemala, Honduras y Costa Rica, El Salvador no era país bananero. Solamente la International Railways of Central America (IRCA), subsidiaria de la frutera, poseía la red ferrocarrilera que cruza el territorio salvadoreño y el puerto de Catuco, su terminal en el Golfo de Fonseca. Precisamente por esto parecía «nacionalista» la modernización de Acajutla.

Arbenz, en cambio, era un terrible mal ejemplo porque había emitido una ley de reforma agraria. Eso hacía temblar las ubres de «la vaca», pues la consigna de reforma agraria podía llegar, y estaba llegando desde el otro lado del río Paz, importada por «agitadores comunistas».

Para agravar el problema, los departamentos de Santa Ana y Ahuachapán, fronterizos con Guatemala, constituían, junto con los de Sonsonate y la Libertad, la región cafetalera: densa, explotada y explosiva. Aún se recordaba la hecatombe de 1932. Fue aquí donde encalló el pretendido democratismo de Osorio. El café dio las pautas políticas: la primera fue la emisión de la Ley de defensa del orden democrático y constitucional, ley de discriminación y persecución ideológica, reaccionaria y represiva como todas sus similares de la época; la segunda, en 1952, fue la aplicación de dicha ley, con la vesania acostumbrada por los cuerpos encargados de la represión, contra dirigentes obreros y estudiantiles y contra militantes de partidos democráticos o simplemente sospechosos de «comunismo»; la tercera, sumarse a la conjuración interamericana para liquidar al régimen revolucionario de Guatemala. Se verá.

13-16° lat. N
83-89° long. O

Un procurador de la UFCO

Tampoco en Honduras hubo ningún propietario nativo único y omnímodo, ni una familia ni varias que lo fueran. Ese papel lo desempeñaba en 1953 la Tela Railroad Co., nombre hondureño de la United

Fruit Co. después de una azarosa historia que comprendía lo que iba de siglo contra sus rivales bananeros. Quien presidía entonces la república era nada menos que el abogado de la propia compañía: Juan Manuel Gálvez. Los vínculos de este con aquella se remontaban a la época de su antecesor Tiburcio Carías, a quien sirvió como ministro de Guerra. Servir a Carías era servir a la frutera.

Tiburcio Carías Andino, «el tigre de Zambrano», era físicamente un mastodonte, con título de abogado y grado de general, testaferro de la United Fruit Co. en la presidencia del Congreso cuando esa compañía le disputaba a la Cuyamel la exclusividad en la explotación de la costa norte hondureña. Antes había sido montonero y candidato por el partido conservador, autollamado Nacionalista. En 1932 fue elegido presidente, sin opositor, en unas elecciones químicamente bananeras. Gobernó como un patriarca bárbaro, y durante sus dieciséis años de mando la United hizo de la costa norte de Honduras algo así como la capital de su imperio bananero del Caribe. En 1944 cayeron Ubico, en Guatemala, y Hernández Martínez, en El Salvador. Somoza y Carías se tambalearon. A este lo salvó la compañía, y fue entonces cuando Gálvez escribió su mejor hoja de servicios, la que debería llevarlo a la presidencia cinco años después: la masacre de San Pedro Sula, en el corazón del enclave frutero.

Las tensiones sociales y políticas se agudizaban en la Honduras de esos años por la extrema miseria del pueblo, el más pobre quizá de Centroamérica —lo cual quiere decir mucho— y por el terrible atraso del país. Casi el único progreso era el de los trenes fruteros de la Tela. Tal vez aconsejado por sus patrocinadores de la empresa, y temiendo las inevitables influencias del régimen progresista guatemalteco, Gálvez varió formalmente la tónica de gobierno respecto de Carías. Procuró dar la imagen de una tímida democracia política, de algo menos arcaico que su antecesor. Con ayuda de técnicos centroamericanos, incluso guatemaltecos, fueron fundados los bancos Central y de Fomento, y el gerente del Instituto Guatemalteco de Seguridad Social (IGSS) estuvo en Tegucigalpa para estudiar la creación de uno similar en Honduras. Por otra parte, permitió una original libertad de prensa: mientras su principal opositor era *La Época*, propiedad de Carías, el mismo que lo había hecho presidente, clausuraba el periódico obrero *Vanguardia Popular*. Hay que advertir que la clase obrera, casi en su totalidad, estaba constituida por los trabajadores agrícolas de la Tela Railroad.

Todo lo demás eran buenas intenciones. Los diputados, ciertamente, gozaban de la libertad de palabra y se permitían hacer recomendaciones progresistas tales como la fundación del seguro social, la creación de una dirección de minería –ya que Honduras era desde la época colonial, rico en minerales– y de una dirección general del trabajo. Pero, satisfecha la buena conciencia de los diputados, el gobierno hacía oídos sordos a sus proposiciones. El carriísmo, en realidad, seguía en el poder. Cariísta de los mayores era el vicepresidente, Julio Lozano, al mismo tiempo ministro de Gobernación, Justicia, Sanidad, Beneficencia, Fomento, Agricultura y Trabajo. Relaciones Exteriores estaba a cargo de otro cariísta, un vestigio sobreviviente a quien conocí en San Salvador en las conferencias de cancilleres centroamericanos, de 1951: Edgardo Valenzuela.

Se comprenderá que un gobierno así tenía que considerar «comunistas» cualquier legislación laboral y cualquier intento de organización sindical. Y ambas cosas venían dando recios dolores de cabeza a la United Fruit Co. en Guatemala. No permitiría ella que se reditaran en Honduras, y para eso estaban sus edecanes en el gobierno. Conocido el cuadro, aunque sea a grandes rasgos, se comprenderá fácilmente el resto de la historia, que viene casi a continuación. Pero antes conviene, por cuestión de orden, cerrar este periplo por Centroamérica y las Antillas.

18-20° lat. N

72-74° long. O

President bon papa

Nadie apostaría un *gourde* en favor de la veracidad de Trujillo cuando desmintió una información del *New York Times* según la cual Haití temería «a la poderosa dictadura de su vecino». «La República Dominicana no tiene designios sobre Haití, insistió el Generalísimo [...]», rezaba un despacho fechado en Ciudad Trujillo (es decir la capital dominicana, así rebautizada) el 23 de marzo de 1953. Ese desmentido no se podía creer por dos razones: la primera, porque lo hacía Trujillo, y la segunda, porque no lo abonaba la historia haitiano-dominicana a partir de 1822. Esa historia estaba punteada de agresiones, amenazas, temores e intrigas, y en ella figuraban

haitianos como Boyer y Souluque y dominicanos como Santa y Buenaventura Báez, en la parte sucia. Los más recientes capítulos, a cargo de Trujillo y de Elie Lescot, figuraban entre los más sucios, con sangre haitiana y dinero dominicano. El primero, en 1937, era la masacre de 15 000 haitianos en la frontera, ordenada por Trujillo. El segundo era el soborno por 35 000 dólares que, según rumor público, Lescot había aceptado de Trujillo, en 1946, un *crime qu'aucun Haïtien ne pouvait excuser après les effroyables exécutions de 1937, encore présents dans toutes les mémoires*, para decirlo en el idioma de la *élite* de Puerto Príncipe.²⁵ Crimen que, según la misma crónica, fue el detonador para que el propio comandante de la guardia presidencial encabezara un golpe militar contra Lescot y lo exportara *par avion* a Nueva York, donde murió justamente en ese año 1953. El comandante era Paul Magloire.

Las circunstancias de que al ser también derrocado Magloire, en 1956 y tras casi un año anárquico, Duvalier irrumpiera en la historia haitiana con sus ordalías sangrientas, sus tenebrosas maquinaciones, sus *tonton-macoutes* y su monarquía *de facto*, vitalicia y hereditaria, que lo asimila muy mucho a Trujillo y a Somoza aunque haya llegado con dos décadas de retraso al convite de los sátrapas, vino a dejar fuera de foco a Paul Magloire en la escena del Caribe. Sin embargo, este poseía en potencia todas las condiciones requeridas para figurar en el bestiario caribense, junto a sus colaterales Batista y Trujillo y a su vecino de enfrente, Somoza. Solo le faltó tiempo para desarrollar esas potencialidades.

Magloire era también un producto de la ocupación yanqui de 1915-1934, como egresado de la escuela de gendarmería dirigida por los *marines*, y, en consecuencia, perteneció a la constabularia represiva, ejecutora del asesinato del Sandino haitiano: Charlemagne Péralte. Cuando cesó la ocupación, Magloire quedó como ayuda de campo del presidente títere Stenio Vincent. Como mayor del ejército, y con otros dos militares, dio el golpe de mano que derrocó a Lescot, frustró un movimiento popular y democrático en marcha, e integró la junta militar que impuso la seudoelección de Estimé en 1946. Cuatro años

²⁵ «Crimen que ningún haitiano podía perdonar después de las espantosas ejecuciones de 1937, presentes aún en todas las memorias» (Marcel Niedergang: *Les 20 Ameriques Latines*, p. 168).

después, reditó la historia al defenestrar al mismo Estimé y constituir otra junta militar, con la variante de que, en vez de imponer a otro candidato, se impuso a sí mismo.

En 1950 introdujo la elección directa o de primer grado y se proclamó elegido por 150 000 votos contra 20 000.

La concesión del voto universal a las masas fue el primer paso demagógico. A partir de allí, se esforzó por aparecer ante aquellas masas como un *president bon papa*, encarnación del *bon Dieu bon* de la creencia popular. También El Benefactor, su vecino, había acuñado la consigna «Dios y Trujillo» en letras de neón. En orden de teatralidad, megalomanía y nepotismo, Magloire no cedía ante el dominicano y el nicaragüense.

De entrada, reestableció en el palacio presidencial una *étiquette presque royale*, que no se veía desde los días de Faustin I, Souluque. Un turista podía ver pasar lujosos automóviles oficiales con la inscripción ¡VIVA EL PRESIDENTE MAGLOIRE, ESPERANZA DEL PUEBLO!, y leer en el Campo de Marte la frase ¡VIVA EL PRESIDENTE MAGLOIRE! también en gas neón, como la de Trujillo, junto al anuncio de la Coca Cola.²⁶ Ese mismo turista podía leer los anuncios de la Régie du Tabac République d'Haïti, que invitaban a saborear *les dernières créations, le délicieux cigares Indépendance* y *Mille huit cent quatre*, entre los cuales figuraba el *Magloire*, junto con el *Bassin bleu*, el *Creme*, el *Couroune* y el *Fleur d'Haïti*. Por último, nuestro turista vería una *cité* Magloire al transitar por el bulevar La Saline, la cual le haría recordar que en el mismo Puerto Príncipe, no lejos de allí, viniendo del aeropuerto, por Delmas, había visto otra *cité* Magloire. Aficionado al fútbol, el turista podía ver un partido en el Estadio Magloire.

La imagen del presidente *bon papa* llegaba a las clases *peu fortunées* a través de beneficios bien publicitados como cantinas populares, restaurantes baratos, guarderías infantiles, hogares-escuelas y otras obras sociales que realizaba la dinámica primera dama, directora de la Fundación *Mme. Paul E. Magloire*. Creo que aquellas obras existían en la medida necesaria para preservar la imagen buscada, porque lo permitía la bonanza económica del momento. No creo, en

²⁶ Tibor Mende: *América Latina entra en escena*, Santiago de Chile, 1956, p. 284.

cambio, que otro aspecto «social» haya llegado a las clases menos favorecidas. Me refiero al que tenía a su cargo a *Madame* Herzulie Magloire Prophete, *Inspectrice des Arts ménagers*, dama de indudable buen paladar, experta en cocina haitiana, que se deleitaba escribiendo en homenaje al tricincuentenario de la independencia de la patria:

*Que dire d'un Poulet a l'Haitienne, bien assaisonné et roussi, avec une bonne sauce aux tomates; ou d'un bon plat de maïs moulu, bien lié, collant, bien battu avec toute sa farine-hors de ligne-agrémenté d'un poisson en pimentade?*²⁷

Los artículos culinarios de *Mme.* Herzulie eran toda una radiografía social de Haití, pues mientras hacía chuparse los dedos a la *élite* con el pollo a la haitiana y otras maravillas de manteles largos, tranquilizaba la conciencia de esa misma *élite* y de sí misma, para una buena digestión, sabiendo que, por su parte,

*Les paysans haïtiens tirent d'ailleurs le meilleur parti de ces riches novritures que la nature a si gracieusement mises à leur disposition en composant des raves peu couteux quant au prix, mais tres riches quant à l'alimentation.*²⁸

Desde luego que sí. Los campesinos tenían que acudir a aquello que la naturaleza pusiera graciosamente a su disposición, pues el presidente *bon papa* no se preocupaba por cambiar las terribles estadísticas de la miseria que ofrecían este cuadro del nivel de vida medio por habitante en las Antillas en 1953: 180 a 200 dólares por año para Puerto Rico y las Antillas holandesas; 140 a 150, para las Islas Vírgenes y Trinidad; 75 a 135, para Cuba; 103, para Jamaica; 100, para las Antillas francesas; 63, para la República Dominicana, y 24, para Haití.²⁹ ¡Veinticuatro dólares para vivir un año, sin considerar la enorme

²⁷ «¡Qué decir de un “pollo a la haitiana” bien sazonado y doradito, con una buena salsa de tomates; o de un buen plato de maíz molido, bien unido, pastoso, con toda su maravillosa harina, y adornado con un pescado decorado a su vez con pimientos?» (*Mme.* Herzulie Magloire Prophete: «La cuisine haïtienne», en *Formes et couleurs. La Revue Internationale des Arts, du Goût et des Idées*, n. 1, *douxien* serie).

²⁸ «Los campesinos haitianos obtienen, además, el mejor provecho de estos ricos alimentos que la naturaleza tan generosamente ha puesto a su disposición y confeccionan platos poco costosos, pero muy alimenticios».

²⁹ Daniel Guérin: *4 colonialismos sobre las Antillas*, Buenos Aires, 1959, p. 33.

desigualdad en la distribución del ingreso! Esa estadística, además, obedecía a una realidad concreta: la tenencia de la tierra, según la revelaba el censo de 1950. Casi millón y medio de personas carecía de tierra en el campo, y el resto de los 2 800 000 que constituían la población rural tenía apenas parcelas de un promedio aproximado de dos hectáreas, lo que «difícilmente puede permitir la existencia de una familia por encima del nivel de subsistencia».³⁰

Sin embargo, Haití vivía, como dije, un período de bonanza económica que estaba a punto de concluir, del cual la población mayoritaria campesina no había participado en ninguna medida y la urbana solo con las migajas instiladas por *Mme.* Paul Magloire y su Fundación. Esa bonanza se debía, como la de El Salvador, a los altos precios del café y del sisal o henequén, favorecidos por la Guerra de Corea. Pero esta tocaba a su fin. Entre tanto, destacaba el diario *Voix de Peuple* (23 de enero de 1967): «el presidente y sus partidarios con altos cargos pasaban su tiempo en juergas», el Congreso lo hacía *Généralissime* y comandante vitalicio del ejército —a lo Trujillo— y él cuidaba de su fortuna que, cuando fue depuesto, ascendía, según comentario de Jules Dubois en el diario argentino *La Nación* (11 de enero de 1957), a unos 25 millones de dólares.

El lector habrá reparado en dos detalles que consigné deliberadamente: los tabacos *Indépendance* y *Mille huit cent quatre*, y los artículos de *Mme.* Herzulie con motivo del tricincuentenario de la independencia nacional. En efecto, en 1953 Haití se preparaba para conmemorar el triunfo de sus armas contra los ejércitos de Napoleón Bonaparte y la conquista de su libertad e independencia, ocurrido el primero de enero de 1804. Sin embargo, la nación gozaba tanto la libertad y la independencia como las masas populares la bonanza económica. Guerin, que visitó Haití en 1955, nos ofrece esta instantánea de las libertades públicas bajo Maglorie: «Sometió a Haití a una fuerte dictadura militar, todos los partidos de izquierda fueron puesto fuera de la ley, sus diarios prohibidos, sus imprentas desmanteladas, sus militantes perseguidos y encerrados, los sindicatos obreros domesticados». En efecto, no sobrevivieron más que

³⁰ Gerard Pierre-Charles: *La economía haitiana y su vía de desarrollo*, México, 1965.

periódicos laudatorios como *Le National*, y opositores de las más diversas tendencias se exiliaron o se escondieron. Entre los primeros figuró René Depestre, y entre los segundos, François Duvalier.

La independencia era tan utópica como la libertad, tan ficticia como el clarineado Plan quinquenal de desarrollo económico, comprendido entre octubre de 1951 y septiembre de 1956. Para realizarlo, Magloire contrajo una deuda de 27 millones de dólares por el préstamo Peligre y el país invirtió, además, 13 millones. El gobierno contrató los servicios de compañías extranjeras como la Société des Grands Travaux de Marseille, la Caribbean Construction Supply Co. y la Compañía de Industrias Marítimas. Al final, lo único que quedó del plan quinquenal fueron diez kilómetros de carretera asfaltada entre Puerto Príncipe y Petion Ville, y una cárcel en Jacmel.

Los renglones fundamentales de la economía haitiana habían pasado a manos norteamericanas desde los años de la ocupación yanqui y gracias a los dadivosos gobiernos de los últimos veinte años (1934-1953). Un gran monopolio integrado por la Haytian American Development Co. y la Haytian American Sugar Co., poseía más de 30 000 hectáreas, era dueño de la Plantation Dauphin y controlaba la Haytian Agriculture Corp. Plantaciones de henequén, producción de azúcar y exportación de esos productos estaban en poder del monopolio, tras el cual es muy difícil no sospechar las huellas digitales de la United Fruit Co. La exportación del café era negocio de firmas extranjeras como Reimbold, Brandt, Wiener, Madsen, Dufort y Berne. La explotación del aluminio y la bauxita pertenecía a la Reynolds Mining Corp., y la energía eléctrica a la Compagnie d'Eclerage Electrique de Port-au-Prince et du Cap., que, no obstante su nombre francés, no era otra que la Electric Bond and Share.

Razones de peso, de muchos pesos, había para que *M. et Mme.* Paul Magloire fueran bien recibidos en la Casa Blanca por *Ike* y *Mamie*, según las fotografías de la época (1955), y que el Congreso escuchara al ilustre visitante lamentarse de que Haití fuera el país en donde la afluencia de capital extranjero había sido la más insignificante en la posguerra, no obstante ser el único país en la América Latina que había firmado el programa de la Comisión Randall, que daba garantías a las inversiones norteamericanas, que aseguraba libertad total para

repatriar el capital sin ningún control de cambios o prohibiciones y protegía, además, a los inversionistas contra toda expropiación.³¹

¡Bizarro Magloire! Dejó cortos a Trujillo y a Somoza en sus ofertas a los Estados Unidos.

18-19° lat. N

65-67° long. O

Ela, seudónimo de una colonia

Solo el Paso de la Mona separa geográficamente a Puerto Rico de la isla compartida en 1953 por Magloire y Trujillo. Igualmente mínimas eran las diferencias entre estos dos atrabiliarios homínidos que justificaban el nombre del canal interinsular y el que administraba, con título de gobernador, el llamado Estado Libre Asociado de Puerto Rico: Luis Muñoz Marín. Las diferencias eran formales o aparentes, no sustanciales: ni Puerto Rico era Estado, técnica o políticamente hablando, ni Haití y la Dominicana eran repúblicas más que de nombre; ni Puerto Rico era libre, ni Haití y la Dominicana lo eran; ni Puerto Rico era asociado, sino supeditado, ni Haití y la Dominicana eran soberanas, sino dependientes. Ninguno de los tres países eran democrático o representativo, como se decía, y los tres estaban atados a una misma coyunda en lo que no fuera puramente doméstico. Que Haití y la Dominicana fueran admitidos como Estados miembros de la OEA, lo que les confería más personalidad internacional que a Puerto Rico, no contradecía, sino confirmaba, el hecho intrínseco de que los tres, por igual, integraban el *Commonwealth* yanqui operante en el Caribe y más allá de él.

Notable, sí, era esta interesantísima diferencia: Muñoz Marín no vestía la librea entorchada y coruscante del sector chafarote, como Trujillo, Magloire y Somoza, sino la librea de etiqueta del sector civil que lo emparentaba más con Figueres, Betancourt, los apristas de Haya de la Torre y los liberales colombianos oligarcas tipo Lleras Camargo. Ese parentesco es alegremente ilustrativo, pues demuestra que la rivalidad a muerte entre ambas familias de una misma servi-

dumbre solo era ideológica en la superficie y que, en el fondo, la manzana de la discordia era el favor preferente del tronco común norteamericano.

Esto lo vi muy claro cuando concurrí con Alfonso Bauer Paiz,³² en representación del Frente Popular Libertador de Guatemala, a la Conferencia prodemocracia y libertad que se reunió en La Habana en 1950. Bajo los auspicios de Prío Socarrás, la Conferencia estaba comandada por Rómulo Betancourt y contaba con Figueres como *vedette* tribunicia; Luis Alberto Sánchez, como vocero de Haya; Rodríguez Larreta, por el ala reaccionaria del Partido Blanco Nacionalista uruguayo; Ernesto Sanmartino, por un sector radical antiperonista de Buenos Aires;³³ Norman Thomas y *Miss* Francis Grant, por el Partido Socialista (?) norteamericano, y con una delegación de

³² Uno de los más capaces, consecuentes y valerosos hombres de la Guatemala de 1944-1954. Su ineludible verticalidad lo expuso tres veces a las balas asesinas de los grupos fascistas y paramilitares de Guatemala durante los gobiernos de Méndez Montenegro y Arana Osorio. Aunque herido, escapó con vida a los tres atentados y tuvo finalmente que salir de Guatemala. Actualmente reside como exiliado en Chile.

³³ Rodríguez Larreta, propietario del reaccionario *El País*, de Montevideo, y excanciller del Uruguay, se jactaba de ser el autor de la que él mismo llamaba Doctrina Rodríguez Larreta o «cordón sanitario» interamericano, es decir, el aislamiento diplomático de la OEA a los regimenes con el pecado original de no ser «elegidos democráticamente». Esta, que Rodríguez Larreta había prohijado para dispararla contra Perón, no era original. En Chapultepec, en 1945, los delegados guatemaltecos de la Junta Revolucionaria de Gobierno la habían propuesto sin que fuera tomada en cuenta porque el imperialismo, que iniciaba la Guerra Fría, necesitaba cerrar filas en su hemisferio y no estaba para esas ingenuidades.

Ernesto Sanmartino era un vacuo petimetre político de alguno de los muchos radicalismos porteños. Lo que le dio una ridícula celebridad fue su frase «aluvión zoológico» para referirse a las mayorías obreras, especialmente de origen provinciano, que apoyaban a Perón, las mismas a las cuales la oligarquía vacuna argentina llamaba «cabecitas negras».

Rodríguez Larreta y Sanmartino protagonizaron una escena impagable en la Conferencia prodemocracia y libertad. El primero presidía una plenaria y el segundo había sobrexcedido con su interminable y farragosa garrulería el tiempo convenido para usar de la palabra. Rodríguez Larreta lo llamó al orden varias veces. En una de ellas, Sanmartino, en actitud de estatua prócer declamó: «Cuando yo estoy en la tribuna, la defiendo al precio de mi propia vida si es necesario». La asamblea prorrumpió en sonora carcajada.

«legisladores» de Puerto Rico, encabezados por Ernesto Ramos Antolini, presidente de la Cámara, en representación de Muñoz Marín. Tenían que estar, era lógico, los exiliados opositores de Trujillo, que se movían de La Habana a Guatemala y cuyo máximo representante era Juan Bosh.

La línea política trazada en la Conferencia de La Habana no dejaba lugar a dudas. Se trataba, en último análisis, de impetrar al imperialismo yanqui su intervención en favor de los conmitones reunidos para el solo efecto de desalojar a los Trujillos, Somoza, Pérez Jiménez y Odría, enarbolando los principios del panamericanismo, e instalarlos a ellos en el poder de sus respectivos países. En prenda, ofrecían al imperialismo rector el compromiso de observar un riguroso «anticomunismo» —que suponía represión a las verdaderas izquierdas—, eliminación de dirigentes sindicales sospechosos de antimeritalismo, fórmulas de componenda con los monopolios yanquis, y consolidación del bloque militar antisoviético impuesto por los Estados Unidos en el Tratado de Río de Janeiro de 1947. No se enunciaba así, desnudamente, esa línea política, sino que se embalaba con lugares comunes como «libertades públicas», «derechos humanos», «instituciones democráticas», «repudio a los sistemas totalitarios», «principios consagrados en el sistema interamericano», «Carta de la OEA», etcétera.

Muñoz Marín había sido invitado a concurrir a la Conferencia —o a hacerse representar— porque era la concreción en carne y hueso de la imagen que de sí mismos querían ofrecer los organizadores al Tío Sam, es decir, la aceptación tácita de un *status* semicolonial regentado por ellos y una pureza de linaje «democrático»; ni una brizna de intenciones «antinorteamericanas».

Nadie mejor que el gobernador exboricua: en su juventud había sido puertorriqueño, líder independentista y nacionalista hacia 1937 —durante la primera prisión de Albizu Campos—, había levantado la consigna de «pan, tierra y libertad», y demandado la eliminación del monopolio azucarero ejercido por las empresas Guánica Central, Aguirre y Eastern Sugar; pero en 1940 el triunfo electoral de su Partido Popular ya estaba manchado con la primera claudicación: había sustituido la bandera de la independencia por el trapo sucio de una «asociación» con los Estados Unidos. Allí empezó a dejar de ser

boricua. Lo demás, desde luego, vino solo, una vez puesto el primer pie en el tobogán de la traición y el entreguismo. Todo el programa de reivindicaciones sociales y económicas que había triunfado en 1940 fue archivado. La Isla, aderezada con apetitosos privilegios, exenciones de impuestos y mano de obra barata, fue servida como plato suculento en la mesa de los grandes negocios yanquis. Las puertas fueron abiertas de par en par a monopolios como la General Electric y la General Motors, a los grupos Du Pont y Rockefeller, y a toda la estirpe de los llamados *blueships corporations*. Para ellos fueron la agricultura, la caña de azúcar, las industrias, el comercio internacional y el comercio en detalle. A su tiempo haría su ingreso la petroquímica, y Puerto Rico sería el lugar de refinamiento de petróleo de Venezuela. La Operación *bootstrap* (cordón de zapato), también llamada «manos a la obra», iniciada hacia 1950, haría de Puerto Rico algo semejante a un jardín de Midas para los inversionistas.

Los colonialistas atraparon como tabla salvadora la idea asociacionista de Muñoz Marín. El artículo 73 de la Carta de las Naciones Unidas los obligaba, como metrópoli, a informar anualmente al organismo mundial sobre Puerto Rico, obligación incómoda que cumplían desde 1946. Había que cambiar nominalmente el *status* colonial de la Isla y, para ello, la idea de una «asociación» era excelente. La gran patraña dio comienzo en 1950 con la Ley 600, mediante la cual los puertorriqueños decidirían, mediante referendo, si querían darse una constitución o no. En caso afirmativo, una constituyente convocada por la Legislatura de Puerto Rico elaboraría un proyecto constitucional que los puertorriqueños aprobarían o no mediante referendo. En la letra todo parecía, hasta ahí, limpiamente democrático, si se aceptaba utópicamente que los referendos y plebiscitos, en una isla ocupada por los yanquis y sus cipayos nativos, podían expresar la verdadera voluntad popular y no parecerse en nada al 99 % de los procesos eleccionarios de Latinoamérica, e incluso de los Estados Unidos, que se pueden definir con simples nombres como Tanmany Hall o Watergate. Pero el sello colonialista aparecía bajo el ropaje de la Ley 600 (lo que Silvanus Morley llama «mancha mongólica» y nosotros, los guatemaltecos, «rabadilla verde», en la de nuestros compatriotas mayas). Se trata del siguiente párrafo, que se explica por sí mismo:

Una vez adoptada la Constitución por el pueblo de Puerto Rico, el presidente de los Estados Unidos queda autorizado para transmitir

esa Constitución al Congreso de los Estados Unidos, si estima que tal Constitución está de acuerdo con las disposiciones aplicables de la presente ley y de la Constitución de los Estados Unidos.

«La presente ley» quería decir Ley 600 o de Relaciones federales, idéntica, aunque con otro nombre, a la Ley Jones de 1917, o sea, un estatuto crudamente colonial, sin disfraz posible. En definitiva, todo trascurrió conforme a lo planificado por el gobierno yanqui, y con la colaboración del gobernador Muñoz Marín el Estado Libre Asociado fue inaugurado a mediados de 1952. Así llegamos adonde yo quería. Los yanquis, en su política, notificaron en 1953 a las Naciones Unidas sobre su determinación de no informar más sobre Puerto Rico, ya que este «había alcanzado el gobierno propio con la Ley 600 y la Constitución». Nadie creyó esto y lo demostró la exigua mayoría obtenida por la delegación norteamericana tanto en los comités de Información y de Territorios no autónomos (34 %), como en la Asamblea General (43 %). Excusado es decir que los delegados yanquis usaron todas las clásicas artimañas en el Salón de los pasos perdidos de la ONU; como nunca, movilizaron sus conocidos *lobbys*. La mayoría latinoamericana, desde luego, dijo *sí* o no dijo nada.

La fuerza misma de los hechos nos impulsa a dar aquí un salto de veinte años. Durante ese período, los Estados Unidos habían bloqueado toda posibilidad de que las Naciones Unidas discutieran la situación de Puerto Rico con maniobras como la del plebiscito de 1967. Pero en noviembre de 1972 Cuba logró que la Asamblea General derogara lo resuelto en 1953 al aprobar el informe del Comité especial de descolonización de agosto anterior en el que se reconoce «el derecho inalienable del pueblo de Puerto Rico a la autodeterminación e independencia»; en otras palabras: el Estado Libre Asociado es una colonia como cualquier otra y tiene que desaparecer. Fue una gran batalla diplomática ganada por Cuba. Un vocero yanqui, un William Schanufele, hizo una cabriola en el aire frente a la Asamblea en un intento de objetar a Cuba, pero cayó de cabeza en el ridículo. La votación fue de 99 votos contra 5, y 23 abstenciones. El cuadro de 1953 había cambiado notablemente.

Mientras los colonialistas representaban la gran farsa del Estado Libre Asociado ante la Asamblea General de la ONU, en San Juan de Puerto Rico se desarrollaba un episodio trágico. (No uso aquí el

término en el sentido de cruento o luctuoso, aunque mucho de esto había habido antes y después de 1953 en la isla boricua; lo uso como en la más alta expresión del género dramático: como conflicto de pasiones humanas antagónicas en que un héroe de gran elevación moral enfrenta las fuerzas todopoderosas de un destino predeterminado cuyos agentes terrenales son seres sórdidos, intrigantes, torvos y crueles, o cínicos sin conciencia, aunque sean reyes, senadores, príncipes o gobernadores. La ambición, el odio, los celos, la envidia, el temor, el fanatismo, o el orgullo, son algunas de las pasiones que rigen la conducta de estos personajes. Al lado de ellos, no faltan los de estatura menor, bufones como el del rey Lear, o simplemente tontos como el Rodrigo de Otelo. Lo trágico cobra la hermosura pavorosa de las más violentas fuerzas naturales desatadas no necesariamente por el triunfo del protagonista, sino, al contrario, por la fortaleza inquebrantable con que sucumbe ante el poder implacable de la fatalidad, sin claudicar de sus superiores principios éticos.) Lo de Puerto Rico, en 1953, no fue una tragedia completa en la que el protagonista es el pueblo todo como en *Fuenteovejuna*, sino solo un acto de ella en el que la fuerza del destino no tuvo nada de mágico ni de sobrenatural porque dominó la muy concreta y material de los *big-big-business*; el héroe ineludible fue Pedro Albizu Campos; el agente terrenal de las potencias implacables resultó ser, con pelos y señales, Muñoz Marín. No faltó ni el papelillo menor de tonto o bufón, a cargo de José Figueres. He aquí la trama de ese paso de tragedia.

En 1953, Albizu Campos cumplía sentencias de más de noventa años de presidio. Se le acusaba de «tratar de derrocar por la fuerza al gobierno, de tentativa de asesinato y de posesión ilegal de armas». Su enfrentamiento a los monopolios azucareros en apoyo de los trabajadores puertorriqueños y sus enérgicas denuncias del orden colonial impuesto por los Estados Unidos a su patria ya le habían costado seis años de prisión en la penitenciaría federal de Atlanta, Georgia, y cuatro de obligado exilio en Nueva York, entre 1936 y 1947. La nueva condena estaba estrechamente vinculada con las heroicas acciones de los nacionalistas puertorriqueños.

La sola imagen, inmensamente respetable, desde luego, de un Albizu Campos rector ideológico del independentismo y mártir del colonialismo, aniquilado a través de un cuarto de siglo de encierro casi ininterrumpido, no es, con todo, la imagen completa del hombre.

Hay que buscarlo también en el único y breve momento en que sus enemigos lo dejaron pelear a mano armada por su causa, verlo en su casa de Cruz y Sol —sede del Partido Nacionalista— resistir a la constabularia de los colonialistas y de su subalterno Muñoz Marín, en un tiroteo de dos días, solitario casi y sin indicios de rendirse. Allí hubiera caído heroicamente en combate si no lo sacan, casi exánime, con gases lacrimógenos. Esta acción armada era un pasaje de la gran rebelión iniciada en Jayuya, en las montañas centrales de la Isla, y extendida a más de diez poblaciones con un saldo de cinco mil presos y numerosos muertos. Entre estos, los seis integrantes del comando que, dirigidos por Raimundo Díaz Pacheco, atacó La Fortaleza para ajusticiar al esbirro mayor del colonialismo: Muñoz Marín. Mientras tanto, en Washington, Oscar Collazo y Griselio Torresola atacaban a tiros la Casa Blair-Lee para ejecutar también al responsable máximo de la esclavitud de Puerto Rico: Harry S. Truman. Torresola murió en el intento; Collazo cayó herido en manos de los *cops* y desde entonces sufre prisión en Leavenworth, Kansas.

No una, sino varias veces, Albizu Campos había rechazado con indignación diversos chantajes, sobornos y tentadoras ofertas para que depusiera su lucha por la liberación de Puerto Rico. Ese pequeño hombre de ninguna prestancia marcial y de expresión nada impotente era, sin embargo, una carga explosiva concentrada. Había que comprarlo o someterlo por el aniquilamiento síquico y físico en la cárcel. Era evidente que lo primero no daba resultado. Se hacía necesario, por consiguiente, acudir a lo segundo. Pero ningún método —aun cuando la incomunicación, la *mogolla*³⁴ y la picana lo habían llevado

³⁴ Nombre que los presos comunes daban a la bazofia que recibían como alimento en La Princesa. Puertorriqueñismo que quiere decir basura, desperdicio, inmundicia. Ver Ramón Medina Ramírez: *Pedro Albizu Campos, apóstol y mártir de la independencia*, San Juan, mimeografiado, 1962.

De la misma fuente es este párrafo, sobre la acción de 1950: «El día primero de noviembre y en la madrugada del día 2, destruyendo las persianas de las puertas con fuego de ametralladoras y bazukas, lanzaron bombas lacrimógenas al interior, de donde los sacaron, tanto a él [Albizu Campos], como a su único acompañante, Álvaro Rivera Walker, casi asfixiados para conducirlos a la prisión. De primera intención los llevaron al cuartel general de la policía, situado entonces en Puerta Tierra, uno de los sitios en que fueron hacinados una gran parte de los arrestados, que pasaban de mil, hombres y mujeres defensores de la independencia patria».

a los límites de la inanición y el delirio— resultó eficaz en La Princesa. Su resistencia permitió que la iniquidad se conociera fuera del presidio. Las denuncias y protestas cobraban cada vez mayor volumen, precisamente cuando Eisenhower prometía el paraíso de su *good partner policy* a la América Latina y procuraba crear un clima propicio para su maniobra del Estado Libre Asociado en las Naciones Unidas.

El imperialismo fraguó una grosera simulación. Convenía a sus propósitos de ese momento excarcelar a Albizu Campos para acallar el clamor público, pero no quería aparecer plegándose a las exigencias de la opinión latinoamericana y mundial, como no lo había hecho con los esposos Rosenberg pocos meses antes. Cuestión de orgullo o de prestigio o de lo que se quiera. En consecuencia, se mantenía incommovible ante las demandas, presiones y exigencias que se le hicieran agitando principios jurídicos o humanitarios. Pero diría, como Pilatos, que eso no era de su competencia puesto que era un asunto privativo de las autoridades puertorriqueñas y que la resolución del caso correspondía exclusivamente a Muñoz Marín. Al mismo tiempo, daría a este las instrucciones pertinentes: la solución sería la de un perdón concedido por lástima, por conmiseración; alguien tenía que pedirlo en estos términos, alguien tenía que implorar a la olímpica majestad imperial, por intermedio de su delegado consular en Puerto Rico; dejar constancia de los crímenes del preso, de la infalibilidad de la justicia norteamericana y quitar a Campos todo prestigio, toda importancia ante la opinión pública, presentándolo como un irresponsable, un maníaco, un residuo que necesitaba más del manicomio que de la cárcel. Tal fue el papel adjudicado a quien mejor se prestaba para representarlo por su irrefrenable exhibicionismo y su docilidad probada: el siempre dispuesto Figueres. En cumplimiento del plan trazado, este escribió una carta plañidera a Muñoz Marín, publicitada a todos los vientos, y Albizu Campos fue indultado y excarcelado el 30 de septiembre de 1953.

La burda componenda fue denunciada inmediatamente por Gilberto Concepción de García, presidente del Partido Independentista puertorriqueño, que no era el de Albizu Campos, desde Nueva York. En una declaración pública fechada el primero de octubre en aquella ciudad, ese partido protestó porque el indulto se fundaba en «una seria perturbación mental» de Albizu Campos, cuando en realidad había sido por «el resultado de la presión del pueblo puertorriqueño y de

la opinión latinoamericana sobre el gobierno de Estados Unidos». El documento oficial por el que se otorgó el indulto, decía la declaración, «respira odio, resentimiento, incomprensión y falta de respeto para la persona del líder nacionalista».

El mentís más grande lo dio el propio Albizu Campos. Ninguna duda cupo sobre su lucidez. Sus declaraciones al salir de la cárcel fueron enérgicas y sus denuncias categóricas. Lamento que aquí no quepan completas; solo transcribiré algunas de ellas como ejemplo:

Que no diga Muñoz que me indulta por viejo y enfermo; que diga la verdad, que la conciencia le remuerde porque él sabe que está trabajando contra la independencia de su patria [...]. Ahora más firmemente que nunca, porque vengo de la prueba del fuego que no ha logrado destruirme, redoblaré mis batallas por la independencia de mi patria [...]. La nación puertorriqueña sabe que todo partido que le promete gobernar bajo la intervención yanqui le engaña, porque solo el déspota gobierna bajo el absolutismo extranjero que lo representa [...]. Ya hemos visto las reservas militares, navales y aéreas en el mismo centro de Puerto Rico: Cayey, Punta Borinquen, San Juan, Fajardo, Ensenada Honda, Culebra, Vieques y otros puntos de Puerto Rico. En cualquier momento, los Estados Unidos se creen con derecho a desterrar entera la población de San Juan, de Ponce, de Mayagüez, o de cualquiera otra ciudad de Puerto Rico [...]. Esto no es una situación teórica, sino que aquí están ya establecidas esas bases militares, navales y aéreas en todo el territorio nacional, desde la Isla de la Mona a Vieques, y desde San Juan a Ponce [de Oeste a Este, y de Norte a Sur] [...]. La población entera ha sido arrancada de sus hogares por la fuerza y aglomerada sobre la ciudad de Isabel Segunda, donde tendrán asiento transitorio. Los planes de los Estados Unidos son desterrar toda esa población por la fuerza y traer allí personal militar, naval y aéreo que pase la fluoroscopia del servicio de espionaje de los Estados Unidos [...]. Culebra, Cabezas de Fajardo, Ensenada Honda y Vieques constituyen ya un círculo cerrado para los puertorriqueños bajo la ocupación directa de la infantería de marina de los Estados Unidos, integrada por infantes nacidos en Estados Unidos [...]. Esa cárcel [La Princesa] tiene dos administraciones que les voy a citar porque da la clave de toda la política de los Estados Unidos

y nos brinda una visión íntima de lo que son los yanquis y de lo que pretenden hacer con el resto de la humanidad. Esa cárcel, como decía, tiene dos administraciones: una, que se encarga de la ropa, de la comida, etc., y de la custodia de reclusos, bajo un alcaide o superintendente; y otra, que está a cargo de peritos electrónicos, dirigidos directamente por las fuerzas armadas norteamericanas. Este último cuerpo trabaja en armonía y en coordinación y combinación con el Departamento de Justicia del Estado Libre Asociado [...] y dicen que son los defensores de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, de la democracia, del derecho, de la constitución, de los derechos civiles. Da risa oír hablar a esos funcionarios representativos de este despotismo extranjero, de su preocupación por la violación de los derechos civiles en Puerto Rico. ¿Qué entenderán por derecho, y qué por civil?³⁵

El tercer mentís al gran engaño fue el del propio Muñoz Marín cuando la combatividad indesmayable de Albizu Campos lo obligó a revocar el indulto en 1954. Albizu volvió a la cárcel y no salió más, hasta su muerte física en el Hospital Presbiteriano el 21 de abril de 1965. Así se cumplió el destino trágico de otro de los grandes héroes de nuestra América.

13-18° lat. N

87-92° long. O

Vísperas de la operación UFCO-CIA

Así como existe el «retrato hablado» en la investigación policial, puede haber un «mapa hablado» en la indagación histórica. Pero este mapa sería tan mutable como vertiginosa y fluida es la vida en las colectividades humanas que habitan los países representados en la cartografía de los atlas. En esta cartografía, los contornos de los continentes y las fronteras de los países, por ejemplo, cambian relativamente poco en amplios períodos de tiempo. El mapa hablado, por el contrario, cambia en plazos que son segundos en el devenir de las sociedades: veinte años, por ejemplo. Y ni los cambios son

³⁵ Revista *Bohemia*, La Habana, 17 de junio de 1966.

homogéneos y simultáneos para todas las regiones o pueblos –sino violentos en unos y poco sensibles en otros–, ni los colores son tan planos y brillantes como los de la cartografía –sino de tonos subidos u opacos, muchas veces no imaginados en el espectro–. En fin, el mapa hablado es el que nos ofrece el contexto histórico para la comprensión de un hecho concreto, en un lugar determinado y en un momento dado.

Ruego al lector que vea en lo que estoy escribiendo nada más que la intención de formar un mapa hablado de la América Latina en el año del Moncada; mapa del que no pudieron escapar, por la estrecha relación que tienen con todo cuanto nos sucede, los Estados Unidos. El hecho concreto al que voy a referirme en esta parte es el de la intervención del imperialismo yanqui en Guatemala. La comprensión de este hecho nos es más fácil ahora, teniendo la parte trazada hasta aquí de mi mapa hablado –la de Centroamérica sobre todo– donde está enclavada Guatemala.

En 1953, hacía cincuenta y dos años que la United Fruit Company había comenzado a adueñarse del país con la complicidad de dos de los más sanguinarios déspotas de la historia latinoamericana: Estrada Cabrera, con veintidós años de poder (1898-1920), y Jorge Ubico, con catorce (1931-1944), y uno de más breve ejercicio: José María Orellana, con solo cuatro años y medio, debido a una inesperada angina de pecho (1922-1926). El saldo de las concesiones hechas por los tres abarcó miles de hectáreas de tierra para el cultivo del banano en las costas del Atlántico y el Pacífico, la entrega del único puerto en la costa atlántica y de toda la red ferroviaria a la UFCO y su subsidiaria (la International Railways of Central America), y la producción y venta de energía eléctrica a la Bond and Sliare, llamada en Guatemala simplemente Empresa Eléctrica. Los tres fueron también instrumentos de la oligarquía cafetalera del país al conservar intangible la estructura feudal, tan celosamente cuidada por todo el aparato sádico-represivo del Estado que no se la podía cuestionar ni con el pensamiento. No hay estadísticas en la que conste el número de muertos que costó el mantenimiento del mutismo y la inmovilidad.

En 1944, los guatemaltecos rompimos al fin el mutismo y la inmovilidad (interrumpidos, ciertamente, veinticuatro años antes, con el derrocamiento de Estrada Cabrera, pero solo por un segundo: abril de 1920 a diciembre de 1921; el instante que tardó en reaccionar el

monopolio ferrocarrilero). Lo de 1944, por lo menos, duró diez años. No nos perpetuamos como conquista definitiva porque al querer avanzar hacia la conquista de una verdadera independencia y de una efectiva justicia social chocamos con los monopolios ferrobarranero y eléctrico, que fue tanto como chocar con el imperio de los *big-big-business*.

Véase cuán útil es un mapa hablado, en cuanto que ahorra comentarios y explicaciones a veces complicados y enojosos. Basta decir: Guatemala, enclavada en el Caribe y situada en el istmo centroamericano, chocó en 1953 con el imperio de los *big-big-business*. Y el lector, que ya conoce el mapa hablado de la región y del año, lo comprende todo de un solo golpe de vista. Me basta, así, con hacer una relación escueta de los hechos, sin detenerme en el porqué de tal o cual conducta de los personajes que irán apareciendo al correr de los acontecimientos. Porque usted ya tiene la clave en sus manos, puede explicarse los hechos por sí mismo y formar sus propios juicios.

Juan José Arévalo gobernó en Guatemala entre 1945 y 1951. Desarrolló un gobierno democrático, dentro del concepto liberal burgués del término, vigente solo en el campo político. No persiguió las ideas y toleró a sus enconados opositores. Solo golpeó, al principio y fin de su período, a los comunistas, pero con las manos, sin lastimarlos. Si no llegó a poner la piedra en la honda antimperialista, tampoco fue obsecuente. No otorgó concesiones, no pidió préstamos y no aceptó prepotencias yanquis. Procuró que las garantías sociales y el derecho laboral tuvieran verdadera vigencia. Por «cuestión de principio» sancionó con la ruptura de relaciones o el no reconocimiento a los regímenes no limpiamente elegidos en su concepto: Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez y Odría. No puso en duda, por otra parte, las frases «mundo libre» y «regímenes totalitarios», y optó siempre por la primera. No tocó la estructura feudal ni de palabra, y no reveló hacia las masas rurales la misma sensibilidad que hacia los trabajadores urbanos. Sin embargo, fue acusado por senadores, plutogogos, macartistas y facistizantes de ser «punta de lanza del comunismo ruso»; un camandulero lo llamó «el Kalinin criollo»; Trujillo y Somoza lo consideraron siempre rojo vivo.³⁶

³⁶ Todavía el 22 de enero de 1957 escribía en la columna «Actualidad Americana» del diario *El País*, de Montevideo, el astuto plutogogo de la SIP, Jules Dubois: «La política de Arévalo era fomentar la hostilidad contra los

Arbenz fue otra cosa. Su ley de reforma agraria de 1952 fue anti-feudal y su línea de gobierno resultó categóricamente antimperialista. Dejó de apuntar contra los dictadores consabidos, que solo eran un efecto, y puso la causa en la mirilla, es decir, a los monopolios extorsionadores y al sistema que integraban. Ya los conocemos. Él sí puso la piedra en la honda, pero quizá no conoció, por desinformación, las verdaderas dimensiones del Goliat que tenía enfrente. No era posible entonces romperle la cabeza de una pedrada y las fuerzas internas en que Arbenz se apoyaba, o creía apoyarse, no servían ya para semejante desafío. En 1953, las fuerzas positivas del movimiento de 1944 se habían gastado, corrompido o desintegrado, y las negativas –las del medio siglo anterior– se habían recuperado, actualizado y endurecido. En otras palabras: ni el ejército, ni los partidos políticos, ni las dirigencias aburguesadas y burocráticas eran capaces de presentar el combate inevitable y desigual, ni tampoco las grandes masas populares, resueltas, pero inermes y militarmente desorganizadas, mientras que el binomio integrado por el «Gabinete Cadillac» y los reaccionarios guatemaltecos y centroamericanos alcanzaba el más alto grado de su temperatura «anticomunista», a pesar de que su guerra se llamaba «fría».

Al iniciar este periplo por Centroamérica y las Antillas cité algunos párrafos del capítulo «Rojos en Guatemala», del libro de memorias de Eisenhower, en el que descubre, sin embargo, cuáles eran las intenciones del alto mando imperialista, el Consejo de Seguridad Nacional, al incluir la advertencia «a México y otros países amigos». (Al terminar nuestro periplo guatemalteco, conoceremos bastante bien a esos «amigos» que desempeñaron papeles protagónicos en la operación contra Guatemala.) El *master plan*, o plan de agresión imperialista, no empezó cuando Arbenz anunció el 24 de febrero de 1953 que aplicaría a la UFCO la ley de reforma agraria, que Eisenhower traduce el 24 de febrero de 1953 por intención de «apropiarse de 25 000 acres de tierra sin cultivar» del monopolio bananero. La ojeriza yanqui, como he dicho, se remontaba a 1947, y aún antes, debido a la vigencia de nuestras leyes laborales. Arbenz vino a exacerbarla el 15 de marzo de 1951, cuando en su mensaje de toma

Estados Unidos y propiciar el establecimiento de una cabecera de playa para el comunismo soviético en Guatemala». Este es un «botón de muestra» del índice ultrarreaccionario en el sistema que integra el SIP.

de posesión, en el Estadio Nacional, concretó su propósito como gobernante: «Convertir a nuestro país, de una nación dependiente y de economía semicolonial, en un país económicamente independiente». El programa era sencillo en su enunciación, pero su puesta en práctica suponía complicaciones de una magnitud que el lector llega fácilmente a imaginar. Puedo reducir todo el programa de Arbenz a pocos puntos: 1) reforma agraria, 2) construcción de vías de comunicación y puertos propios, 3) construcción de nuevas fuentes de energía eléctrica propias y 4) política internacional sin sometimientos. Sencillo, ¿no es cierto? Pero al ponerlo en práctica se sublevaron los terratenientes feudales y los latifundistas, entre los cuales la UFCO era el mayor: se sublevaron los consorcios bananero, ferrocarrilero y eléctrico, y el Departamento de Estado norteamericano clamó a los cielos ante este flagrante atentado contra la unidad compacta del bloque belicista continental.

Once días después de haber tomado Arbenz posesión como presidente y yo como su ministro de Relaciones Exteriores, fue inaugurada en Washington la I Reunión de consulta de cancilleres de la OEA. Se trataba, nada más y nada menos, de involucrar a los latinoamericanos en la agresión militar a Corea y de que reiteráramos la entrega de nuestros recursos naturales para el mismo fin. No haré la historia de esa reunión, no solo porque sería muy extenso, sino porque ya la hice en otra parte.³⁷ Solo haré algunas citas para mostrar cuál era el ambiente que ya rodeaba en Washington a los guatemaltecos y cómo nuestra política internacional de no concesión vino a cargar aún más aquella atmósfera hostil. La prensa yanqui «oficiosa» expresaba:

Uno o dos latinos pueden causar molestias en las sesiones que vienen. La poderosa Argentina está exhibiendo una imitación tipo ópera cómica de fascismo; el nuevo ministro de Relaciones de la pequeña Guatemala, Manuel Galich, es un izquierdista, si no algo peor (*The Washington Post*, 25 de marzo de 1951).

³⁷ «Causas internas de una derrota», revista *Tricontinental*, La Habana, núm. 2, sept.-oct. de 1967; *Por qué lucha Guatemala*, Buenos Aires, 1956; *Guatemala ante América. La verdad sobre la Cuarta reunión de consulta de cancilleres americanos*, Guatemala, 1951.

Argentina y Guatemala se resistieron hoy a las propuestas de los Estados Unidos tendientes a rearmar la América Latina para la defensa colectiva. Argentina –derechista– se opuso; Guatemala –izquierdista– anunció que tenía algunas «reservas» acerca de la materia. Los Estados Unidos desean que la América Latina fortalezca sus ejércitos para ayudar a defender el Hemisferio Occidental y otras áreas, si las Naciones Unidas lo desean (*The Washington Daily News*, 29 de marzo de 1951).

México, Argentina y Guatemala se resistieron ayer a que la Conferencia de ministros de Relaciones Exteriores americanos se suscribiera en apoyo de la acción de las Naciones Unidas contra la agresión [...]. El más franco de los tres fue Manuel Galich, ministro de Relaciones Exteriores del nuevo gobierno izquierdista de Guatemala. Dijo que la opinión pública de su país no toleraría el envío de hombres a Corea y que pensaba que las tropas guatemaltecas no serían de mayor utilidad aun cuando pudieran ir tan lejos de su patria. Manifestó que toda la preocupación de Guatemala estaba concentrada en la rehabilitación económica (*The Washington Post*, 30 de marzo de 1951).

Planteamiento de actitud. Una enmienda guatemalteca específica que la ayuda de países latinoamericanos ha de ser en la extensión que a su juicio su capacidad permita. El ministro de Relaciones guatemalteco manifestó inmediatamente en una conferencia de prensa que las fuerzas armadas guatemaltecas no están en capacidad de ayudar a defender las Américas fuera de su territorio guatemalteco. Argentina también anunció que no pensaba enviar tropas fuera de sus fronteras (*The Washington Daily News*, 5 de abril de 1951).

Las tensiones con el imperialismo fueron en aumento en los dos años siguientes. Pero no puedo detenerme en todo el proceso. Debo situarme en 1953, ya con el *plan master* en marcha:

la política conspirativa y difamatoria de las empresas, particularmente de la UFCO, no llegó a constituir hasta 1952 amenaza seria para la subsistencia del movimiento revolucionario de Guatemala, como lo evidencia el fracaso de treinta y tantos conatos de subversión. Sin embargo, en ese año iban a producirse dos hechos, aparentemente inconexos, que fueron decisivos para que se llegara

a consumir en 1954 la agresión contra Guatemala. El primero fue la promulgación de la Ley de reforma agraria. El segundo, la ascensión al poder, en los Estados Unidos, del Partido Republicano.³⁸

Dos eran los «cursos de acción» que se proponía el plan: el diplomático y el armado, este con la previa sanción de aquel. Los pasos serían: primero, la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA) tomaría la iniciativa «anticomunista»; segundo, la OEA seguiría declarando fuera de la ley interamericana al «comunismo internacional» en la X Conferencia que se reuniría en Caracas en 1954 y, para respaldar la «intervención colectiva» contra Guatemala —en aplicación del Tratado de Río de Janeiro— se llamaría a una V Reunión de consulta de cancilleres, cuyo lugar y fecha se fijarían de acuerdo con las circunstancias. El último paso sería la aplicación de las sanciones acordadas por esa reunión, incluso el empleo de la fuerza armada. Se trataba de llegar hasta donde fuera necesario para derrocar al gobierno de Arbenz.

La ODECA fue un intento nuestro bien intencionado, pero nada afortunado, de contribuir con algo nuevo al secular sueño de reunificación centroamericana. El mapa hablado de Centroamérica en la década de los cincuenta no estaba para este ensayo que hoy se llama «pluralidad ideológica». Bajo mi dirección se redactó en 1951 en la Cancillería guatemalteca el anteproyecto de lo que después vino a ser la Carta de San Salvador. Como bien dijo dos años después mi sucesor en la Cancillería, se trataba de «llevar a una realización feliz [los] anhelos e ideales centroamericanistas», en los que la ODECA se contemplaba como «un instrumento que contribuyera a unirnos y nos ayudara en la solución de nuestros problemas comunes».³⁹ Conociendo los regímenes de Nicaragua, El Salvador y Honduras, se comprenderá que aquellos «esfuerzos constructivos, leales y sinceros» tenían que fracasar. En Costa Rica todavía no gobernaba Figueres, sino Otilio Ulate, pero para el caso era lo mismo: un servidor de la oligarquía cafetalera dependiente del mercado yanqui, tan dócil a la línea de Washington como los otros tres.

³⁸ Guillermo Toriello: *La batalla de Guatemala*, México, 1955, p. 56.

³⁹ Raúl Osegueda, citado por Guillermo Toriello en ob. cit., p. 399.

A mediados de 1952, el gobierno salvadoreño pidió a la Cancillería guatemalteca que incluyera en la agenda de la conferencia de cancilleres de la ODECA, que se reuniría en Guatemala en septiembre, un punto relativo a «contrarrestar la acción subversiva del comunismo internacional». En la literatura de folletín, esto es la típica puñalada traperera. Por el momento, paramos el golpe y aplazamos la reunión para mayo de 1953, como país sede. Pero el gobierno salvadoreño insistió en su insidiosa propuesta, e hizo más: tomó la iniciativa de un pacto político-militar «anticomunista» con Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. No se podía esperar más, debíamos denunciar la Carta de San Salvador y retirarnos inmediatamente de la ODECA. Esta organización, que nunca fue popular en Guatemala, entonces lo fue menos. Así se hizo. Desde luego, aquel viraje violento y obligado de nuestra política centroamericanista, que yo había conducido, suponía mi renuncia previa. Así lo convine con Arbenz y dejé la Cancillería.

En la OEA, la maniobra se produjo en noviembre de 1953. El representante norteamericano ante el Consejo de la organización pidió que se incluyera en la agenda de la X Conferencia, próxima a reunirse en Caracas, estos dos puntos:

- 1) Examinar la intervención del comunismo internacional en los asuntos americanos, incluso los esfuerzos para debilitar la solidaridad interamericana y para subvertir los auténticos movimientos sociales y políticos nacionales para sus propios fines, y llamar la atención hacia dicha intervención.
- 2) Considerar recomendaciones apropiadas sobre medidas efectivas para contrarrestar la intervención del comunismo internacional en las repúblicas americanas.

He transcrito la ponencia yanqui, primero, para que se observe la identidad de lenguaje con el usado por los gobernantes salvadoreños en la suya, y, segundo, porque de aquí en adelante el curso de los acontecimientos parece, en lo que a preparativos imperialistas de agresión se refiere, una maqueta a escala menor de lo que siete años después planificaron para Cuba, con el sonado fracaso que todo el mundo conoce.

En Washington, en el seno del Consejo de la OEA, se proyectó con notable fidelidad el mapa hablado de América Latina a finales de 1953:

diecinueve representaciones se doblegaron ante la presión de Mr. Dulles y votaron en favor de la propuesta estadounidense, dejando sola a Guatemala en la defensa de un principio fundamental del sistema interamericano: *la no intervención*.⁴⁰

Diecinueve, más Guatemala, eran entonces los Estados miembros latinoamericanos de la OEA. Más o menos igual ocurrió en Caracas en la X Conferencia Interamericana de marzo de 1954. El gobierno de Guatemala fue condenado a muerte, con la anuencia casi unánime de la OEA, por la Resolución XCIII.

Sin embargo, aunque todo marchaba conforme lo previsto, la UFCO se impacientaba. La United Press revelaba esa impaciencia, expresada por medio del Subcomité de asuntos interamericanos de la Comisión de relaciones exteriores del Senado, donde el monopolio frutero, o el grupo de Boston, es lo mismo, se expresaba por agentes tan altaneros como el intemperante Willey, autoconstituido en algo así como el policía Javert del «gobierno comunista» de Guatemala. El 30 de diciembre de 1953, la UP informaba que el Subcomité del Senado entrevistaría a Moors Cabot (vuelva el lector a los primeros párrafos para reubicar a este personaje) con el objeto de elaborar un proyecto destinado a ser presentado en la X Conferencia Interamericana. «El Congreso está disgustado», decía la UP, «no solamente por los indicios de que Guatemala está convirtiéndose en una base de subversión comunista, sino también por la incautación de tierras pertenecientes a la United Fruit Company, de Estados Unidos, en ese país».

El disgusto de la UFCO no era tanto por la expropiación en sí de 83 929 hectáreas de «tierras incultas» a su sección del Pacífico, es decir, la Compañía Agrícola de Guatemala (CAG), sino porque, de acuerdo con la ley de reforma agraria, se le había pagado una indemnización en bonos de la misma reforma por valor de 627 572 quetzales con 82 centavos. (El *quetzal*, unidad monetaria de Guatemala, se ha mantenido a la par del dólar, desde 1923, no sé cómo.) Pero la UFCO esgrimía la misma pretensión que las empresas trasnacionales han esgrimido siempre: con México, cuando Cárdenas expropió el petróleo; con Cuba, cuando se liberó totalmente de esas

⁴⁰ Guillermo Toriello: ob. cit., p. 80.

empresas; con Bolivia, cuando nacionalizó el estaño; con el Perú, cuando expropió a la IPC; con Chile, cuando recuperó las minas de cobre, etc. La pretensión consistía en exigir dólares contantes y sonantes, y en la cuantía que la misma empresa declaraba como valor de los terrenos expropiados: 15 854 849 dólares. A eso llamaba «compensación justa, oportuna y adecuada». Guatemala había replicado:

Es preciso aclarar que la indemnización por esas tierras expropiadas se ha fijado con entera justicia, ya que se hizo por el monto en que la propia compañía ha estimado el valor de sus propiedades mediante la declaración fiscal hecha de manera voluntaria y unilateral por el propietario y aceptada por el Estado. No sería justo ni legal que el Estado diera a tales propiedades una estimación superior a la que la propia compañía les ha dado y que ha servido de base para el pago de los impuestos fiscales. De lo contrario, habría que admitir que ha habido un fraude al fisco guatemalteco por parte de la compañía.⁴¹

La UFCO, en este caso Foster Dulles, logró persuadir a Eisenhower de que una acción armada, rápida, contra Guatemala tendría éxito. Lo que preocupaba al presidente era el desprestigio yanqui si se fracasaba. No necesitó mucho Dulles para convencerlo, y la operación se echó a andar sin esperar más los resultados de la acción diplomática. Se contaba con los gobiernos de Centroamérica y con Trujillo, bien asesorados por los respectivos embajadores norteamericanos. Wise y Ross reproducen el interrogatorio del 27 de julio de 1961 a Whiting Willauer, exembajador yanqui en Honduras, en la Subcomisión de seguridad interna del Senado, sobre su papel y el de la CIA en la agresión y los preparativos:

—Señor embajador, ¿hubo algo así como un equipo trabajando para derrocar al gobierno de Arbenz en Guatemala, o estaba solo en esa operación?

—Había un equipo.

—¿Estuvo allí Jack Peurifoy?

–Sí, Jack estaba en el equipo de Guatemala; es decir, era el hombre principal, y teníamos a Bob Hill, el embajador Robert Hill, en Costa Rica [...] y teníamos al embajador Tom Whelan en Nicaragua, donde se desarrollaban muchas actividades. Y, desde luego, había un número de agentes de la CIA en el cuadro.

–¿Cuál era el papel del señor Dulles en aquella zona?

–¿El señor Allen Dulles?

–Sí.

–La CIA ayudaba a equipar y adiestrar a las fuerzas revolucionarias anticomunistas.

–¿Diría usted que era el hombre que en esta zona general tenía la dirección en campaña de todas estas operaciones?

–Ciertamente, se me confiaron muy importantes deberes, particularmente el de sostener al gobierno hondureño –que tenía terror pánico a las posibilidades de que lo derrocasen– para que permitiese que esta actividad revolucionaria mantuviera su base en Honduras.⁴²

Aquí se hace inevitable hablar de dos personajes, sobre todo de uno de ellos cuya sola mención resulta lesiva a cualquier pituitaria en buen estado. Se trata de Carlos Castillo Armas y de Miguel Ydígoras Fuentes. Aunque el término *gusano* todavía no había sido acuñado con la significación política y latinoamericana que cobró a partir de la Revolución Cubana, aquellos individuos ya exhibían en 1953 todas las características propias de semejante especie. Entre ambos habían firmado un «pacto de caballeros» sobre cómo se repartirían el poder en Guatemala al triunfar la invasión al país; la jefatura se la disputaban uno a espaldas del otro, junto a los patrocinadores mayores y menores de la misma: Whashington, CIA, Somoza y Trujillo. El servicio de Inteligencia de Guatemala capturó y publicó la correspondencia de estos personajes, y por ello se conocen las impúdicas intimidaciones de sus manejos. Empecemos por el principio. Ubiquemos a los caballeros del pacto, con sus propias palabras. La primera autoinstantánea es la de Castillo Armas:

Arévalo pudo haber llevado a cabo la total soviétización del país [...]. Desde que se vio claramente que el régimen arevalista se

⁴² David Wise y Thomas B. Ross: *El gobierno invisible*, p. 188.

inclinaba hacia el comunismo, el ejército se puso en guardia y comenzó a estudiar la manera de salvaguardar las instituciones democráticas cuya integridad garantizaba nuestra carta magna [...]. Yo comencé a oponerme al gobierno de Arévalo desde el año de 1948.⁴³

Fue el año de la emisión del Código de Trabajo. Considerar que ello era el principio de «la total soviétización del país» equivale a un *test* inapreciable para comprender por qué Castillo Armas fue el hombre de la CIA. Ydígoras Fuentes fue siempre más taimado, más embustero y más histrión. Ganó el generalato en tiempos de Ubico gracias al asesinato de mucha gente en la frontera mexicano-guatemalteca, y en 1944 estaba coludido con el embajador yanqui Roaz Long para alzarse con el poder al día siguiente del triunfo popular del 20 de octubre. Tenía, pues, méritos suficientes para que también se fijaran en él los ojos de la CIA y de la UFCO. (Mejor dicho, el ojo, pues ambas eran parte integrante de un mismo Polifemo.) Él mismo cuenta:

Un exdirectivo de la United Fruit Company ya retirado, el señor Walter Turnbull, vino a verme con dos caballeros a quienes presentó como agentes de la CIA. Dijeron que yo era una figura popular en Guatemala y que deseaban prestar su ayuda para derrocar a Arbenz. Cuando les pregunté cuáles eran sus condiciones para prestar la ayuda, las encontré inaceptables. Entre otras cosas, tenía que comprometerme con favorecer a la United Fruit Company y a los Ferrocarriles Internacionales de Centroamérica, a destruir el gremio obrero a los trabajadores ferroviarios, a [...] establecer un gobierno de mano dura, como el de Ubico. Además, tendría que pagar hasta el último centavo que se invirtiese en la empresa.⁴⁴

Lo inaceptable sería solo esto último. Lo otro, y mucho más, fue exactamente lo que Ydígoras hizo y dio cuando ocupó la presidencia de Guatemala entre 1958 y 1963.

Candidato de las derechas coaligadas en la campaña electoral de 1950 –que dio el triunfo a Arbenz–, Ydígoras se exilió en El Sal-

⁴³ Manuel Galich: *Por qué lucha Guatemala*, 1956, p. 145.

⁴⁴ David Wise y Thomas B. Ross: ob. cit., p. 192.

vador después de su derrota, y allí firmó el pacto con Castillo Armas. Este también había sido derrotado en 1950, pero no electoralmente, sino cuando asaltó a mano armada la base militar de La Aurora. Herido y capturado, se le respetó la vida y se le remitió al Hospital Militar y luego a la Penitenciaría Central; de aquí se fugó mediante el soborno frutero a las autoridades del penal y se exilió en la legación de Colombia en 1951. Como ministro de Relaciones Exteriores de Arbenz me vi en el caso de otorgarle el salvoconducto porque no podíamos dejar de cumplir los convenios internacionales sobre el asilo. Muy pronto apareció en Centroamérica con una asignación mensual de 150 000 dólares fruteros. La diputada Francia Bolton dijo en la Comisión de relaciones exteriores de la Cámara de Representantes yanqui que esa suma «servía a los rebeldes para reclutar soldados mercenarios fuera del país y para equipar y armar guerrilleros locales». Tales fueron los «caballeros» que firmaron el llamado Pacto secreto y compromiso de unificación, en San Salvador, el 31 de marzo de 1952, y que luego ratificaron en Tegucigalpa y San Salvador en 13 y 14 de agosto de 1953.

La primera acción se intentó dentro del país para darle la apariencia de alzamiento interno, en el departamento de Baja Verapaz. En las Verapaces, Alta y Baja, encontraron siempre los reaccionarios buen apoyo, quizá por ser zonas muy cafetaleras y por coordinar con Izabal, el departamento bananero por excelencia en la costa atlántica. Pocos meses después, diría el gobierno de Guatemala:

Aun cuando se ha querido presentar este alzamiento como ficticio, los hechos hicieron absolutamente evidente que los elementos subversivos que participaron en él, intelectual y materialmente, contaron con el apoyo a la colaboración de elementos y dineros extranjeros, y que sus planes fueron elaborados en parte en el exterior. El gobierno de la república, sin embargo, no quiso hacer públicos los informes que tenía al respecto, principalmente para no producir fricciones entre algunos gobiernos centroamericanos.⁴⁵

Ese brote quizá solo fuera de diversión. La operación principal se desarrollaba en otro nivel, en un nivel centroamericano, con sede en Tegucigalpa, Honduras. Desde aquí, Castillo Armas mantenía sus

⁴⁵ Guillermo Toriello: ob. cit., p. 304.

contactos con los dos Somoza –los dos Anastasios, padre e hijo–, por medio de *Chaco*, nombre en clave de Jorge Isaac Delgado, agregado comercial de la embajada panameña en Managua. Con pasaporte hondureño a nombre de Carlos Centeno, Castillo Armas actuaba cómodamente. Su carta del 20 de septiembre de 1953 es un precioso cabo, digno de atarse con otros que ya conocemos. En ella le dice a Somoza padre:

He sido informado por nuestros amigos de aquí [Honduras, es decir, UFCO] que el gobierno del Norte, reconociendo la imposibilidad de encontrarle otra solución al grave problema de mi país, ha tomado la decisión de permitirnos [sic] el desarrollo de nuestros planes.⁴⁶

La información de Castillo Armas era exacta y nosotros ya sabemos que, en efecto, Foster Dulles había convencido fácilmente a Eisenhower para permitir la operación. Después lo convencería para proporcionar aviones. (Estos son los cabos a que aludí.)

Trujillo prefería como jefe de la invasión a otro militar, un tercero, y así se lo hizo saber a Somoza por medio de su agente, el tenebroso Félix Bernardino, conocido ejecutor de las muertes a larga distancia ordenadas por El Benefactor. Pero en la confrontación de ejecutorias para el caso, ganó Castillo Armas. Trujillo también lo prohijó generosamente. Lo que le interesaba no era la persona, sino la recomposición del Caribe a su favor, es decir, contar en Guatemala con otro gobierno tan identificado como el de Nicaragua. De allí aquella declaración del 23 de marzo de 1953 a la que aludí antes. Había dicho entonces el Generalísimo

que cuando vio al general Eisenhower en su reciente visita a Washington, le propuso una conferencia panamericana con el único fin de condenar el comunismo en el Hemisferio Occidental [...]. El comunismo sería declarado fuera de la ley durante algunos años. En el campo internacional, el Generalísimo consideraba que estaba amenazado por movimientos izquierdistas de Cuba, Guatemala, México, Costa Rica y Venezuela.⁴⁷

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 307.

⁴⁷ *Revista Índice*, México, núm. 8, abril-junio de 1953.

Hace pensar el hecho de que cuando Castillo Armas fue abatido a balazos en el Palacio Nacional de Guatemala, siendo presidente, en 1957, el rumor político haya atribuido el asesinato al experto brazo largo de Trujillo y se haya hablado de desavenencias entre ambos por turbios negocios de casinos, casas de citas y otros. Aunque la verdad de esa historia todavía se guarda en los gruesos expedientes sobre la muerte de Castillo Armas, la hipótesis popular cae perfectamente dentro de la lógica de los pandilleros. Mientras Somoza hijo avalaba a Castillo Armas con el crédito de la firma A. Somoza y Cia. Ltd. para adquirir pertrechos de guerra ofrecidos por la casa H. F. Cordes y Co., de Hamburgo (armas pesadas y ligeras, ametralladoras, morteros, bombas de napalm, aviones jet-Vampires, camas de campaña, machetes, receptores y transmisores de radio de campaña), Somoza padre brindaba su finca El Tamarindo, entre Montelimar y Corinto, para la base de entrenamiento a radiotelegrafistas, llamada *Tap-tap* en la clave; la isla de Momotombito, en el lago de Managua, para preparar saboteadores, y un aeropuerto cerca de Puerto Cabezas, como base general de operaciones. Momotombito era conocida en la clave como *El Diablo*. Somoza, en la clave, era *El Gerente*, como pudo haber sido *El Padrino*. El entrenamiento de los mercenarios estaba a cargo de Cari Studer, oficial yanqui retirado del ejército para ponerse a disposición de la UFCO. Ya entonces operaba la difusora HR-IHF, con frecuencia de 7060 kilociclos, en Tegucigalpa, y la YN-I-J-D, en Managua. Frank G. Wisner, director-delegado de planes de la CIA, lo coordinaba todo por encargo de Allen Dulles.

El gobierno de Guatemala distribuyó doscientas copias fotostáticas de la correspondencia entre Castillo Armas, Ydígoras Fuentes, los Somoza y otros individuos. Reprodujo el pasaporte de Studer, firmado de puño y letra por Somoza, una especie de salvaconducto para entrar a y salir de Nicaragua sin ningún requisito. Con esos documentos, el gobierno de Guatemala hizo públicos los preparativos de la intervención y de la agresión armada. El Departamento de Estado yanqui negó violentamente la denuncia de Guatemala en un comunicado típico de la proverbial falacia imperialista, siempre descubierta por los hechos:

La acusación es ridícula y falsa. La política de los Estados Unidos es la de no intervenir en los asuntos internos de otras naciones. Esta

política ha sido reiteradamente reafirmada por el actual gobierno [...]. Es de notar que la acusación se hace como culminación de una creciente campaña de embustes y ataques a la libertad de expresión y organización democrática en Guatemala [...]. Esta historia constituye la prueba adicional, si se necesita prueba, de hasta dónde puede llegar la conjura comunista internacional para quebrantar la solidaridad del Hemisferio, en vísperas de la X Conferencia internacional americana.

En 1954, los hechos confirmaron escandalosamente cuanto el gobierno de Guatemala había dicho y el mundo entero sabía de sobra. El eco mundial de lo que se fraguaba en el Caribe era atronador. No era un «silbato para perros», sino el ulular de un leviatán. (Lo mismo sucedió en Cuba: Kennedy negó rotundamente que estuviera fraguando la invasión, la víspera misma de lanzarla.) Con profunda amargura de yanqui imperialista fracasado en su empresa, el *New York Times* del 26 de abril de 1961 decía en un editorial:

La reacción extranjera ante la operación, de la cual pretendían débilmente desvincularse los norteamericanos, difícilmente podría ser peor. Esa sustancia indefinible que en la Unión se conoce como prestigio, se ha contraído. Los norteamericanos aparecemos como tontos ante nuestros amigos, como pillos ante nuestros enemigos e incompetentes ante el resto. El alto tono moral que habíamos estado proclamando ha llegado a convertirse en un inaudible silbato para perros.

Con la experiencia de Guatemala, pude escribir el 20 de abril de 1961 en mi columna del semanario argentino *Propósitos* acerca de las declaraciones de Kennedy cuando la frustrada invasión a Cuba por Playa Girón:

Un espíritu poco avisado pudo creer en la sinceridad de las declaraciones del señor Kennedy. No pudo creerlo quien conoció de cerca cómo opera el imperialismo norteamericano. Al contrario. Nunca tuvimos mayor sensación del peligro que corría la Revolución Cubana que cuando el presidente de los Estados Unidos hacía semejante profesión de fe.

Inevitable es que venga a la memoria, aunque sea un lugar común, la frase de los romanos: *púnica fides*. Pero, claro, no por comparar

a los cartagineses con los yanquis, pues sería injusto para aquellos, sino para comparar a estos con los romanos, en cuanto que atribuían a sus rivales históricos el horrendo vicio de la mentira, la deslealtad y la hipocresía que les era propio para justificar sus agresiones imperialistas. Eisenhower era republicano; Kennedy, demócrata. Pero es evidente que, en este punto, el elefante es idéntico al burro.

Tomado de *Casa de las Américas*, año XIV, no. 79, julio-agosto de 1973, pp. 9-40.

Mapa hablado de la América Latina en el año del Moncada (II)

7-10° lat. N

77-83° long. O

Billón y medio de ahorro

La historia de Panamá no ha estado acorde con su posición geográfica. Siendo esta la más privilegiada del mundo –Bolívar pensó que allí estaría algún día el emporio del Universo–, su pueblo ha sido uno de los más explotados y golpeados por los grandes ambiciosos desde que Balboa descubrió, en 1513, que ese era el sitio ideal para intercomunicar los dos océanos. Conforme a la cartografía física, Panamá es parte integrante del istmo centroamericano y, sin embargo, desde que tuvo Audiencia propia, diferente de la de los Confines, quedó políticamente ajena a la Capitanía General de Guatemala, es decir, a la actual Centroamérica. Independizada de España en 1821 por un movimiento juntista, fue atraída, por gravitación, hacia Colombia. (No la que conocemos ahora, sino la grande, la que creó Bolívar al unir en un solo e inmenso Estado a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador.) De allí que Panamá, geográficamente centroamericana, fuera políticamente gran colombiana.

Desarticulada la Colombia bolivariana, desde 1830, Panamá mantuvo una unión precaria con Nueva Granada, o sea, la actual Colombia, así llamada desde 1863. El pueblo panameño siempre fue celoso de su autonomía y quiso una independencia de verdad, proclamada por él mismo. Sobre todo porque siempre sufrió las funestas consecuencias de la casi ininterrumpida guerra civil entre centralistas y federalistas –conservadores y liberales colombianos– cuyo último

e inicuo episodio fue el holocausto del general guerrillero Victoriano Lorenzo, en 1903, al término de la Guerra de los Mil Días. Seis meses después, en noviembre, un grupo oligárquico, coludido con Teodoro Roosevelt y con un siniestro personaje representante de los quebrados accionistas de la Compañía Francesa del Canal, declaró una rara independencia que consistió en partir el país en dos y ceder a perpetuidad la zona canalera a los Estados Unidos.

En 1953, las familias oligárquicas de Panamá celebraban el cincuentenario de su República, cuyo gobierno habían disfrutado en ese medio siglo no sin conflictos entre ellas. He aquí los apellidos gobernantes entre 1903 y 1953, algunos recurrentes y matizados con efímeros e intermedios provisorios: Guerrero, Obaldía, Boyd, Arosemena, Chiari, Arosemena, Porras, Porras, Porras Chiari, Arosemena, Arias, Arias, Arosemena, Boyd, Arias, Guardia, De la Guardia, Jiménez, Díaz Arosemena, Chanis, Chiari, Arias, Arosemena y Remón. José Antonio Remón Cantera, *Chichí*, coronel y excomandante de la policía, era en 1953 el último eslabón, hasta ese momento, de la aristocrática cadena.

Con esa simpática expresión facial que la gente llama *baby face* —de la cual quizá le viniera el apodo—, Remón encarnaba —aunque sus tejidos eran más bien adiposos— la política panameña de entonces. Como comandante de la policía había sido el responsable de reprimir con caballos, balas y gases a los estudiantes que en 1947 salieron a la calle en protesta por la firma subrepticia del Convenio Filós-Hines entre los Estados Unidos y el gobierno de Enrique A. Jiménez.¹ Según

¹ El diario *Panamá América* publicó el 12 de diciembre de 1947 declaraciones del primer comandante de la policía nacional. Decía el periódico: «Al ser interrogado respecto de las medidas de carácter preventivo que estaba adoptando la policía nacional en relación con la resolución dictada por el alcalde del distrito para prohibir una manifestación de estudiantes anunciada para las 4 de la tarde de hoy, el comandante José A. Remón manifestó que no existe animosidad entre los estudiantes y el cuerpo de policía nacional. “Yo fui estudiante del Instituto Nacional”, agregó el comandante, “y cuento con muchos excompañeros de clases entre el profesorado y buenos amigos entre los estudiantes” [...]. La cita estudiantil se llevó a cabo pese a la oposición gubernamental, siendo inevitable el enfrentamiento con las fuerzas represivas. La Universidad Nacional también llegó a ser atacada. Todos estos sucesos dejaron un alto saldo de heridos, culminando con el dramático baleo del estudiante Sebastián Tapia». Al día siguiente, *La Estrella de Panamá* encabezó la noticia con este titular: «Treinta heridos en los disturbios de ayer».

dicho instrumento, se prorrogaba la ocupación de la base de Río Hato por el ejército norteamericano, cedida solo para la emergencia de la Segunda Guerra Mundial. La lucha heroica de la juventud y su triunfo al impedir que la Asamblea Nacional ratificara el Convenio Filós-Hines constituyen un vibrante capítulo de las luchas populares en Panamá.

Pero no es esto lo que más tipifica a Remón dentro del rejuego oligárquico, sino su camino al poder. Arnulfo Arias, el más recurrente de aquellos políticos –solo comparable en esto a Velasco Ibarra, del Ecuador–, perdió las elecciones frente a un Arosemena, y mientras se presidenciaban en rápida sucesión un Chanis y un Chiari, porfiaba que le habían robado el triunfo. Remón, hombre fuerte como comandante policial, actuó salomónicamente: ordenó un recuento de votos y declaró ganador a Arias en 1949. Dos años después lo desalojó a balazos (Arias respondió pistola en mano) del palacio presidencial y se instaló en él. Bajo el interinato de otro Arosemena (Alcibíades), hizo elecciones en 1952 y resultó ganador contra su primo, el mismo Chiari anterior, quien hizo la denuncia de rutina. Como advirtió el 30 de mayo la revista mexicana *Tiempo*: «toda la maquinaria del gobierno, incluyendo la policía y el tesoro público, había sido puesta incondicionalmente al servicio de la candidatura remonista». Esto sí fue lo más típico: discrepancias en familia.

Típico fue también lo que siguió a la elección y de lo cual dio cuenta el *New York Times* del 10 de junio. Remón, ya presidente electo, fue huésped de honor en la ceremonia que tuvo lugar en el estadio de Balboa con motivo de haber sido nombrado gobernador de la Zona del Canal el general John S. Seybald, también presidente exoficio de la Panamá Co. Este alto funcionario, dijo el diario neoyorquino, «aprovechó la ocasión para prevenir a su auditorio contra la amenaza de la agresión rusa». El general Seybald no podía hacer otra cosa, puesto que esa era la tónica yanqui del momento, y él era, simultáneamente, vocero del Pentágono y del Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos. Remón estuvo acompañado de la primera dama, doña Cecilia Pinel de Remón, futura directora honoraria del Instituto Nacional de Bellas Artes, y ella misma una obra de arte. La «amenaza de la agresión rusa» era, como sabemos, el tema obsesivo en la Casa Blanca, en el Departamento de Estado y en el Congreso norteamericanos, y el eje de la política interna e internacional de los

Estados Unidos; era la justificación yanqui de la «guerra fría», de la política belicista frente al mundo, de la agresión a Corea y de las presiones y extorsiones policiales y económicas sobre la América Latina. De ahí los pactos militares bilaterales que estaban imponiendo a los gobiernos latinoamericanos y de ahí lo que ya hemos visto y seguiremos viendo en este mapa hablado. Panamá, con su Canal y su Zona, tenía, obviamente, una importancia excepcional. Quizá nunca más que en ese momento fuera exacta la prodigiosa advertencia que el banquero Patterson, representante de la avanzada burguesía inglesa y del Board of Trade, hizo en 1698 al rey Guillermo III: «Quien posea el Istmo asegurará las llaves del Universo, capacitando a sus poseedores para dar leyes a ambos mares y para ser árbitros del comercio del mundo». Esta era la posición de los Estados Unidos en 1953. Los imperialistas lo sabían y por ello cuidaban de Panamá como de sus propias pupilas.

Sospecho que esa coyuntura, y muy particularmente la importancia centuplicada de Panamá como vía hacia el Pacífico en ese año álgido de la Guerra de Corea, hizo creer a la oligarquía gobernante en Panamá que era una buena oportunidad para intentar negociaciones con los Estados Unidos y mejorar las exiguas sumas en dólares que recibía por el arrendamiento perpetuo del Canal y la Zona. Sea por esto o por lo que fuera, el hecho es que Remón inició las negociaciones, y si bien no alcanzó a concluir las porque murió, su nombre quedó en el Tratado (Remón-Eisenhower) de 1955, el cual comprende dos convenios: el Tratado de mutuo entendimiento y cooperación y el Memorándum de entendimientos acordados.

Militar y económicamente, Panamá representaba para los Estados Unidos algo inapreciable, insustituible e inexpugnable. Militarmente, estaba allí la sede del poderoso complejo llamado Southern Command, que ya presentaba en 1948 –cuando estuve internado no sé a título de qué, pero contra mi voluntad, en Fort Clayton– el mismo aspecto que vio Marcel Niedergang años después cuando escribió su artículo «Los boinas verdes en Panamá», publicado en *Le Monde* el 13 de octubre de 1971: «el aire banal de campos militares rodeados de césped, con instalaciones deportivas y grupos de *bungalows* para oficiales».

Durante la Guerra de Corea, el alto mando norteamericano tuvo la idea de abrir una escuela de guerra en Panamá para ambientar a sus

soldados. Con la agresión al sudeste asiático, aquella idea se objetivó en construcciones tan monstruosas que reducen a nada las más alucinantes concepciones de geniales autores de ciencia-ficción, como las de Julio Verne en *Los 500 millones de la Begun*. Hace dos años, un coronel del comando sur declaró a Niedergang:

Es Corea quien ha incitado al mando norteamericano de los Caribes [sic] a abrir una escuela de guerra en Panamá. Millares de soldados norteamericanos en Vietnam han pasado por aquí. Después de Vietnam, nuestra experiencia servirá a la lucha contra la subversión en la América Latina.

Fort Sherman, situado cerca del lago Gatún, «exactamente en la misma latitud que Vinh Lo en el delta del Mekong» –ubicación muy importante para sus fines–, es la mayor de las escuelas de guerra de Panamá, consideradas como las más «duras» de los Estados Unidos: «escuela de supervivencia, patrullas, orientación de noche y de día en la jungla emboscada y acción inmediata, infiltraciones, operaciones de limpia». Otras escuelas son: Fort Davis, al cuidado de las escuelas de Gatún hacia el Atlántico; Fort Gulick, para entrenamiento antiguerrillero de latinoamericanos; Fort Clyton, guardián de las represas de Miraflores hacia el Pacífico; Fort Amador, cuartel general de la marina, y Fort Cobbes. Fuera de la Zona, los Estados Unidos tenían las bases de Río Hato, Mandinga, Calzada Larga, Las Guabas, La Primavera, San José, etc., hasta un total de 132, cedidas conforme al Acuerdo sobre sitios de defensa del Canal, del 18 de mayo de 1942. Aunque este acuerdo debió expirar al ser firmado el tratado de paz formal con el Japón, los norteamericanos lo respetaron tanto como el que hubiera puesto fin a la discriminación racial con los trabajadores de la Zona.

Económicamente, el negocio no tenía paralelo. Era –y es– un negocio yanqui, a pesar de que una compañía tuviera la administración y durante unos cuarenta años fuera «deudora» de los Estados Unidos por el capital invertido en la construcción de la vía, más un interés del 2 % anual. La inversión fue amortizada con sus intereses en 1954. Estas son las cifras:

–Inversión neta directa del gobierno de los Estados Unidos en el Canal, al 30 de junio de 1955: 368 millones de dólares.

–Ganancias netas del Canal, en los primeros cuarenta años de operación (1915-1954): 543 millones de dólares.

–Cuarenta cuotas anuales de 13,45 millones cada una, para amortización e intereses, pagadas por la Compañía del Canal al gobierno de los Estados Unidos: 538 millones.

En la década siguiente (1955-1965), el Canal produjo ingresos netos de 374 millones de dólares limpios, como se dice, de polvo y paja, y suficientes para pagar por segunda vez la inversión original.

Esas fabulosas ganancias son una bicocha comparadas con las cantidades ahorradas por los Estados Unidos en las dos guerras mundiales, es decir, con lo que hubiera tenido que pagar si no hubiera existido el Canal. El propio gobernador de la Zona dijo en su informe anual de 1947:

Basados en el volumen de tráfico militar que pasó por el Canal de Panamá durante los años de la guerra, nuestros militares hicieron un cálculo de los ahorros monetarios de los Estados Unidos originados por el uso del Canal. Estos ahorros se estimaron en un billón y medio de dólares solo en lo relativo a los costos marítimos y sin incluir las vidas y materiales que fueron salvadas al acortar así el conflicto bélico.²

¿Y Panamá? ¿Cuánto le había correspondido de esas sumas astronómicas? No hablemos ya del pueblo, que solo había recibido desalojos, miserias, corrupciones y enfermedades venéreas; hablemos del erario público, cuyas llaves manejaba la oligarquía gobernante *a piacere*. Entre 1903 y 1936, el fisco panameño había recibido 250 000 dólares anuales, y entre 1936 y 1953, por un reajuste que logró Harmodio Arias, 430 000 dólares anuales. Súmese y compárese con la ganancia neta de más de 500 millones y con el ahorro de un

² Gustavo Tejada Mora: «El canal de Panamá: gran negocio de los Estados Unidos», en revista *Perspectivas*, Consejo Mundial de la Paz, 8 de septiembre de 1967. El autor, profesor y exmiembro de la misión negociadora del nuevo tratado sobre el Canal, advierte: «Los datos estadísticos empleados en este estudio son de conocimiento público y han sido derivados de los informes anuales de la Compañía del Canal de Panamá, entre 1915 y 1965, y de otras publicaciones oficiales del gobierno norteamericano. En consecuencia, tanto las cifras como nuestras conclusiones son totalmente comprobables».

billón y medio. Algo así como trasladar una «barriada bruja» (villa miseria) panameña al corazón de Manhattan.

Para adelantar sus gestiones canleras –al igual que todo aquel que quisiera implorar la generosidad paternal de los Estados Unidos–, Remón tenía que demostrar su solvencia ideológica, es decir, su anti-comunismo, él más que nadie, por el cuadro que acabo de bosquejar y por lo que había dicho el general Seybald. Remón cumplió con el requisito y emitió su respectiva ley anticomunista, expresada en este caso por el decreto de ilegalización del pequeño Partido Comunista panameño. Había muy fundadas razones para ello. La primera, muy poderosa, era que los trabajadores se habían organizado en una Confederación y esta se había afiliado a la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), con sede en México y dirigida por Vicente Lombardo Toledano. Los «comunistas» eran los responsables de que los trabajadores panameños agitaran el viejo asunto de la discriminación respecto de los trabajadores yanquis en la Zona del Canal. Estos eran *gold rol* (patrón oro) y ganaban 2 balboas (unidad monetaria panameña equivalente al dólar) y 20 centavos diarios, mientras que los panameños, y en general los no yanquis –antillanos y centroamericanos, negros, mulatos, mestizos, indígenas y hasta asiáticos–, eran *silver rol* (patrón plata) y ganaban 75 centavos diarios. La denuncia de esta situación por el presidente de la Asamblea Nacional, Eligio Crespo Villalaz, ante la Conferencia Internacional del Trabajo, reunida en Panamá en 1954, evidenciaba hasta dónde había llegado la «infiltración del comunismo internacional». Otras de las razones se referían al mantenimiento del orden en la Chiriquí Land, subsidiaria de la UFCO, en la Republic Steel Co., en la Sinclair Oil, en la Panamá Rail Road y, en fin, en otras muchas empresas que tenían en sus manos casi toda la economía panameña.

Otro requisito casi obligatorio era la visita de los gobernantes latinoamericanos recién electos a la Casa Blanca; una especie de ritual que suponía, como toda peregrinación, la reiteración, al mismo tiempo, de la fe profesada y la petición de un milagro, una dádiva o una absolución. Remón cumplió con ese otro requisito –como Trujillo, como Somoza, como Magloire– en septiembre de 1953 y, a su retorno, planteó sus demandas bajo el lema «no queremos limosna, queremos justicia».

Sin embargo, Eisenhower rechazó la mayor parte de esas demandas y, es más, pretendió imponer un artículo según el cual Panamá se comprometía a no pedir en el futuro ninguna otra revisión de los tratados sobre el Canal. Este atentado flagrante a los principios del derecho internacional era inaceptable, y Remón, hay que reconocerlo, lo rechazó de plano e interrumpió las negociaciones por casi un año. Fundamentalmente, Remón solicitaba un 20 % de los ingresos brutos por tarifas de tránsito del Canal, o cinco millones de dólares si aquel porcentaje era inferior a esta cantidad. También pedía que se revisara el artículo tercero del Tratado de 1903 en lo relativo a la soberanía panameña sobre la Zona; que se sustituyera la perpetuidad de la concesión otorgada a los Estados Unidos en 1903 por un plazo de noventa y nueve años; que la bandera panameña se izara junto a la norteamericana en la Zona y en los barcos en tránsito por el Canal; que los idiomas oficiales de la Zona fueran el español y el inglés; que los cónsules extranjeros en la Zona deberían obtener el *exequátur* del gobierno panameño; que los panameños en la Zona fueran juzgados por tribunales mixtos, y que los sellos de correos panameños fueran usados en la Zona.

Nada de esto fue admitido. El 25 de enero de 1955 se firmó el Tratado Remón-Eisenhower –también llamado Tratado de mutuo entendimiento y cooperación–, con el memorando anexo ya mencionado. Pero Panamá solo obtuvo «conquistas aparentes y de escasa significación, si se toman en cuenta los sacrificios innúmeros que se [le] han venido imponiendo», según un autorizado comentarista.³ En cambio, otorgó a los Estados Unidos privilegios como el de la prórroga del uso gratuito de Río Hato para fines militares por quince años. Lo único tangible fue el aumento de la anualidad a 1 930 000 balboas.

Ya entonces Remón había muerto; fue asesinado en 1955, en el mismo hipódromo donde Anastasio Somoza había ganado los 1 700 dólares que luego gastó en los comisariatos de la Zona. Los ejecutores del crimen y los verdaderos móviles nunca fueron satisfactoriamente esclarecidos. Esto quebró un eslabón, pero no interrumpió la cadena de apellidos ilustres en el poder. Por espacio de trece años se sucedieron todavía los Arias Espinoza, los De la Guardia, los Chiari,

³ David Turner Morales: *Estructura económica de Panamá. El problema del canal*, México, 1958, p. 74.

los Robles y los Arias... Hasta 1968, en que apareció un nuevo apellido: Torrijos.

2° lat. S

12° lat. N

67-79° long. O

Olas de violencia

Desde 1946 hasta 1953, la violencia había cobrado en Colombia, según estadísticas aceptadas por monseñor Guzmán, un aproximado de 240 000 muertos. Esta que el mismo autor llama «primera ola de violencia» azotó especialmente el Tolima, los Llanos Orientales, Boyacá y otras regiones. La horrenda matanza se reanudó en 1954 y, con excepción de algunos departamentos como los de Nariño y la Costa Atlántica, se extendió a casi toda Colombia.⁴ Atemperada la «segunda ola», en 1958, con el atendimiento político de las dirigencias liberal y conservadora, las causas sociales y económicas que la originaron siguen vivas en la entraña del pueblo colombiano. Las guerrillas lo demuestran.

Difícilmente puede encontrarse paralelo en la historia humana al genocidio desatado por la oligarquía colombiana contra su pueblo, no tanto por el grado de sevicia, en la cual los más civilizados han sido los más bárbaros en todo momento histórico, sino por su larga duración en Colombia. Montaña Cuellar dice que empezó con el pretexto de vengar la violencia con que los liberales reprimieron en 1930 un alzamiento armado de los conservadores, que perdían el poder político con la elección amañada de Olaya Herrera.⁵ Cuando recuperaron ese poder por la división de las alas del liberalismo y las componendas de la oligarquía de ese partido para bloquear la elección de Jorge Eliécer Gaitán, en 1946, los oligarcas conservadores, saturados del más rabioso fascismo, lanzaron su cruzada de exterminio del pueblo liberal. Inicialmente, algunos elementos de la crema del liberalismo tuvieron problemas, pero después se entendieron con sus colegas del otro partido o buscaron asilo cómodo y

⁴ Ver Germán Guzmán: *La violencia en Colombia*, Cali, 1968, p. 184.

⁵ Ver Diego Montaña Cuellar: *Colombia, país formal y país real*, Buenos Aires, 1963.

seguro en París y otros lugares. Este fue el caso, por ejemplo, de jerarcas como Eduardo Santos, propietario del incendiado diario *El Tiempo*; Alfonso López, expresidente lo mismo que Santos, cuya casa también fue quemada; Carlos Lleras Restrepo, futuro presidente de la *entente cordiale* libero-conservadora (1966-1970); Jaramillo Sánchez y otros.

El escritor liberal Juan Lozano y Lozano, en discrepancia con la jerarquía de su partido, denunció la conducta pérfidamente inconsecuente de esa jerarquía al prologar *Las guerrillas del Llano*, libro-testimonio de Eduardo Franco Izaza, un campesino rico convertido en guerrillero:

Mientras ellos, campesinos en todo tiempo ausentes de participación en el dividendo nacional de economía, salud, cultura, mellaban con su pecho los aceros de la tiranía, los liberales de las ciudades coreaban el epíteto de bandoleros que a los revolucionarios endilgaba el gobierno.⁶

Pocas veces la oligarquía ha sido más certeramente fustigada y ninguna ha sido acusada por fiscal de más alta idoneidad que cuando lo hizo Jair Londoño, campesino colombiano, en el Seminario latinoamericano de reforma agraria y colonización celebrado en Chiclayo, Perú, del 29 de noviembre al 5 de diciembre de 1972. Aun leída, la palabra de Londoño quema hoy con fuego histórico, inextinguible:

Nosotros, los campesinos, en doce años de violencia, nos matamos unos con otros porque los grandes señoritos nos pusieron a pelear, utilizaron nuestra ignorancia y nos decían a los liberales: «Ustedes tienen que matar a ese porque es conservador; ustedes los que son rojos tienen que matar a los que son azules». Y nosotros lo hicimos, ¡nosotros lo hicimos! Yo vi a mis hermanos caer acribillados por las balas. Los vi amarrados en una guadua; vi cantidad de huérfanos, miles de ríos de sangre. ¿Quién tuvo la culpa de esto? Los políticos miserables, liberales como yo.

¡Yo ya no soy liberal! ¡No soy nada! Simplemente soy un campesino con la necesidad de hablar claro a mis compañeros. Ese es mi deber. Pero los políticos son muy hábiles; esos miserables son muy hábiles y se aprovecharon de la ignorancia del campesino para

ponerlo a pelear. Por eso lograron que en Colombia nosotros, los campesinos, bañáramos los caminos de sangre y los adornáramos de muertos. Nosotros pusimos los muertos y la sangre; nosotros, los campesinos.⁷

Gaitán era el reverso de tales jerarcas y por eso estos lo odiaban y le temían tanto o más que a la cúpula conservadora. Con esta tenían comunidad de clase. De Gaitán los separaba un insalvable foso clasista. Gaitán era realmente hombre de las masas, es decir, las interpretaba emocionalmente y ellas lo seguían tumultuariamente. Muy conocida era su frase «Yo no soy un hombre, soy un pueblo». En octubre de 1946 oí a Gaitán en la plaza El Silencio, en Caracas, autodefinirse como «gonfaloniero de multitudes». Era su lenguaje. Quizá eso se lo perdonaran sus implacables enemigos de clase, liberales y conservadores. Lo que no le perdonaron jamás fue esto otro, todavía vigente:

Contra la falsa unión de las oligarquías conjuntas, llamadas liberales y conservadoras, nosotros proponemos el abrazo de las gentes humildes de Colombia [...]. Hay una duda que me asedia y que quiero que se me resuelva tanto por conservadores como por liberales. En lo más íntimo de mi conciencia se ha presentado, casi con caracteres de angustia, este evidente panorama de realidades: cuando el Partido Conservador mandaba, las armas de la República se emplearon para asesinar trabajadores, y ahora, cuando el gobierno liberal impera, se repite el mismo fenómeno. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¿Cuál es la razón de esta igualdad de proceder?⁸

Por eso los jerarcas liberales dividieron su partido en las elecciones de 1946, sabotearon la candidatura de Gaitán, apoyaron a Gabriel Turbay y finalmente negociaron con los conservadores para entregarles el poder a través de Alberto Lleras Camargo, el más marrullero de entre ellos. El caudillo indiscutible del conservatismo revanchista, sanguinario y fanático con el que transó la *élite* liberal, era Laureano

⁷ Versión del discurso completo en la revista *Economía y Desarrollo*, La Habana, núm. 11. En nota introductoria, Pelegrín Torres aclara: «Londoño no leyó, sino que improvisó, con elocuencia natural».

⁸ Citado por Gloria Gaitán en la introducción a *Las ideas socialistas en Colombia*, de Jorge Eliécer Gaitán, Bogotá, 1963.

Gómez, fundador de los camisas negras colombianos en la redacción de su diario *El Siglo* diez años antes. Por la misma época (1937) saludó a los agentes franquistas, en un acto de adhesión a la Falange, con este remate de discurso: «¡Arriba España, católica e imperial!».

Cuando Gaitán fue asesinado en Bogotá el 9 de abril de 1948, la verdadera eminencia peor que gris del régimen no era el presidente Ospina Pérez, sino el ministro de Relaciones Exteriores: Laureano Gómez.

Lo que siguió a ese asesinato fue dantesco. Inmerso en la hecatombe, arrastrado por la potencia destructiva de la ira popular incontenible en las primeras diez horas del estallido, pude sentir la profunda y horrorosa significación de esa palabra: dantesco. No se sacudió la tierra, pero la indignación popular produjo el mismo efecto de un cataclismo. Quienes lo vimos, difícilmente podemos explicárnoslo razonablemente. Vi a las masas enajenadas de dolor y rabia, ebrias de todo, incendiar, destruir y matar con las armas blancas más disímiles. Más tarde las vi apoderarse de las armas de fuego que la policía abandonaba espontáneamente. Los daños ocasionados parecían los de un bombardeo. Fue uno de los mayores episodios de la violencia desatada por el fascismo en el poder. Fue el *bogotazo*.

Me encontraba en Bogotá para asistir a una conferencia de estudiantes universitarios latinoamericanos, que pensábamos realizar simultáneamente con la IX Conferencia panamericana. Queríamos hacer oír la voz de las juventudes de la América Latina porque en Bogotá se remacharían aún más los grilletes que nos aherrojaban desde el año anterior —con el Tratado de Rio de Janeiro, llamado de asistencia recíproca— a la política agresiva del imperialismo. Allí se estructuraría el sistema con un organismo y una carta de los Estados americanos, la OEA, razón por la cual el propio general Marshall, entonces secretario de Estado norteamericano, empuñaba el bastón de mando de la conferencia. Pero el 9 de abril se frustraron los proyectos estudiantiles y se dio inicio a una escalada mayor en la violencia. Fue entonces cuando estuve en Fort Clayton, en Panamá. En el aeropuerto de Techo, los guatemaltecos que habíamos concurrido a la conferencia de estudiantes fuimos puestos por las autoridades colombianas a bordo de un avión de la fuerza aérea de los Estados Unidos. El sentido común dice que estábamos allí porque se nos consideraba entre «los comunistas internacionales que se dieron cita en

Bogotá para aprovechar cualquier circunstancia»,⁹ pero nunca se nos interrogó, ni se nos dio ninguna explicación.

El asesinato de Gaitán dejó el campo libre a los conservadores para elegir presidente a Laureano Gómez por el período 1950-1954. Como vice fue elegido *pro-forma* el liberal Eduardo Santos, truculenta y rápidamente eliminado para sustituirlo por Roberto Urdaneta Arbeláez. Laureano Gómez era epiléptico y se hacía necesario contar con un emergente adecuado. Nadie mejor que Urdaneta: desde 1951 había sido el instrumento ejecutor de las órdenes que el titular impartía desde su casa. Sus ejecutorias lo recomendaban para el efecto. En el anterior gobierno conservador de Ospina Pérez (1946-1950), Urdaneta había sido ministro y el verdadero organizador del genocidio: «millares de campesinos vieron arder sus chozas, muchos fueron asesinados, y comenzó a moverse hacia Venezuela parte de la población colombiana en busca de paz», dice el mismo Arciniegas. Fascista medular, presidió la representación colombiana en las Naciones Unidas y abogó por el régimen de Franco, ante quien luego fue primer embajador cuando Ospina Pérez elevó a embajada la misión diplomática de Colombia en Madrid. Laureano Gómez lo designó primero ministro de Guerra, y luego lo llamó a la presidencia de la República, en la que hizo nuevos méritos. Por razón de su cargo, y por vocación, Urdaneta fue el cómplice número uno de Gómez en la aplicación de «torturas características del nazismo alemán», dice Guzmán, y seguidamente las enumera: la escalera, el cuartico, el tubo, el vaso de agua, el tramojo (torniquete), el trote, la compañía, el polo. El 31 de octubre de 1951, Urdaneta asumió la presidencia. El juicio de Guzmán es definitivo:

Urdaneta es un presidente de paramento, porque es Laureano Gómez quien continúa timoneando la política entre bastidores e imponiendo las decisiones que se antojan conducentes [...]. Bajo el mandato de Urdaneta la ola de sangre se agiganta con proporciones monstruosas. Las guerrillas se organizan mejor. La represión oficial se impone con acerba drasticidad.¹⁰

⁹ Lo entrecorillado es del libro de Germán Arciniegas –plutogogo mal disimulado, exaltante del Congreso por la libertad de la cultura y miembro literario del caducado clan político Betancourt-Haya-Figueres– *Entre la libertad y el miedo*, Buenos Aires, 1958.

¹⁰ Germán Guzmán: ob. cit., p. 84.

En efecto, Urdaneta prolongó indefinidamente el estado de sitio declarado desde 1949. En una extensísima región de los Llanos Orientales, el ejército recibió orden de «tratar como bandoleros» a todos aquellos que para el 8 de marzo de 1951 no hubieran abandonado el territorio comprendido entre Paratebuena, Barranca de Upía, El Secreto, Agua Clara, El Iguaro, Monterrey, El Porvenir y Tauramena. El ejército cumplió la orden. A pesar de las gigantescas matanzas, los guerrilleros ocupaban una tercera parte del territorio colombiano en las zonas menos pobladas de los Llanos Orientales y derrotaban al ejército de la tiranía fascista, como ocurrió a fines de julio de 1952 cuando, según la revista *Time* del 18 de agosto, cien soldados regulares resultaron muertos. «En 1952», documenta Montaña Cuellar, «los crímenes de las fuerzas oficiales llegan a su extremo límite: aparece el tráfico de orejas humanas. Casi todos los cadáveres aparecen sin orejas. En los cuarteles, este trofeo se recompensa».

El monstruo bifronte y genocida Gómez-Urdaneta era, desde luego, tan bien amado dentro del sistema interamericano como sus pariguales antillanos y centroamericanos ya conocidos y contaba con la estrecha amistad de congéneres latinoamericanos como González Videla, de Chile, y Pérez Jiménez, de Venezuela. El primero de estos entregaría al líder guerrillero Saúl Fajardo, asilado en la embajada chilena de Bogotá, a sabiendas de que se le aplicaría la ley de fuga. Así fue. El embajador Julio Barrenechea renunció abochornado. Poco después, en marzo de 1953, Urdaneta y Pérez Jiménez caerían en brazos uno del otro. De lo que resultó de ese encuentro señaló la agencia noticiosa AP:

El comunismo bandolero va a ser extinguido definitivamente como resultado del acuerdo con el presidente de Venezuela, afirmó el presidente Urdaneta Arbeláez [...]. Después de informar sobre la conferencia, Urdaneta dijo: «he encontrado en el eco de nuestros comunes anhelos hacia el orden la orientación para acabar con el comunismo bandolero. Esa mala hierba no va a crecer entre nosotros, va a ser extinguida definitivamente. Tenemos fuerza para hacerlo» [...]. Oficialmente se ha declarado que los focos de bandolerismo que aún existen, que en un principio tuvieron origen político —se les llamaba bandoleros a los liberales—, están ahora inspirados por el comunismo.

Esta sañuda y fervorosa copia del macartismo enseñoreado en los Estados Unidos era suficiente para dar al régimen conservador de Colombia un puesto distinguido en la mesa panamericana. A nadie se le ocurriría a esa altura de la Guerra Fría acordarse de lo que tan excelente correligionario como Laureano Gómez había escrito en su diario *El Siglo* trece años antes en favor del nazifacismo:

¿Puede causarnos molestia o pesadumbre que mañana, en un reparto de vencedores, la zona de que fuimos despojados pase al dominio de Inglaterra, del Japón, de la misma Alemania?

Para los Estados Unidos la pérdida del Canal sería una catástrofe sin precedentes. Para nosotros no, y eso es humano [...]. ¿Cree usted que debe sacrificarse la vida de un solo colombiano para que los Estados Unidos sigan manteniendo su dominio sobre el Canal de Panamá?¹¹

No. A nadie se le ocurriría; menos en 1953 cuando al gran mérito de la liquidación de 240 000 «comunistas», más la cosecha que prometían las perspectivas de la futura política, el binomio Gómez-Urdaneta agregaba otros méritos de no menor entidad. Uno de ellos era el mantenimiento de una literal y clásica calma sepulcral en los campos petroleros y en las plantaciones bananeras. Bajo la acusación de mirar a «Colombia como madrastra, porque Rusia es su legítima madre», la Confederación de Trabajadores había sido aniquilada gracias a un turiferario que, en recompensa, en 1953 estaba de embajador en París. Las exploraciones de la Texas Petroleum como las de Guaguaqui-Terán, en el territorio Vázquez, departamento de Boyacá, y las inmensas reservas del área petrolífera de 20 millones de hectáreas, en el Alto y Medio Magdalena y en las llanuras orientales, estaban aseguradas. Lo estaban también las plantaciones y las vías férreas de la United Fruit Company en la zona de Santa Marta, donde todavía se recordaba la masacre de 1928 ordenada por el conservador Abadía Méndez y convertida por García Márquez en un espectro, en un fantasma, en una evocación alucinante en sus *Cien años de soledad*. No podía, ciertamente, ser mejor el «clima para las inversiones extranjeras», y por ello los delegados colombianos lo propondrían como modelo para la América Latina al reunirse el Consejo Interamericano Económico

¹¹ Germán Arciniegas: ob. cit., p. 241.

y Social de la OEA (CIES) en Caracas. Tanto era así que, según el *New York Times* (25 de mayo de 1952), la Texas Oil Co. había «comenzado su mayor campaña de perforación».

Mérito también, y no de los menores, era el que Colombia hubiera sido elegida por la Conferencia católica norteamericana de la vida rural y por su patrocinadora, la Fundación Ford, como anfitriona para recibir a los 600 líderes católicos de todo el Continente que se reunieron en Manizales, con el objeto de «buscar el mejoramiento de cien millones de campesinos latinoamericanos». La Colombia de Gómez y Urdaneta exhibía como ningún otro país, ni ningún otro gobierno, un acendrado catolicismo y una fe tan enérgica y tan radicalmente militante que había podido realizar el prodigio de convertir siete años calendario (1946-1953) en una sola noche de San Bartolomé. Ni gobernantes tan inquisitorialmente religiosos, tan monacales y tan lúgubres como García Moreno, del Ecuador, o Augusto B. Lequía, del Perú, habían hecho tanto. Según el programa de la Conferencia, los sacerdotes católicos debían recibir enseñanza de economía rural aplicada y capacitarse así políticamente para convertirse en «dirigentes sociales de los hombres del campo bajo las órdenes de la Iglesia».¹² Se trataba, dice la misma fuente, de ligar la «lucha contra el comunismo con la propaganda religiosa». Camilo Torres solo tenía entonces veinticuatro años y le faltaba uno para ordenarse sacerdote, pero su fe era distinta a la de aquellos 600 líderes financiados por la Fundación Ford.

El más grande de los méritos democráticos del régimen colombiano, el que lo singularizaba en el panorama general de la América Latina, era el de haber sido el único en enviar hombres a Corea. Si en 1940 Laureano Gómez creía que no debería sacrificarse la vida de un solo colombiano para que los Estados Unidos siguieran manteniendo su dominio sobre el Canal de Panamá, once años después opinaba que no uno, sino mil colombianos, deberían ser enviados a morir en Corea para servir a los planes agresivos y hegemónicos de los Estados Unidos en Asia. Y los envió. Fue el batallón Boyacá. Fue el único contingente latinoamericano, lo cual es mucho decir.

También Colombia, es decir, su clase privilegiada, cafetalera por excelencia, se beneficiaba en 1953, como las de El Salvador y Hai-

tí, con el alza del grano en su mercado internacional, que no era otro que el norteamericano. A mediados de año, la libra se pagaba a 66,40 centavos de dólar, precio altamente satisfactorio. Era un año electoral y Gómez ya planeaba su continuidad dinástica a través de un equipo adicto, con su hijo Álvaro a la cabeza. Esto contrarió las aspiraciones del otro sector oligárquico que se creía acreedor a la sucesión, y trajo como resultado la escisión del conservatismo. Por la grieta se coló el ejército, con gran fanfarria liberal y apoyo de la disidencia conservadora representada por Ospina Pérez y Gilberto Alzate Avendaño. El 13 de junio, el comandante general de las fuerzas militares, Gustavo Rojas Pinilla, asumió la presidencia. Esa misma madrugada Laureano Gómez había echado a un lado a Urdaneta, había reasumido la presidencia y destituido a Rojas Pinilla. Pero cuando este irrumpió sorpresivamente en la presidencia, ya Gómez estaba escondido.

Paréceme tener otra vez frente a mí a monseñor Germán Guzmán, exactamente como en nuestras amenas charlas en La Habana, en 1968, al releer su relato de los sucesos de aquel 13 de junio de 1953 en Bogotá. Su estilo cobra en esta página de su libro la misma sonrisa irónica, la misma sal y pimienta de su conversación, agradablemente despojada del tono episcopal de un purpurado. Por eso su reproducción es irresistible:

Rojas y Urdaneta sostienen un diálogo de medias tintas, entre calculado y comedido, serio y ridículo, oferente y huidizo, comprometedo y desconcertante, efusivo, cosquilloso y maquiavélico:

«Doctor Urdaneta», le dice Rojas, «puede usted asumir de nuevo la presidencia. Yo, personalmente, no tengo ninguna ambición de poder. Cuente con el respaldo de las fuerzas armadas para que continúe en el empeño que todos le reconocemos de dar garantías a todos los colombianos, sin discriminación alguna».

«General», replica Urdaneta, «yo no puedo asumir la presidencia de la república porque ya el señor Laureano Gómez se encargó del poder en la mañana de hoy. Y si yo asumiera la presidencia, sería un gobierno *de facto*. De manera que mientras el doctor Gómez no renuncie, yo no me puedo encargar nuevamente del poder [...]».

Y, oh solución salomónica, comisionan a Luis Ignacio Andrade para buscar a Laureano, con un cometido: pedirle que renuncie [...].

«Como no se encontrara al señor Gómez», son palabras textuales de Rojas, «y continuara el *impasse* y la negativa del doctor Urdaneta hasta las diez de la noche de ese día, solamente por la presión de los oficiales representados en palacio, por jefes de alta graduación, me vi obligado a asumir la presidencia de la república». ¹³

Rojas Pinilla entró prometiendo «no más sangre, no más depredaciones a nombre de un partido político; paz, justicia y libertad». Eduardo Santos, Alfonso López y Carlos Lleras Restrepo lo aplaudieron desde París, Londres y México, respectivamente. El diario *El Tiempo* lo declaró Segundo Libertador. En el Hotel Tequendama, liberales y conservadores de Ospina y Alzate lo homenajearon. En nombre de los primeros habló Darío Echandía, componendista del *bogotazo*, y en nombre de los segundos, Guillermo León Valencia, futuro presidente, segundo en turno, de la entente 1958-1974. En el Hotel Tequendama, como es uso y costumbre, todo fue manoseo del nombre de Bolívar. Era el 24 de julio de 1953, ciento setenta aniversario del nacimiento de Bolívar, antevíspera del asalto al cuartel Moncada. No era bolivariano lo que pasaba en Bogotá; sí lo que se preparaba en Santiago de Cuba.

Ciertamente, el país tuvo un respiro que duró hasta el 12 de noviembre de 1954. Ese día 300 soldados masacraron a un grupo de campesinos pacíficamente reunidos en la región de Villarica, Tolima. Comenzaba la «segunda ola» de violencia en Colombia.

2-12° lat. N

60-74° long. O

Más lógico que Bolívar

Tijera en mano, cortando cintas simbólicas, rodeado de los muy conocidos y obsecuentes funcionarios públicos que no faltan en estos casos, pasó el mes de noviembre de 1953 el coronel Marcos Pérez Jiménez presidente de Venezuela. Se inauguraban las obras públicas que culminaban su primer año de gobierno: la autopista La Guaira-Caracas, la arteria metropolitana de la Avenida Urdaneta, la Auto-

pista del Este, la Avenida Guzmán Blanco, el Círculo de las Fuerzas Armadas, la Casa Sindical de Caracas, las ampliaciones del Museo de Bellas Artes, el Mercado Principal de la Pastora, el grupo escolar Agustín Avelado, los edificios norte y sur del Centro Simón Bolívar, el centro administrativo de la Ciudad Universitaria con la monumental Aula Magna, el hotel Tamanaco, las urbanizaciones obreras para «la eliminación masiva de los ranchos de los cerros» como El Paraíso y Ciudad Tablitas, autopistas y construcciones en Maracaibo, Maiquetía, Barquisimeto, etc. Doña Flor Chalbaud Cardona de Pérez Jiménez, rodeada de las también ubicuas damas de compañía en esas ceremonias, ponía la nota femenina en los bloques residenciales del Banco Obrero o en la casa posnatal de Artigas.

La literatura oficial entonaba los himnos gloriosos de rigor:

Entre el 24 de noviembre y el 2 de diciembre de 1953 fueron inauguradas y dadas al servicio innumerables obras, la mayor cantidad que registra la historia de la República [...]. De esta manera, el joven mandatario pone en evidencia ante la ciudadanía venezolana la forma en que está efectuándose el programa de mejoramiento del medio físico que anunciara un año antes al asumir el cargo de presidente constitucional de Venezuela [...]. El ambiente de seguridad y de paz que hoy existe está creando un nuevo espíritu venezolano y, a la vez, conquistando para el país un sitio muy destacado dentro del concierto de los pueblos libres de América.¹⁴

La cuna de Bolívar se transformaba, es cierto, a un ritmo verdaderamente asombroso. Rápidamente perdía la fisonomía que le conocí apenas siete años antes, en 1946, y mucho más aquella otra de las fotografías de 1935, a la muerte de Juan Vicente Gómez, antañona, semicolonial, provinciana. Ya era una ciudad aspirante a urbe, con autopistas como la del Este con su *parkway*, pasos a dos niveles y canalización del río Guaire, y estructuras metálicas para edificios de treinta y dos pisos, como los del Centro Bolívar.

Pero el verdadero autor del prodigio no era el coronel Pérez Jiménez, sino un taumaturgo muy peligroso, de proporciones colosales, y con un poderío casi mundial: el petróleo. En ese momento, la producción

¹⁴ Servicio Informativo Venezolano: *Venezuela bajo el nuevo ideal nacional. (Realizaciones durante el primer año de gobierno del coronel Marcos Pérez Jiménez.)*

venezolana duplicaba la de la Unión Soviética, superaba a la de todo el Medio Oriente y solo era menor que la de los Estados Unidos. En las estadísticas, Venezuela aparecía como el país más opulento de la América Latina, sin problemas de divisas, sin deuda exterior, con presupuestos siempre balanceados y un activo internacional de 330 millones de dólares, o sea, 1 100 millones de bolívares. Solo los Estados Unidos y Canadá tenían en América mayores reservas en oro. La producción promedio diaria había sido de 1 700 barriles en 1951. El bolívar se vendía a 3,09 por dólar y el dólar a 3,35 bolívares en el Banco Central Venezolano. Entre 1945 y 1951 el fisco recibió 1 700 millones de dólares, el 50 % de las ganancias –por lo menos de las declaradas– de las compañías explotadoras. Esto era tanto como las dos terceras partes del presupuesto nacional. A principios de la década, las reservas conocidas se calcularon, conservadoramente, en 9 350 millones de barriles, pues solo dos de las cinco hoyas petrolíferas estaban explotadas a gran escala. Si la geología era tan generosa que convertía en realidad (casi sin sentido figurado) la repetida frase de que Venezuela flota en un mar de petróleo, la geografía contribuía a darle esa posición privilegiada: los barcos tanques procedentes de Venezuela llegaban a Europa antes que los del golfo Pérsico, y a los Puertos del Este de los Estados Unidos antes que el petróleo de Texas. El *per cápita* venezolano de 1949 había sido fijado en 480 dólares por las Naciones Unidas, mientras que el del Uruguay era de 330; el de la Argentina, 320; el de Chile, 190; el de Colombia, 130, y el de México, 120. Más vale no recordarnos del de Haití.¹⁵

Tanta cifra, tanta estadística, tanto dato, era música celestial para los beneficiarios nacionales y extranjeros. Un hombre de negocios venezolano, corifeo indiscutido de su clase, opinaba que «las perspectivas económicas y los ajustes administrativos son excelentes y se nota en todo el país progreso y diligente actividad, envidiable situación y prosperidad». Editorialmente, el *New York Times* del 4 de diciembre de 1952 opinaba que

desde un punto de vista práctico, frío, del interés financiero inmediato y de la seguridad, es naturalmente deseable que Venezuela

¹⁵ Ver H. González-Heytrop: «Espejismo del oro negro. La “heterodoxia” económica venezolana», revista *Latinoamérica*, México, núm. 55, julio de 1953.

permanezca ordenada, que el vital petróleo continúe fluyendo y que las relaciones con los Estados Unidos sigan amistosas.

Pero esa música, como todas, tenía sus bemoles, y no pocos, por cierto. Bemoles que echaban por tierra la falsa retórica de la literatura oficial, el dictamen clasista del hombre de negocios, y el punto de vista práctico, frío, del imperialismo yanqui y su vocero. Porque ni Pérez Jiménez era constitucional, sino de origen espurio, ni había seguridad y paz, ni el venezolano era un pueblo libre, ni en todo el país se notaba situación envidiable, ni prosperidad, ni, en fin, era deseable para Venezuela que el petróleo continuara fluyendo.

El modo en que Pérez Jiménez se había abierto paso hacia el poder lo situaba, con talla no menor, al lado de los más típicos especímenes del Caribe 1953, que hemos visto en este mapa hablado. Egresó de la escuela militar un año antes de la muerte de Juan Vicente Gómez, a los veinte de edad; perfeccionó sus estudios en artillería y estado Mayor en el Perú. Su mentor fue Manuel Odría, con quien tuvo a partir de 1948 un paralelismo similar al de Trujillo con Somoza. Años después, en la plenitud del poder (1955), ambos se intercambiarían visitas.

El 19 de octubre de 1945, Pérez Jiménez, en compañía del mayor Carlos Delgado Chalbaud, del capitán Mario Vargas y de la dirigencia de Acción Democrática (AD), derrocó el régimen respetuoso y progresista de Medina Angarita, que había sucedido en 1941 a Eleazar López Contreras, heredero de Juan Vicente. Pérez Jiménez no integró la «junta revolucionaria» nacida de aquel gorilazo (como se diría después), cuya presidencia ocupó Rómulo Betancourt. Pero en la sombra del cuartel empolló sus aspiraciones presidenciales y maduró su vocación de conspirador. La política tortuosa y sectaria de Rómulo y su grupo adeco fueron una excelente incubadora para los sueños golpistas de Pérez Jiménez. El camino se allanó en 1947 con la elección de Rómulo Gallegos, tras de cuyo prestigio literario y simplismo político Betancourt siguió siendo el *factótum* del régimen. El 24 de noviembre de 1948, Gallegos fue derrocado de un papirotazo por el ministro de Defensa, Delgado Chalbaud, el jefe del estado Mayor, Pérez Jiménez, y el subjefe, Luis Felipe Llovera Páez, los tres, para esta época, tenientes coroneles.

El segundo dio una gran zancada hacia su meta, pero aún le estorbaban los otros dos conmlitones. Pérez Jiménez integró con ellos una

junta militar, de gobierno y, al mismo tiempo, asumió el ministerio de Defensa. Acción Democrática, que era la gran mayoría del pueblo, fue disuelta por decreto del 7 de diciembre, y sus militantes, desde el presidente del Congreso, Valmore Rodríguez, hasta el más modesto ciudadano, fueron acosados, perseguidos, encarcelados. Solo Betancourt logró asilarse en la embajada de Colombia y salir después con salvoconducto. Delgado Chalbaud declaró a la revista mexicana *Tiempo*: «más que contra Gallegos, el golpe fue contra Betancourt, que era en realidad la voluntad activa de AD». Sin embargo, la junta hizo la obligada profesión de fe anticomunista para obtener, como obtuvo, el rápido reconocimiento yanqui. El lenguaje era el del momento: «repudiamos [...] todo extremismo, toda actividad política inspirada en doctrinas exóticas e internacionalistas y [...] toda tendencia hacia el totalitarismo, cualquiera que sea su signo». Nada de esto tenía que ver con Rómulo. Él era, desde hacía mucho tiempo, reiteradamente anticomunista. Ninguna prueba mejor que su entrega de nuevas ramas de la economía –ganadería y pesca– a la Venezuela Basic Economic Corp., de Nelson Rockefeller.

Desde el principio hubo algo que no marchó bien en la junta. Ya el 27 de enero de 1949 los tres miembros de dicho cuerpo hicieron una extensa exposición a la oficialidad de las fuerzas armadas nacionales. Allí dejaron constancia de que «una de las falaces propagandas hechas hasta hoy se refiere a divergencias en el seno de la junta. No existe ninguna [...]». Pero el río sonaba, aun cuando este tipo de lucha –la lucha por el poder– es siempre sorda mientras no estalla la crisis definitiva. No hay pruebas (nunca quedan) de que el asesinato de Delgado Chalbaud en una emboscada, el 13 de noviembre de 1950, haya sido el estallido de la crisis. Se habló de «un admirador y amigo del mayor Pérez Jiménez, ayudado de una banda de cómplices», de «circunstancias no aclaradas» y de todas esas versiones con las que se escamotea la verdad en este tipo de crímenes. El autor material del mismo, Rafael Simón Urbina, fue, a su vez, cazado por la policía, como lo fue el asesino de Gaitán cuando el *bogotazo*.

Pérez Jiménez no tomó el poder exclusivo entonces. No lo necesitaba, porque el hombre fuerte era él. Ni Llovera Páez, ni el remplazante de Delgado Chalbaud, un abogado que fungió como presidente nominal, le impedían gobernar a su antojo. Así esperó tranquilamente un año, antes de hacerse elegir presidente «constitucional». Sorpre-

sivamente, las elecciones para una Constituyente, en noviembre de 1952, fueron ganadas por la Unión Republicana Democrática (URD), que canalizó la opinión contraria a la junta, o sea, la de todo el país: millón y medio de votos. Pérez Jiménez no se esperaba esto y se despojó brutalmente de sus escrúpulos por aparentar legalidad en la ascensión. Golpeó sin medida, con insania. Ilegalizó la URD; expulsó a su líder, Jovito Villalba, y a la dirigencia toda; envió a Italia al abogado, y a Honolulu al otro teniente coronel de la junta y luego los hizo renunciar; desconoció los escrutinios y se hizo nombrar por el ejército presidente interino y ministro de Defensa.

La tortura y el asesinato se pusieron a la orden del día. Poco antes de que Pérez Jiménez realizara su pequeño 18 Brumario, había sido asesinado en la calle Leonardo Ruiz Pineda, jefe de Acción Democrática en la clandestinidad. La Seguridad Nacional, policía secreta, prosiguió la obra con el auxilio de torturadores españoles, portugueses e italianos. La tiranía impuso silencio a los venezolanos y les prohibió toda clase de reuniones. Nuevos muertos, dirigentes políticos y sindicales, se sumaron a las listas macabras: Alberto Carnevalli, Antonio Pinto Salinas, Luis Hurtado, Nieves Ríos, Hernán González.

El 10 de enero de 1953, Pérez Jiménez fue elegido presidente por una Constituyente adobada a su antojo. El 25 de abril de ese año cumpliría treinta y nueve años de edad. Por ello resulta algo exagerado este párrafo del adulador oficial, escrito un año después:

El jefe de Estado más joven del mundo lo tiene Venezuela en él, que ha demostrado desinterés, honradez, carácter y un gran sentido humano del deber patriótico. Dotado ampliamente para la exactitud y la bondad, constituye el ejemplo de hombre más lógico que haya visto la República en el lapso de ciento cincuenta años.¹⁶

Debe haber un error de fecha en el amanuense cortesano, pues de otro modo Bolívar quedaría por debajo de Pérez Jiménez en la escala de los hombres lógicos. Ni Bolívar había ingresado a la historia ni la república existía en Venezuela ciento cincuenta años antes de ese párrafo. En 1804, Bolívar, con veintiún años de edad, vivía en París y escribía al caballero Denis de Trobriand: «Ah, estad convencido,

¹⁶ Servicio Informativo Venezolano: ob. cit.

el reinado de Bonaparte será dentro de poco tiempo más duro que el de los tiranuelos a quienes ha destruido». Este pronóstico del sagaz futuro gran visionario era, guardadas las proporciones, perfectamente aplicable al Pérez Jiménez de 1953. Por eso calificué su golpe como «pequeño 18 Brumario».

La fiebre de las construcciones y la prisa de las inauguraciones tenían en 1953 un sentido escenográfico. Tal «mejoramiento del medio físico» tenía por objeto deslumbrar a las delegaciones del Continente que llegarían a Caracas en marzo de 1954 para la X Conferencia Interamericana, la famosa, la de Foster Dulles, la de la Resolución XCIII anticomunista, la de la sentencia de muerte contra la democracia guatemalteca. Escenografía suntuosa, colosal, si se quiere, pero construida con cemento amasado en sangre y petróleo. Era allí donde se estaba petrificando el aceite, en vez de seguir el previsor consejo de «sembrar el petróleo» en los campos. En estos solo se sembraban huesos, como en el campo de concentración de Guasina.

Sembrar el petróleo sería tanto como reinvertir las cuantiosas sumas originadas de su explotación en el desarrollo agrícola e industrial del país. Era una política que tendía a hacer a Venezuela menos dependiente, no solo de la Creole Petroleum, subsidiaria de la Standard de New Jersey, de la Mene Grande, subsidiaria de la Gulf Oil, y de la Royal Dutch Shell, sino también, en menor escala, de la Bethlehem Steel Corp. y de la U.S. Steel Corp., explotadoras del hierro de la Guayana venezolana. Era, además, una política tendiente a liberar a Venezuela de la monstruosa importación de artículos de primera necesidad: carnes, huevos, leche condensada, queso, maíz y papas. En 1950, por ejemplo, se habían importado 151 toneladas de alimentos, con un costo de 383 347 217 bolívares.

Seguramente el pueblo de Venezuela no deseaba que el petróleo continuara fluyendo, como decía el *New York Times*, cuando la riqueza petrolera suponía el empobrecimiento de las mayorías rurales que tenían que vivir de los productos de la tierra. Los precios de los artículos se elevaban al nivel de las posibilidades de los trabajadores petroleros, cuyos salarios eran comparativamente altos respecto de los del resto de la población. De allí la migración a las ciudades y a los campos de petróleo, con todas las consecuencias conocidas. El 90 % de los venezolanos sufría esas consecuencias, pero la minoría privilegiada no: «[...] la economía deformada no le quita el sueño al

10 % que se sienta en este moderno festín de Baltasar». ¹⁷ Mientras tanto, la limitada superficie laborable de Venezuela estaba bajo la acción destructiva de la erosión.

Pero este problema no preocupaba al «Gabinete Cadillac», cuyo interés era proteger la intangibilidad de los *big-big-business* regados por el mundo, dentro de los cuales el imperio del petróleo, con su provincia de Venezuela, según nomenclatura de O'Connor, era quizá el mayor de todos. Y Pérez Jiménez era para aquel gabinete un buen administrador de la mencionada provincia, y eficiente policía como lo demostraban no solo su pronunciamiento conjunto con el colega Urdaneta de Colombia, en 1953, sino todos sus hechos: la represión cotidiana a los brotes «subversivos», por mínimos que fueran; el orden del país; el freno a la Federación de Trabajadores Petroleros, ilegalizada y decapitada con la prisión de sus líderes desde principios de la década.

Meritorio fue también para Pérez Jiménez garantizar que la X Conferencia Interamericana se desarrollara dentro de la más absoluta calma. El recuerdo del *bogotazo* inquietaba a los diplomáticos de la OEA. Desde luego, no había motivo, pues aquella catástrofe había sido provocada por el propio conservatismo en el poder como pretexto para liquidar, de una vez por todas, a sus adversarios históricos, según se ha visto. En Caracas no se corría ese riesgo: Pérez Jiménez ya había liquidado a sus opositores –al menos así lo parecía– por medios más expeditos. En todo caso, los diplomáticos votaron una resolución final en la Conferencia para agradecer la espléndida hospitalidad que les había brindado aquel hombre lógico. Dentro de la lógica del *establishment*.

En reconocimiento a tantos y tan buenos servicios, Eisenhower le otorgó la medalla de la Legión del Mérito a los cuatro meses del derrocamiento de Arbenz. Tiempo después, en diciembre de 1955, la revista *Whisper*, de Nueva York, hacía este comentario, tan lógico como *Ike* y el condecorado:

Con unos 3 000 millones de dólares invertidos en Venezuela, no es nada extraordinario que el presidente Eisenhower, el Departamento de Estado, el Congreso y todos los gigantes de la industria

¹⁷ Harvey O'Connor: *El imperio del petróleo*, La Habana, 1961.

petrolera sean dulces y amables hacia el presidente Pérez Jiménez de Venezuela. El presidente Eisenhower llegó hasta acordarle la Legión del Mérito en el grado de comandante en jefe, la más alta condecoración que puede conceder Estados Unidos a un extranjero.

5° lat. S

2° lat. N

75,82° long. O

El tercer velasquismo

El primero de septiembre de 1952, en el teatro principal de Quito, Galo Plaza Lasso hizo entrega de la presidencia del Ecuador a José María Velasco Ibarra. La sala, por este hecho, se convertía momentáneamente en el Parlamento de la república, pues en ella nos encontrábamos los «honorables» legisladores, a quienes el nuevo gobernante dirigía su primer mensaje, y los diplomáticos que asistíamos a la ceremonia en misión especial. Al día siguiente, fuimos recibidos por el mandatario, quien conversó con cada uno brevemente. Calvo, canoso, magro, con un grueso bigote y la piel blanca pegada a los huesos de la cara, acusaba, sin embargo, una suerte de energía nerviosa, de vitalidad, de naturaleza fácilmente irritable. Tenía entonces cincuenta y nueve años de edad. Cuando lo volví a ver en Buenos Aires, una década después, me pareció que no había cambiado. Mi impresión primera coincidía con la que dio un periodista colombiano que lo entrevistó por esos días:

Su apostura corporal, erecto y delgado, se mantiene en su línea tradicional, a pesar de su alta estatura, y he tenido la impresión de que ella es la traducción somática de su castigado y severo temperamento de político implacable y combativo.¹⁸

En realidad concurríamos a la iniciación de lo que un historiador ecuatoriano llama el «tercer velasquismo».¹⁹ A este, el único que concluyó por la vía constitucional de las elecciones, en 1956, siguieron un

¹⁸ Carlos Restrepo Piedrahita: periódico *El Tiempo*, Bogotá, 2 de enero de 1953.

¹⁹ Alfredo Pareja Diezcanseco: *Historia del Ecuador*, t. II, Quito, 1958.

cuarto (1960-1961) y un quinto (1968-1972) velasquismos que, sumados a los dos primeros (1934-1935 y 1944-1947), también interrumpidos violentamente como aquellos, abarcan casi cuarenta años de la política ecuatoriana. Uno puede preguntarse, sin incurrir en exceso de imaginación, si habrá un sexto velasquismo. Desde luego, es difícil porque Velasco Ibarra cumple este año los ochenta de edad, pero no imposible, dadas las características de este fenómeno excepcional de vigencia política, de recurrencia, en la América Latina del siglo xx.²⁰ Porque no es el caso de las largas tiranías, continuas o alternadas con hombres de paja, de Porfirio Díaz (1876-1910), de Manuel Estrada Cabrera (1898-1920), de Juan Vicente Gómez (1908-1935), de Leónidas Trujillo (1930-1961) o del clan Somoza (1934-). No, Velasco Ibarra no puede confundirse con ellos ni en lo sanguinario ni en lo ladrón. Nada de eso. Ha sido autócrata, pero no déspota, y no ha buscado su permanencia en el poder a cambio de prodigalidad en la enajenación de las riquezas y del territorio nacionales. Al contrario de aquellos, ha sido realmente elegido sobre la base de una innegable y abrumadora popularidad. Es conocida su frase de que para ser elegido presidente por el pueblo le basta con un balcón en cualquier esquina del Ecuador. He oído decir a ecuatorianos no velasquistas que eso es cierto.

Creo que para comprender bien el fenómeno Velasco Ibarra hay que descifrar previamente la política ecuatoriana de este siglo, tarea nada fácil. Desde el asesinato del gran reformador liberal Eloy Alfaro, latinoamericanista de inspiración bolivariana y martiana, quemado en una calle de Quito en 1911, hasta el último derrocamiento de Velasco Ibarra en 1972, hubo treinta cambios de gobierno. A las dos tendencias políticas históricas con raíces en el siglo XIX, la conservadora –cuya figura culminante, téticamente prominente, Gabriel García Moreno, consagró el país al Corazón de Jesús, en 1873– y la liberal –dinamizada por la memoria eminente de Alfaro, sin otra continuidad que

²⁰ En una entrevista a Velasco Ibarra, hecha por María Teresa Estévez Brasa para el periódico *Mayoría*, de Buenos Aires, titulada «José María Velasco Ibarra cumple 80 años» (6 de marzo de 1973), se lee este diálogo:

–*Si votaran los analfabetos, entonces usted duplicaría sus votos. ¿Es así?*

–Posiblemente –contestó sonriendo.

–*¿Piensa ser elegido presidente por séptima vez?*

–Quisiera tener diez años menos... pero ya entro en los ochenta años y no puedo pensar en eso.

el culto a esa memoria— se sumaron en 1931 las izquierdas, escindidas por candidaturas en el Partido Socialista y en la Vanguardia Revolucionaria Socialista. Cuarenta años después, en 1971, acordaron un programa común, suscrito por el Partido Comunista, el Partido Socialista, el Partido Nacionalista Revolucionario, la Unión Democrática Popular y otras organizaciones menores. Guardando las diferencias de estilo y de ingredientes clasistas, la política ecuatoriana es tan complicada como lo era la uruguaya, con sus colegiados, lemas, sublemas y demás. Y, curiosamente, se trata de las dos más pequeñas repúblicas sudamericanas. En las mayores, las cosas son menos complejas, se presentan un poco más en blanco y negro.

¿Dónde ubicar a Velasco Ibarra dentro de ese contexto? En ninguna parte. Representa un hecho político distinto, bautizado por él como el *velasquismo* y así admitido por la historia y la literatura política ecuatorianas. O, mejor, como dice Pareja Diezcanseco, los *velasquismos*, porque uno de los rasgos característicos y originales de este fenómeno es que no se trata de un movimiento orgánico, de una actitud continuada de las masas populares, sino de una reacción emocional, masiva e intermitente. Así, por lo menos, lo han visto los observadores, aunque el protagonista del hecho se ha mostrado a veces en desacuerdo. A veces, no siempre, porque no es raro encontrarlo en desacuerdo consigo mismo. Veámoslo. El periodista colombiano que cité anteriormente dijo en su reportaje algo que es comúnmente admitido:

Velasco Ibarra encarna, a su vez, el tipo del caudillo o jefe carismático. En esta circunstancia reside el secreto profundo de sus victorias fulgurantes, y allí también se halla la raíz inequívoca de sus reveses estruendosos. Su destino no conoce el tranquilo estar, el equilibrado transcurrir. Su vida es una fragorosa tensión entre la lucha sin pausa y el triunfo, entre su idealismo desmesurado y la áspera y amorfa materia política con que tiene que enfrentarse. Para él no hay términos medios: la presidencia o el destierro, el júbilo o la desilusión, el amor o el odio de sus compatriotas.

En ese mismo reportaje, Velasco Ibarra pareció corroborar el juicio:

¡Las fuerzas auténticamente populares! Ahí están precisamente mi fuerza y mi debilidad: mi fuerza, porque cuento con la emoción cívica general que me ha traído tres veces al poder; mi debilidad,

porque no cuento con un partido político debidamente estructurado que sepa hacer una acertada propaganda y que sepa mantener esa emoción cívica a pesar de las dificultades que desgastan a cualquier gobierno.

Pocos días antes, en su discurso de toma de posesión de 1952, sin embargo, atribuía sus altibajos políticos a otra causa, distinta a la inconstancia de la «emoción cívica», fuente y respaldo de su poder. Dijo entonces:

En el exterior se ha repetido que cuando no estoy en el poder, el pueblo ecuatoriano no piensa sino en elevarme al mando, y que, cuando lo poseo, no piensa sino en despedirme. Sin embargo, para quien conoce la realidad de las cosas, la verdad es que el pueblo ecuatoriano me ha entregado el poder haciendo sacrificios por alcanzar la libertad, y que cuando he poseído el mando, las oligarquías me han calumniado y excitado a la traición cobarde.²¹

No es menos vana la empresa de precisar la ideología de este caudillo *sui generis*. Unas veces se muestra como fervoroso partidario de la unidad, por encima de las corrientes ideológicas, y otras –como acabamos de ver– ataca duramente a esas mismas corrientes, sean liberales, conservadoras o de izquierda. En 1952, a muchos nos pareció desconcertante su discurso inaugural en el teatro de Quito. En uno de los momentos más vibrantes y enérgicos de la larga lectura, Velasco Ibarra expuso:

Tenemos una misión internacional. La influencia biológica española, que se traduce en el temperamento y el carácter, y la

²¹ J. M. Velasco Ibarra: *Obra doctrinaria y práctica del gobierno ecuatoriano*, t. I, Quito, 1965. Veinte años después, en la entrevista de *Mayoría* citada, explicaba así el hecho:

–*Usted fue elegido seis veces presidente del Ecuador. Cinco, pudo ocupar la presidencia y una sola terminó su mandato. ¿A qué se debe esa curiosa propensión a ser derrocado?*

–Hay que conocer a Ecuador. Allí siempre dominaron dos partidos: los conservadores, o sus herederos, de tendencia católica; y los liberales, o sus herederos, de tendencia laica. El fraude fue permanente en Ecuador hasta mi primera presidencia. Y si usted tiene en cuenta que fui elegido seis veces, se podrá imaginar las razones por las cuales los antiguos dueños del país han utilizado todos los medios para sacarse de encima al intruso, como era y es el Movimiento Velasquista.

influencia espiritual francesa han dado a los hispanoamericanos una misión en la historia, misión que puede ser de extraordinaria originalidad en el actual manicomio universal. Comunistas y socialistas y cristianos y todos, en el fondo, estamos hastiados de la esclavitud del hombre. Nos rebelamos contra el hecho de que la persona humana, representante de Dios en la tierra, esté atada, sea arrastrada en el polvo y en la indignidad por el capitalismo, la codicia, el negocio desenfrenado, la sed de dominación, la tiranía, el fraude, el cinismo, la astucia explotadora [...].

La influencia del orgullo español y de la espiritualidad, la lógica y el sentimiento francés, han de llevarnos a los sudamericanos a proclamar en el mundo el derecho sagrado de la persona humana individual.

Marcel Niedergang escribió cuando el quinto velasquismo (1969), con natural complacencia: «*Ayant fait des études a Paris, Velasco Ibarra est l'un des presidents les plus réellment francophiles d'Amerique*».²²

Ciertamente, en la década de los veinte, ya abogado, Velasco Ibarra estudió filosofía del arte en la Sorbona con Victor Basch, hizo cursos sobre Lutero y Duns Scoto en la Escuela de altos estudios religiosos y siguió las lecciones de epistemología del profesor Le Roy en el Colegio de Francia. Esa cultura francesa, inspiración de su individualismo, se traslucía en su discurso. A mí, nativo de un país de indios, me chocó el violento contraste de esas ideas con la presencia física, ubicua y lacerante del pequeño indio agachado, depauperado, que veía transitar por las calles de Quito. Los descendientes de los gallardos guerreros de Rumiñahui que continuaron resistiendo al invasor tras el derrumbe del Tahuantinsuyo, pululaban por la calle, silenciosos, despersonalizados, *olvidados de Dios*, con sus trenzas y harapos, mientras en el escenario del teatro su nuevo gobernante exaltaba, con orgullo español y sentimiento francés, «la persona humana, representante de Dios en la tierra».

A renglón seguido, hizo profesión de fe anticomunista. Pero no con el cínico oportunismo de sus colegas y contemporáneos adscritos incondicionalmente a la política yanqui de agresividad contra el mundo

socialista en avance. No fue el anticomunismo de consigna orquestado desde Washington, sino uno a su modo, por convicción, sin la actitud convencional y genuflecta de sus otros colegas. Si el estilo es el hombre, esta cita de 1952 es un buen retrato incluyendo lo anacrónico:

En el duelo fatal de esta hora entre el mundo occidental y el mundo oriental, Sudamérica tiene que estar por el Occidente, porque el triunfo de los zares de Rusia sería la anulación total, durante muchísimos años, de los derechos de la persona individual humana. El Oriente ignora, a pesar de su incomparable profundidad metafísica, la personalidad individual humana. Durante milenios tendrá que elaborarse la conciencia oriental con la ayuda de las técnicas y doctrinas sociales de Occidente para que también surja en Oriente, pero esta vez espléndidamente enriquecida, la persona individual humana.²³

El primer año de gobierno del tercer velasquismo tenía que ser, por definición, un año agitado. Parecería que la política y la naturaleza hubieran entrado en un acuerdo para sabotear la reconocida prisa de Velasco Ibarra por hacer, por construir, por realizar obra material sobre la marcha, sin detenerse en planificaciones, ni estimaciones, ni cálculo, ni nada de esas formalidades llamadas técnicas y en su concepto inventadas para inflar burocracias, *epatar* profanos y perder el tiempo. Dinamismo, acción, rapidez, obra, obra tangible, eso era lo urgente. Pero no solo la política y la naturaleza le ataban las manos, sino que, además, el pesado fardo de la deuda pública heredada lastraba su impulso constructor.

Al asumir la presidencia, Velasco Ibarra calculó que el déficit presupuestal, al 31 de diciembre de 1952, sería el más alto en la historia del país: 48 399 502 sucres. En su mensaje al Congreso, el 10 de agosto de 1953, informó que las deudas pendientes ascendían a 71 873 661 sucres. En esas condiciones, como lo reconoció seis meses después en una entrevista para *El Telégrafo*, de Guayaquil, era imposible realizar las animosas perspectivas trazadas en su mensaje del primero de enero de 1953: construir carreteras, crear regadíos, electrificar, construir escuelas, hospitales, casas indispensables para los más altos y urgentes servicios administrativos, equilibrar las urgencias de

²³ J. M. Velasco Ibarra: ob. cit., p. 175.

la producción con las imposiciones humanas de los consumidores. Muy poco pudo adelantar el plan vial de 1 800 kilómetros de carreteras, especialmente la unión vital, esencial, de la Sierra y la Costa. Mucho, dadas las circunstancias, se pudo avanzar en la carretera Girón-Pasaje. «Hasta los enemigos me han felicitado», pudo decir Velasco Ibarra. Pero faltaba la otra carretera, la Durán-Tambo.

El invierno ahogó muchos deseos de hacer. Los ríos Chanchán, Chimbo, Ambato, Cristal, de suyo apacibles, se lanzaron desorbitados, inesperadamente enloquecidos, sobre líneas férreas y caminos y amenazaron con anegar poblaciones. La Sierra y la Costa quedaron incomunicadas: era imposible llevar gasolina a la Sierra, ni productos serranos a la Costa. El cuadro lo pintaba patéticamente el presidente ante el Congreso el 10 de agosto:

[...] en general no fue la falta de previsión de nadie, sino el furor imponente y arrasador de la naturaleza, contra la cual nada valen hombres ni gobiernos, lo que sumió al país en horas de angustias en los meses de marzo y abril. En Manabí hubo puentes y poblaciones destruidas, familias arrebatadas hacia el mar por los torrentes que se improvisaron y precipitaron desde las alturas. Hubo hundimientos en el Azuay y espantosa alarma en todas partes. Cuando ya descansábamos creyendo que la naturaleza había vuelto a su majestuosa serenidad, el Postaza, estimulado por el iracundo Chambo, resolvió destruir puentes y carreteras. Y, luego, Quijos y Zamora fueron puestos a dura prueba por el alocamiento de los torrentes y el furor de las tempestades.

Las tempestades políticas no fueron menos furibundas. Estallaron casi al día siguiente de la iniciación del tercer velasquismo. Ya la gente hablaba de la inestabilidad del régimen y el gobernante urdió modos para decapitar la oposición: a sus rivales, los excandidatos liberal y conservador de la pasada campaña, los expatrió como embajadores a los Estados Unidos y a México, respectivamente, y al principal dirigente del Partido Liberal Radical, a España con igual cargo. Pero el presidente del Partido Socialista, Manuel Agustín Aguirre, era insobornable. A él no podía envolverlo en papel de protocolo para exportarlo como a los otros. Golpeó entonces una institución creada por la Constitución de 1929, la de los senadores por representación funcional. Estos no eran elegidos popularmente, sino designados por

determinados sectores con derecho a esa representación: la prensa, la enseñanza primaria y normal, la educación secundaria y superior, las academias, la agricultura, la industria, los trabajadores y los indios. Manuel Agustín Aguirre era, obviamente, el senador funcional por los trabajadores, pero Velasco logró su desafuero por el Congreso. Los legisladores dejaban de ser «honorables» cuando no eran gratos a Velasco. De allí mis comillas del principio.

Dice Pareja Diezcanseco que el primer punto de apoyo de la campaña velasquista de 1952 fue Guayaquil, donde dominaba Carlos Guevara Moreno, alcalde de tan importante ciudad-puerto y violento jefe de la Concentración de Fuerzas Populares (CFP). Sin embargo, a corto plazo sobrevino la ruptura con el cefepismo, el encarcelamiento de su jefe y su deportación sin más trámite. Velasco declaró que la oposición era de los placistas (de Galo Plaza), de los socialistas y de los comunistas, y la calificó de «solapada e hipócrita». Y por gravitación, fue atraído hacia la derecha. Se rodeó de los falangistas de la Asociación Revolucionaria Nacionalista Ecuatoriana (ARNE) y entregó el Ministerio de Gobierno al conservador Camilo Ponce Enríquez.

Estuvo muy bien cuando rechazó la injerencia de la SIP, en noviembre de 1953, tras la clausura de los diarios *El Comercio* y *Últimas Noticias*; muy certero, al calificar esa injerencia como

insoportable, audaz y cínica labor de una entidad capitalista extranjera, animada no por periodistas, sino por dueños de periódicos, que, previendo la posibilidad de ataques a sus empresas mercantiles periodísticas, ha establecido una entidad solidaria, capitalista e interesada para protestar contra toda sanción a un periódico castigado.

Sin embargo, quien así situaba en su verdadero sitio a uno de los tentáculos del panamericanismo imperialista norteamericano, era el mismo que declaraba en su mensaje al Congreso, en agosto:

Los Estados Unidos de Norteamérica profesan la democracia y el respeto a los derechos del hombre y del ciudadano. Los Estados Unidos son ahora el único dique eficaz contra el soviétismo totalitario. Aproxímanos a los Estados Unidos la geografía y la misma doctrina del Estado y de la vida. Somos, pues, fieles al panamericanismo.

Desde luego, él veía tras ese panamericanismo «una cooperación económica fácil, oportuna y generosa», y no los grandes negocios, la gran banca, las grandes industrias, los monopolios, la *good partner policy*, etc. La United Fruit no era aquí usurpadora de tierras como en Guatemala y Honduras, era solo compradora a los productores nacionales y revendedora en el mercado yanqui. El banano suponía la mitad de las exportaciones ecuatorianas. El cacao y el café complementaban esas exportaciones. Por ello se hacía menos sensible la dependencia: era de mercado. No había sonado la hora del petróleo ecuatoriano. El país aún no reaccionaba ante el latrocinio de su riqueza pesquera.

19-0° lat. S

70-82° long. O

El soldado de Arequipa

El 3 de octubre de 1970, el general Juan Velasco Alvarado expresó en su discurso por el segundo aniversario del inicio de la revolución peruana:

En octubre de 1968, muchos creyeron que se trataba de un golpe militar más. Se explica la desconfianza de los primeros momentos, el escepticismo de algunos sectores populares, la sorpresa de algunos intelectuales, que no podían creer que este fuera realmente revolucionario.

En esas breves palabras, el general Velasco Alvarado resumía un largo y duro capítulo de la historia del Perú que bien puede remontarse a los albores de la República, a los días del general Agustín Gamarra. Es el capítulo de los golpes militares, en el cual figura, con caracteres relevantes, el general Manuel Odría.

Salvo la mera coincidencia de haberse dado el golpe que llevó al poder a Odría en el mismo mes de octubre, exactamente veinte años antes del movimiento de los oficiales revolucionarios que tomaron el gobierno con el general Alvarado a la cabeza, ningún otro detalle ofrece similitud entre ambos acontecimientos. Al contrario, ambos tienen signos completamente diferentes, opuestos, antagónicos. Tanto

como las palabras reacción y revolución. La circunstancia de que el Apra se haya encontrado en la trinchera enemiga en ambos casos es una analogía aparente.

La trayectoria de Odría hasta el entonces llamado Palacio de Pizarro, en Lima, es tan poco épica como la de Pérez Jiménez al Palacio de Miraflores, en Caracas. Aquí sí hay mucha similitud. Ambos golpistas se adueñaron del poder, en sus respectivos países, en 1948, y, según se quejó el derrocado presidente venezolano Rómulo Gallegos, el rápido reconocimiento de Odría por los Estados Unidos estimuló el apetito de poder de Pérez Jiménez y los otros dos triunviros y los alentó a reditar la operación un mes más tarde y en versión propia. Si Pérez Jiménez persiguió como objetivo principal acabar con Acción Democrática y con su líder Rómulo Betancourt, Odría, por su parte, quiso liquidar al Apra y a su jefe Haya de la Torre. Hay una notable homología entre Odría y Pérez Jiménez, por una parte, y entre Betancourt y Haya, por la otra. Y es notable también el hecho de que, habiendo partido de posiciones aparentemente antitéticas, los dos militares y los dos demagogos, sus líneas hayan llegado a juntarse, al final, por obra y gracia de sus coincidencias esenciales. Fenómeno que no podría producirse nunca entre el cuasi extinto Apra de hoy y el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada del Perú.

Como a Pérez Jiménez, los antecedentes de Odría tampoco lo prestigian en grado heroico. En 1948, el entonces presidente Bustamante y Rivero, en medio de una crisis política insalvable, reorganizó el Gabinete por sexta vez y entregó las once carteras exclusivamente a militares. Harry Kantor, el exégeta del aprismo, critica por ello a Bustamante con tan candorosa ingenuidad que obliga, sin remedio, a la sonrisa: «Compárese esto», ejemplifica, «con el Gabinete del general Eisenhower quien, no obstante ser él mismo un soldado profesional, tiene un gabinete ciento por ciento civil».²⁴ Ya sabemos que el Gabinete Eisenhower de 1953 era el «Gabinete Cadillac», y pudo haber sido el Gabinete del doctor Caligari, por la monstruosidad de las mentes «civiles» que lo integraban. Sabemos que aquellos belicistas «civiles» eran la máxima representación de los *big-big-business*, resueltos a llevar a la humanidad a una tercera guerra,

²⁴ Harry Kantor: *Ideología y programa del movimiento aprista*, México, 1955, p. 40.

atómica y hasta de hidrógeno, para incrementar sus inversiones y ganancias computadas con cifras logarítmicas. Solo al profesor de la Universidad de Florida, que en España quedaría clasificado entre lo que el pueblo llama «almas de cántaro» (o de kántaro), se le podía ocurrir semejante ejemplo. Pero, bueno, esa era la manera de ver las cosas de muchos «liberales democráticos» norteamericanos de la época. En ese Gabinete de Bustamante figuró, como ministro de Gobierno, el entonces oscuro coronel Manuel Odría.

En una transacción con la oligarquía, los apristas habían contribuido a la elección de Bustamante por el Frente Democrático en 1945. Obtuvieron entonces veinte senadores, sobre cuarenta y seis, y cincuenta y ocho diputados, sobre 132. A cargo de esos legisladores apristas corre la cesión del desierto de Sechura a los grandes intereses monopolistas de las petroleras yanquis, lo que, naturalmente, les elogia Kantor. En 1947 se rompió el frente oligárquico, como tenía que ser. Entre suspensiones de garantías constitucionales, supresión de concejos municipales y huelgas en Lima y El Callao ordenadas por los apristas, llegó el 3 de octubre de 1948.

En El Callao estalló una sublevación armada de oficiales de la marina. Hubo lucha cruenta de dos o tres días y, al final, el ejército y la aviación dominaron la revuelta, con el saldo de un centenar de muertos. El papel de los apristas en estos sucesos es turbio, pero parece que un sector, el de los más violentos e impacientes, quiso copar el golpe a su favor, contra los planes elaborados por la alta dirección del partido.²⁵

²⁵ En su libro *El APRA. Del oportunismo a la traición* (La Habana, 1963), César Jiménez da esta versión de los acontecimientos: «La dirección del Apra trató desesperadamente de tomar el poder, para lo cual organizó otra conspiración militar. Esta fue conocida como “Plan G” de Haya de la Torre. Consistía en la preparación de un “cuartelazo” con algunos altos oficiales y hasta con algunos generales, de ahí la “G”. Se constituiría una junta militar, la cual convocaría luego a elecciones, entregándole el poder al “electo” Sr. Víctor Raúl Haya de la Torre. No resultaba muy difícil atisbar detrás de ello las influencias de sectores reaccionarios “internos” y “externos”. Pero el “Plan” se echó a perder. Un sector de apristas del “Comando de defensa” –organización conspirativa civil y militar del Apra–, descontento con los planes de su dirección, organizó otra conspiración con tropas y oficiales de baja graduación, además de unos pocos oficiales de alto rango. Su plan consistía en asestar un golpe sorpresivo en diferentes lugares con ropa y civiles apristas, apoderarse de posiciones estratégicas y de equipos y armamentos importantes y proceder luego a

Aquí no corresponde hacer historia del aprismo, ni análisis de sus tesis, contradicciones, claudicaciones, contorsiones políticas y justificaciones sofisticadas. Eso está fuera de este mapa hablado. No obstante, la cita tomada de un testimonio del propio alto mando aprista de la época se impone, siquiera porque nos descubre la basura acumulada bajo la alfombra que vientos posteriores vinieron a revolver con sus inevitables miasmas y emanaciones. En un extenso documento dirigido al «compañero jefe» Haya de la Torre, el 11 de junio de 1954, por los secretarios generales y del exterior, Manuel Seoane y Luis Barrios, respectivamente, al referirse a la situación posterior a 1945, dice:

Por falta de suficiente vida democrática dentro del partido se produjo un involuntario y sutil, pero efectivo, distanciamiento entre las masas y su dirección. Este cuadro general sirvió de marco a los sucesos del 3 de octubre que determinaron la aparatosa caída del partido. Es verdad inconcusa que fueron fríamente planeados por un reducido grupo de ambiciosos y traidores sin escrúpulos. Pero, ¿por qué ellos lograron arrastrar a tantos leales militares, que se jugaron la vida o la perdieron convencidos de que se sacrificaban por el partido? ¿Era simplemente la sorpresa en las órdenes? No, compañero jefe. Había un asidero para la indisciplina basado en el descontento o la desesperación de las masas partidarias. Ya el 6 de enero de 1948 se había producido un alarmante anticipo que demostró la contumacia de los traidores y la inoperancia del aparato disciplinario del partido para refrenarlos y eliminarlos.²⁶

“entregar armas al pueblo”, según su decir. Dueños del poder “arreglarían” la situación con los “líderes” del Apra para entregarles el gobierno bajo ciertas “garantías”. La insurrección estalló en la madrugada del 3 de octubre de 1948, pero fue traicionada por los propios líderes del aprismo, quienes desorganizaron la insurrección mediante contraórdenes, acusaron a los organizadores de “comunistas” y luego huyeron cobardemente a refugiarse en las embajadas diplomáticas. Los jefes abandonaron así a sus dirigidos. La insurrección fue aplastada después de una heroica lucha de los marineros sublevados de la flota, la escuela naval y el arsenal naval, respaldados por “defensas” civiles del Apra. El partido aprista fue ilegalizado» (pp. 32-33).

²⁶ *Carta del Comité coordinador al jefe del partido del pueblo*. Texto completo reproducido por Rogger Mercado en *Vida, traición y muerte del movimiento aprista*, Lima, 1970.

Bustamante no tenía interés alguno en discernir ese género de responsabilidades dentro de los *ad lateres* del «compañero jefe», y sí mucho en barrer a este, con aquellos y con todos los apristas del Perú. Por consiguiente, ilegalizó al partido, encarceló a más de mil de sus miembros y ordenó la ocupación militar de los locales y el cierre del periódico *La Tribuna*. La dirigencia logró ocultarse en espera de los acontecimientos, pero estos no le fueron nada favorables. Todo lo contrario.

La crónica de la llamada Revolución restauradora de Arequipa, que encabezó Odría el 27 de octubre de 1948, lo pinta lleno de hesitaciones, nada marcial, nada resuelto al todo por el todo, a mojarse los pies en su Rubicón, que, en este caso, pudo haber sido el Rimac. Uno de sus compañeros de conspiración, el capitán Vargas Mata, evocó años después: «en realidad, a Odría se le llevó de la mano desde el planeamiento de la revolución hasta sentarlo en la silla de Pizarro».²⁷ César Jiménez coincide, desde otra posición:

Para las páginas cómicas de la historia peruana quedará el recuerdo de una delegación que viaja apresuradamente a avisar al fugitivo general Odría que había triunfado su gallarda Revolución restauradora.²⁸

En efecto, Odría fue llevado en avión a Lima el 30 de octubre, una vez expulsado Bustamante, y conducido a Palacio en automóvil cerrado. Llegó con las botas secas, pero no limpias.

Porque si algo restauró la pomposa *restauradora* fue los más sórdidos intereses, con personajes acordes con ellos. Nadie se engañó entonces y los hechos lo evidenciaron en los años inmediatamente posteriores. La revista *Oiga* recuerda:

Como dirían después muchos, «hubo una siniestra y oculta fuerza detrás de Odría: la reacción peruana, los exportadores, la ultraderecha que ambicionaba aumentar sus ingresos con la subida del dólar, el cese de los controles y el tristemente célebre *comercio libre* que no es sino el enriquecimiento de unos pocos a costa de

²⁷ «El cuartelazo de Odría», en revista *Oiga*, Lima, núm. 397, 31 de octubre de 1970.

²⁸ César Jiménez: ob. cit., p. 33.

la miseria de la población en general». El cuartelazo había triunfado, y con él quienes lo auspiciaban: la derecha, a través de Pedro Beltrán, asesorado por Eudocio Ravines. Este era solo un «golpe» más. Se iniciaba el ochenio...²⁹

Odría había dicho en su proclama de Arequipa que colgaría de los postes de Lima a los apristas, «lamentando que no los hubiera en número suficiente para hacer un escarmiento en regla». Así advertidos, los dirigentes del Apra no perdieron tiempo. Haya de la Torre se asiló en la embajada de Colombia en enero de 1949 y allí permaneció hasta 1954. El resto de la alta jerarquía aprista salió del país como pudo. La diáspora abarcó casi toda la América Latina y, en 1953, había Células o Comités de Apristas Peruanos (CAPS) en México, Santiago de Chile, Buenos Aires, Panamá, Caracas, Bogotá, Puerto Rico, La Paz, La Habana, Costa Rica y Guatemala.³⁰

²⁹ Revista *Oiga*, art. cit.

Respecto de Eudocio Ravines es, como se dice en el Derecho Procesal, «cosa juzgada». Esta sentencia de Jiménez tiene el consenso general: «E. R. participó en la organización de los núcleos apristas en Europa. Después se unió al Partido Comunista, donde llegó a ser su secretario general. Su nombre está unido al de una política sectorial, intolerante, enemiga de la crítica, liquidacionista de militantes honrados. Cayó en el trotskismo. Después viró al derechismo. Por último se convirtió en agente descarado del Departamento de Estado yanqui. Expulsado, repudiado por todos los sectores políticos, su nombre en el Perú es sinónimo de traición y podredumbre moral. Es uno de los actuales “campeones del anticomunismo”. Hasta sus amos sienten asco hacia él». Ravines fue expulsado del Perú por el actual gobierno como indigno de ser peruano. Un modo de conocer su verdadera catadura es leer –dominando la repugnancia que inspira– su libro *América Latina, un continente en erupción*, texto típico de un plutogogo mercenario de menor cuantía (La Habana, Editorial Librerías Unidad, S.A., 1960).

³⁰ Aunque hubo apristas que, según Kantor, sirvieron hasta a la ORIT, que es como decir la AFOL (American Federation of Labor), y, a través de esta, la CIA, no todos fueron de esos. Conocí muy de cerca a casi todos los integrantes del CAP de Guatemala. Pedro Muñoz, uno de los prófugos de la embajada cubana en Lima, era ingeniero de minas y fue asesor técnico del Instituto de Minería de Guatemala, del cual fui abogado asesor en 1949-1951. Otros, como Andrés Toundsend Ezcurra, Guillermo Vegas León, Jorge Raygada, fundaron la revista *Istmania*, de estilo informativo moderno. Jorge León Seminario fue asesor técnico del Instituto de Fomento Cooperativo. Debo decir que este equipo no usó mal de la hospitalidad que le brindó el presidente Arévalo, gran admirador de Haya de la Torre, a quien acogió como «huésped ilustre» en 1946.

Constitucionalmente, ni como militar ni como presidente *de facto* en ejercicio, Odría podía ser candidato en las elecciones de 1950, que él convocó. Pero el jurado electoral, que él mismo designó, lo declaró elegible y anuló las candidaturas de dos posibles contendores. El ejército acalló una protesta en Arequipa, con el inevitable saldo de muertos y heridos, y luego asumió la responsabilidad de «garantizar el pacífico desarrollo del proceso electoral». Gracias a todo ello, Odría pudo decir en su discurso del 28 de julio de 1950, que tituló *Programa de acción*, que su elección había sido «el producto incuestionable del voto popular, expresado en forma abrumadora». Muy parecida en el rejuego fue la igualmente «abrumadora» elección de su discípulo de Caracas, según se ha visto.

Tan parecidos eran Odría y Pérez Jiménez que Eisenhower consideró adecuado no establecer diferencias entre ellos. Los dirigentes apristas expresaban en su carta-reproche al «compañero jefe» cómo no podían olvidar «que el general Eisenhower condecoró al general Odría, no obstante ser este un genocida y despótico asaltante del poder que puso fuera de la ley al partido de las mayorías nacionales» y se dolían de «una mengua en el tono combativo y crítico del antimperialismo del partido». Hasta John Gunther encontró fea la condecoración a Odría, de quien dice en su libro:

En aquella época se le consideraba representante de la extrema derecha, y los círculos liberales de todo el Continente se estremeron cuando el presidente Eisenhower lo premió con la misma condecoración que impuso a Pérez Jiménez, el dictador venezolano.³¹

La condecoración y un préstamo de 30 millones de dólares solo eran pequeñas muestras de reconocimiento a Odría por parte del gobierno de los grandes negocios. Está de más decir que el «soldado de Arequipa», como esos jóvenes locos que salen en cualquier ciudad norteamericana disparando a todos lados, hacía fuego tanto contra apristas como contra comunistas. Y esto era un título honorífico de acentuado carácter macartista, como lo era el Pacto militar de defensa mutua firmado en 1952 al igual que Brasil, Ecuador y Cuba. Pero

nada era tan altamente estimado en la capital financiera e industrial del imperialismo como la «actitud positiva» de Odría frente a los considerables intereses fincados en el Perú, que hacían de este uno de los más preciados «santuarios de lucro». Para Gunther, el Perú era «el máximo ejemplo sudamericano de economía colonial» y, según su propio testimonio, seguía siendo «un país lleno de intereses industriales y comerciales extranjeros» hasta muy poco antes del movimiento revolucionario de la fuerza armada.

Desde 1920 unas seis grandes empresas yanquis se repartían la explotación de las riquezas peruanas. La Cerro Pasco Cooper Corp. exportó en su mejor momento el 95 % del cobre, el 75 % de la plata y el 50 % del oro del Perú. La International Petroleum Co. (IPC), de la Standard de New Jersey, era ama y señora del petróleo, y la International Telegraph and Telephone (ITT), por supuesto, lo era de los teléfonos. En el momento actual, ni la Cerro Pasco, ni la IPC ni la ITT necesitan presentación; los procesos revolucionarios del Perú y Chile las han exhibido al desnudo. Por su parte, la W. R. Grace & Co., con casi medio centenar de empresas diferentes, era productora mayoritaria de algodón y azúcar, y la mayor exportadora del país. En menor escala, también participaban intereses ingleses, italianos, japoneses, etc. Sería necesario un escalpelo muy fino para llegar hasta las fibras que interrelacionan unos intereses con otros.

Odría sirvió espléndidamente a esos y a otros intereses. Estos otros se llamaban exportadores y hombres de negocios peruanos, entre los cuales Pedro Beltrán Espantoso era figura eminente. Anteriormente estos y las empresas yanquis estaban sujetos al control de divisas por el Banco Central. Odría suprimió dicho control, introdujo el cambio libre, y los magnates del azúcar, del algodón y del arroz bailaron de contento y dispusieron libremente de sus dólares. Las empresas monopolistas remitieron sus ganancias alegremente a los Estados Unidos, sin freno alguno. Pero el sol (unidad monetaria peruana) entró en picada y la inflación golpeó a las pobres gentes que no negociaban con dólares. Hubo prosperidad, es verdad, pero de ella solo se beneficiaron dos peruanos de cada diez. La Ley de petróleos emitida por Odría, que, según este, «convertiría al Perú en una nación muy rica», fue conceptuada en la revista *Time* (24 de mayo de 1952) como «de lo más encomiable» por un vocero de la IPC.

La excelencia del clima peruano creado por Odría para las inversiones extranjeras se reflejó no solo en la condecoración, sino también en el envío a Lima de Claude M. Courand, director de la Agencia de Obtención de Materiales para la Defensa, con rango de ministro, donde instaló su cuartel general. Con palabras tomadas de *Time* (el 6 de octubre de 1953) diré que el objetivo de Courand en Lima era «acelerar la producción de materias primas estratégicas para el programa de almacenamiento y armamento de los Estados Unidos», tales como níquel, tungsteno, cobalto y cualesquiera otros «artículos de oferta reducida sobre los que pueda poner sus manos». Declaró este híbrido de saqueador y diplomático que esperaba «lograr que los gobiernos aumenten la producción de metales y minerales empujándolos a crear condiciones justas para el desarrollo de la minería». Y algo más: que «se encuentra en Perú porque cree que el nuevo código minero y petrolero del presidente Odría ha creado las condiciones justas». Nada mejor que el Perú de 1953 para conocer la traducción real de esa frase yanqui: «condiciones justas».

En el orden internacional hubo dos circunstancias que hicieron a Odría, por una parte, una especie de *vedette* de las agencias noticiosas, y, por la otra, el eje alrededor del cual giró una compleja política del Cono Sur, que involucró al Brasil, a la Argentina y a Chile. La primera circunstancia fue todo un gran espectáculo montado por Odría desde 1949 con Haya de la Torre como estrella de primera magnitud, y sostenido hasta 1954. Como se recordará, el «compañero jefe», que se hacía llamar *Pachacutec* por sus adoradores, se asiló en la embajada de Colombia para no ser el primer colgado de un poste de Lima, según la sentencia de Odría. Pero este estaba empeñado en no soltar a tan precioso rehén, literalmente, el más gordo de los peces posibles, y así convirtió la embajada colombiana no solo en cárcel, sino en plaza sitiada. Ocupó todos los edificios de los alrededores y abrió trincheras en las calles adyacentes, de modo que Haya no pudiera escapársele de ningún modo. Tenía el ingrato recuerdo de los dirigentes que se le habían evadido de la embajada de Cuba dentro del maletero de un automóvil, episodio que originó la ruptura de relaciones con el gobierno de Prío.

Odría se negaba a extender el salvoconducto a Haya, considerándolo reo de múltiples delitos comunes y exigía a Colombia su entrega, por ser improcedente el asilo. Los gobiernos colombianos del bi-

nomio Gómez-Urdaneta y de Rojas Pinilla, que habían heredado el problema de Ospina Pérez, sostenían el principio de que, conforme al Tratado de Montevideo de 1954 sobre asilo, procedía extender el salvoconducto al asilado, puesto que la calificación de político o común, correspondía al gobierno que otorgaba el asilo. La Corte Internacional de La Haya, hasta la cual llegó el sonado diferendo, produjo un fallo irrisoriamente salomónico: declaró que Colombia no estaba obligada a entregar a Haya puesto que este, por la ficción de la extraterritorialidad, estaba en territorio colombiano, y que Odría no estaba obligado a dejarlo salir, puesto que se encontraba en territorio peruano, dentro de la soberanía peruana. Solo en 1954, por orden norteamericana y con vista a la X Conferencia Interamericana de Caracas, Haya pudo dejar el asilo. Lo que entonces dijo e hizo, en la escala de las claudicaciones, pertenece a otra historia, no a este mapa hablado. De allí nació la extensa carta plañidera que le dirigieron sus amados discípulos en 1954.

La otra circunstancia fue el viaje de Odría a Rio de Janeiro. Pero como esto involucra a otros gobiernos sudamericanos, prefiero hablar de ello en capítulo aparte.

55-12° lat. S

35-82° long. O

Cruce de vías en el Cono Sur

El general Carlos Ibáñez del Campo tomó posesión solemne de la presidencia de Chile el 3 de noviembre de 1952. Aunque su elección debió ser ratificada por el Congreso por no haber alcanzado la mayoría absoluta, fue inobjetablemente popular. El electorado votó, en primer término, contra la desesperante inflación que ahogaba a las amas de casa y al resto de las masas populares. Pero votó también contra lo que había representado su antecesor Gabriel González Videla, que el propio Ibáñez enjuició así en sus declaraciones del 12 de septiembre:

[...] la política exterior del régimen que acaba de ser repudiado por el pueblo ha carecido de dignidad e independencia y ha sido política de sometimiento y vasallaje [...]. Oportunamente expresé las

razones por las cuales consideré este pacto [militar con los Estados Unidos] como inconveniente para la unidad latinoamericana.

El programa electoral era concreto y convincente, y logró coligar a una serie de fuerzas heterogéneas pero patrióticas: entre otras cosas, prometía derogar la odiosa Ley de defensa de la democracia y restituir, por ende, su legalidad al Partido Comunista; denunciar el llamado Pacto de seguridad mutua; estrechar vínculos con los pueblos de la América Latina; reanudar relaciones con la Unión Soviética y comerciar con todos los países del mundo y, finalmente, preparar el camino para recuperar las riquezas naturales en poder de los grandes monopolios mineros yanquis.

Ibáñez se encontraba en Buenos Aires cuando lanzó su candidatura como independiente, y sorprendió a los partidos históricos oligárquicos, el conservador, el liberal y el radical, que, profundamente agrietados y sumamente desprestigiados ante la opinión pública, atravesaban momentos críticos.

Ibáñez tenía antiguos vínculos con la Argentina, pues allí había transcurrido su exilio después que un movimiento puso fin a su primera presidencia, en 1930. De esta circunstancia se valía la lengua bífida, interna e internacional, de la reacción. Atacaba el programa de Ibáñez, en cuanto tenía de antimperialista y de efectivamente democrático, presentándolo como de inspiración peronista. La voz cantante en esta propaganda la llevaba el embajador norteamericano en Santiago, Claude G. Bowers, tan compinche de González Videla como Tom Whelan de Somoza, por ejemplo, en esa misma época. En esta injerencia electoral, tuvo Bowers otro colega parecido: Spruille Braden contra Perón, en la Argentina, en 1946. Ibáñez triunfó, y el embajador yanqui tuvo que salir de Chile, a su tiempo. La propaganda tendiente a presentar a Ibáñez como influido por Perón y a este como fascista, tendía a abrir un foso entre el nuevo mandatario y las izquierdas chilenas. Los resultados electorales demostraron que la propaganda no había dado resultado, lo cual es fácilmente explicable. En primer lugar, la acusación de fascista era un disco de 78 rv/s para fonógrafo de cuerda, en la época de los LP de 33 rv/s. Ya nadie escuchaba esa canción que pudo haber sido eficaz cuando los perritos escuchaban la «voz del amo» con la oreja pegada al conocido megáfono. En 1953 –y desde 1947– el propio imperialismo había puesto de moda otra to-

nada: la del «comunismo internacional», que entonces orquestaba a todo volumen contra Guatemala y contra la Guayana inglesa. ¿Podía alguien creer que el imperialismo yanqui, a esa altura de la Guerra Fría, considerara al fascismo como delito terrenal y pecado celestial, cuando el mismo anidaba redivivo, rabioso y bien alimentado, en el propio seno del sistema, bajo la nueva montera del macartismo? Esto y más sabían, por otra parte, las izquierdas chilenas, que, fricción más o menos, se hallaban entre las más maduras, coherentes y firmes de la América Latina. Los veinte años corridos desde entonces lo demuestran, con Allende a la cabeza.

Perón había sido elegido también por segunda vez en 1951, conforme a la reforma constitucional de 1949. Si entre la primera y la segunda elecciones de Ibáñez habían mediado veintidós años, entre las de Perón no mediaba ni un día. Pero es un hecho que también en esta ocasión se expresaba la voluntad mayoritaria de las masas argentinas, cualesquiera que fueran los ajustes del censo electoral y las redistribuciones regionales del sufragio.

Además del cargo de fascismo, la campaña contra el régimen peronista cargaba sobre sus espaldas todas las culpas de un estado crítico en la situación económica y política del país. Se magnificaba lo que era una situación real, consecuencia de múltiples factores internacionales. Se exageraba la inflación y hasta se vaticinaba que Perón, sin Evita, muerta en 1952, no podría conducir a las masas, atraerlas, como había hecho aquella. Con esto se perseguía distorsionar los hechos para presentar el evidente apoyo popular al régimen peronista como el fruto de una desenfadada demagogia. *New York Times*, *Time*, *International Financial Times* figuraban entre los más gárrulos en la ruidosa campaña. La revista mexicana *Índice* resumía esta situación así:

Por otra parte, la injerencia norteamericana en los asuntos internos de Argentina ha sido denunciada con frecuencia y las manifestaciones hostiles contra el peronismo por parte de Norteamérica han hecho que el régimen de Perón sea enemigo acérrimo de los norteamericanos y su penetración en la propia área de influencia del peronismo.³²

³² Revista *Índice*, México, núm. 5, julio-septiembre de 1952.

Índice no era precisamente simpatizante de Perón.

Al ofrecer esa imagen casi caótica de la economía y de la política argentinas, se perseguía desmoralizar al pueblo peronista que era inmensamente mayoritario, desprestigiar a quien lo guiaba y presentar al imperialismo como el *deus ex machina* que salvaría al país. En otras palabras: la presión se ejercía cada vez más para obligar a Perón a una claudicación. En el Brasil y en Bolivia pasaba lo mismo con Getulio Vargas y con el MNR. A Arbenz, en Guatemala, y a Jagan, en la Guayana Británica, se les aplicaría el otro método: el del garrote.

Desde 1945, Perón viene repitiendo una frase en la que sintetiza su pensamiento acerca del futuro latinoamericano. Desde entonces ha dicho que «el año 2000 verá a Iberoamérica unida o dominada». Muy pocos días antes de que yo llegara a este meridiano en mi mapa hablado, Perón reiteró otra vez esa convicción, en Madrid, en entrevista para la televisión española. El comentario de esa entrevista dijo, entre otras cosas:

El líder histórico del justicialismo rechazó de plano toda constitución de mercados comunes como camino de la integración. Es indispensable —expresó—, antes de ir a un mercado común, crear la comunidad de intereses. Señaló que durante su etapa de gobierno había sido emprendido pero que, posteriormente, hubo intereses imperialistas que nos pusieron el palo en la rueda, creando la ALALC (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio) y otros organismos similares (AFP, 31 de mayo de 1973).

Una coyuntura favorable para buscar esa unificación de intereses pareció ser la presencia en Chile, en 1953, de un gobierno de notoria raigambre popular, con un programa nacionalista y reivindicador, encabezado por un jefe militar que había hecho planteamientos políticos avanzados durante su campaña y que aparentaba, a pesar de sus setenta y cinco años, tener la energía y la firmeza necesarias para ratificar con los hechos sus enunciados doctrinarios. A eso se agregaba la feliz circunstancia geográfica de que ese régimen se inauguraba precisamente al otro lado de la cordillera, en la vecindad andina. Tal parecía entonces, y Perón consideró llegado el momento de iniciar el acercamiento.

En febrero de 1953, viajó a la provincia fronteriza de Mendoza y de allí, invitado por Ibáñez, cruzó los Andes y llegó a Santiago. Bowers

tronó casi hasta el paroxismo porque la presencia de Perón lo sorprendió dormido en su quinta de recreo, sin dejarle tiempo siquiera de prevenir al Departamento de Estado. Tronaron *El Mercurio*, de Santiago, y toda la reacción chilena. Tronaron Wall Street, los «amos de la prensa» yanquis y los diarios encadenados en la SIP. Era primario que la propaganda se dirigiera, fundamentalmente, a soliviantar el sentimiento nacional del pueblo chileno, presentando la visita como una ofensa a ese sentimiento y al país, poco menos que invadido, al igual que Checoslovaquia por Hitler en los inicios de la Segunda Guerra Mundial, como dijo literalmente algún periódico. El mejor termómetro para tomar la temperatura a la reacción que provocó este viaje de Perón a Chile es Bowers, puesto que él, por razón de oficio, daba el tono como fuente de donde emanaba la información que subía Washington y que era devuelta, debidamente procesada, en forma de consignas para la consiguiente campaña. Uno puede deducir lo que Bowers diría a Foster Dulles y al «Gabinete Cadillac», juzgando por lo que después escribió para el público. Como lo dice el sentido común, en un libro destinado a la publicidad debió empalidecer hasta lo incoloro los tonos cárdenos y violentos de sus informes diplomáticos confidenciales. No obstante, quedaron huellas de esos tonos aún después del necesario pulimento. Transcribo algunas líneas de *Misión en Chile* para que el lector tome el pálpito por sí mismo:

Los incidentes más dramáticos, e incluso espectaculares, de este período provinieron de la infortunada visita oficial del presidente Perón, el dictador de Argentina [...]. Cuando llegó yo me encontraba en Villa Alemana, congratulándome de estar fuera de la capital y libre de toda obligación de asistir a las funciones diplomáticas en su honor [...]. Desgraciadamente, las circunstancias iban a hacer inevitable que me encontrara con el dictador fascista. El presidente Ibáñez ofreció una recepción para él en La Moneda, y como una invitación a asistir es una orden, fui a Santiago, y sabiéndose que me encontraba en la ciudad, no hubo escapatoria a la recepción en la embajada argentina [...]. Pude observar que Perón poseía cierto encanto de modales; era gracioso, simpático, pero no sugería ni con mucho a un estadista serio. Más bien buen mozo y jovial, tenía una notable semejanza con los ociosos y *pijos* que frecuentaban los cafés en Nueva York [...]. La visita de Perón

fue un fracaso, pero la prensa dominada por él pintó en Buenos Aires cuadros luminosos de la emotiva y afectuosa recepción que le brindó el pueblo chileno.³³

El 21 de febrero de 1953, Perón e Ibáñez firmaron el Acta de Santiago de Chile, en la cual los gobiernos de la Argentina y Chile se comprometieron a coordinar sus esfuerzos para alcanzar los ideales de solidaridad que animaron «la unión de Argentina y de Chile en las gestas históricas de la Independencia». *Índice* es un buen reflejo de cómo vieron los observadores objetivos la visita de Perón a Chile. Comentó dicha revista:

Con motivo de ella se perfilaron más claramente que nunca las tendencias que buscan la formación de un bloque sudamericano para luchar en el campo internacional. Se considera que, en gran medida, a eso obedece la efervescencia diplomática que reina en Sudamérica. Además del sentido político interior que en cada país tuvo la visita, tendió a demostrar al nuevo gobierno de los Estados Unidos que la Argentina no está sola, a la vez que dio la oportunidad para que se firmara un pacto encaminado a llegar a suprimir las aduanas de ambos países en su comercio recíproco, aboliendo los impuestos que lo gravan [...] y no cabe duda respecto a que en una importante medida, la posición económica de ambos países puede fortalecerse en virtud de la unión estipulada inicialmente en Santiago de Chile.³⁴

Siendo así, el Acta de Santiago de Chile no podía ser nada grata al imperialismo. Mucho menos cuando, en cumplimiento de sus disposiciones, Ibáñez devolvió la visita a Perón en Buenos Aires y firmó con él un Tratado de unión económica chileno-argentina, el 8 de julio de 1953. Este tratado, según dijo Ibáñez en el Congreso argentino, era «el paso inicial para la adhesión, con iguales fines, de los demás hermanos de nuestra América Latina». Esa era precisamente la rueda donde había que meter el palo, según la imagen típicamente gráfica de Perón. El palo, desde luego, ya estaba hecho y tenía marca, como los bates *Spaulding (made in USA)*. Marca y dedicatoria.

³³ Claude G. Bowers: *Misión en Chile 1939-1953*, Santiago de Chile, 1957, pp. 381-383.

³⁴ Revista *Índice*, México, núm. 8, abril-junio de 1953.

Paulo R. Schilling, economista y sociólogo, brasileño y marxista, ha situado a Getulio Vargas con toda justicia en el prominente lugar que le corresponde entre las grandes figuras del Brasil. No es un apolo-gista ni un detractor, sino un intérprete del proceso histórico-social brasileño y un crítico severo de sus protagonistas, lo cual refuerza la autoridad de sus enjuiciamientos. En uno de estos dice de Vargas:

En vez de buscar unidad con los países de la América pobre, único modo de hacer frente con éxito al imperialismo yanqui, Vargas en más de una oportunidad y en flagrante contradicción con su política interna nacionalista, sirvió de instrumento a los Estados Unidos.³⁵

El mismo escritor pone como ejemplo de esa contradicción de Vargas «el apoyo a la doctrina intervencionista de Foster Dulles, en la Conferencia Panamericana, que dio origen al aplastamiento del gobierno democrático de Arbenz». Personalmente fui testigo de otra contradicción, en Washington, en 1951 durante la IV Reunión de Consulta de la OEA, cuando el canciller del Brasil era João Neves da Fontoura, un petiso capaz de cargar sobre sus espaldas, como Hércules, nada menos que al mundo de la Esso Standard Oil, de la cual era abogado. Y como si este no hubiera sobrado para evidenciar la línea de total obsecuencia de la delegación brasileña frente a las exigencias yanquis de embarcarnos en su agresión a Corea, uno veía deambular en las salas y corredores de la Unión Panamericana de Washington a otro miembro de la delegación brasileña, también coloso del entreguismo: Assis de Chateaubriand, dueño de una cadena de treinta y dos periódicos (*Diarios Asociados*) y de otra de radiodifusoras. Proporcionalmente, un William Randolph Hearst brasileño, cuyas tesis eran como estas: «el nacionalismo perjudica al país (Brasil)» o «Brasil está moralmente obligado a enviar tropas a Corea».

Tales tesis esgrimía Chateaubriand en apoyo del embajador brasileño en Washington, Moreira Salles, quien, a fines de 1952, había hecho declaraciones contra el «nacionalismo» brasileño, es decir, contra la política de Getulio Vargas. Caso insólito de un diplomático que desautoriza públicamente la política del mismo gobierno al que representa. Al mismo tiempo, Chateaubriand defendía, como senador que era, el pacto militar con los Estados Unidos, que el Senado debía

³⁵ Paulo R. Schilling: *Brasil para extranjeros*, Montevideo, 1967, p. 149.

ratificar. La reacción nacional era de repudio a ese instrumento de dominación y entrega. Diarios nada antiyanquis, como *Noticias Gráficas*, *Crítica* y *La Época*, calificaron a Chateaubriand de «ejemplo de entreguismo y traición en el Brasil», y hasta el proimperialista *Correio de Manhã*, dijo que, por el pacto, «Brasil se obliga a cumplir planes cuya determinación depende en última instancia del gobierno norteamericano».

Esos hechos y otros muchos constituían, en efecto, un chocante contraste con los lineamientos de la política de Vargas frente al capital extranjero, y, más que con los lineamientos, con los hechos. Porque Vargas denunciaba enérgicamente el inconmensurable saqueo a que aquellos capitales tenían sometido al país, y adoptaba medidas defensivas para frenar ese saqueo. Procuraba rescatar lo ya entregado y, ante todo, defendía con tenacidad inquebrantable lo que todavía estaba en poder de los brasileños: su petróleo. Ellos, el pueblo, habían sabido impedir que esa riqueza fuera entregada a manos extranjeras, desde 1948. Vargas, con la ley 2004, del 3 de octubre de 1953, que creó el monopolio estatal *Petrobras*, dio justa culminación a esa lucha. Era su misma batalla de veinte años atrás, jalonada con los códigos de minas y aguas, con la creación del Consejo Nacional del petróleo y con muchas otras medidas que eran otros tantos cerrojos contra el asalto alevoso del capital imperialista en la zona petrolera del Brasil. Fresca todavía la tinta con que había firmado la ley 2004, Vargas redactaba otra para crear *Electrobras*, a fin de romper los grilletes de la *Linght and Power* y de la *Bond and Share*.

Era evidente que esa dualidad de política obedecía a causas muy poderosas que escapaban al control del propio Vargas. No a una inconsecuencia, ni a un juego peligroso por lo ingenuo, que a nadie hubiera podido engañar de haberlo pretendido. Esa dualidad era la manifestación externa de una situación concreta en ese momento histórico. Es necesaria una breve explicación.

Como Ibáñez y como Perón, Getulio Dornelles Vargas fue elegido por segunda vez, en 1950, por el auténtico pueblo brasileño. «Las asambleas políticas parecían actos prerrevolucionarios. El entusiasmo era enorme, la esperanza sin límites. El día de la victoria fue una verdadera fiesta popular», dice Schilling. Sin embargo, esa legítima y explosiva alegría de las masas tenía un trasfondo de tragedia parecido

al del carnaval carioca de *Orfeo negro*. Las mismas fuerzas torvas que habían derrocado a Vargas en 1945, con el embajador yanqui Adolf Berle a la cabeza, por su línea nacionalista y antimperialista, estaban no solo tan vivas como entonces, sino mucho más fuertes y agresivas. Su antecesor, Eurico Gaspar Dutra, anfitrión de Truman y del panamericanismo para la firma del Tratado de Asistencia Recíproca de 1947, había destruido la obra del primer gobierno nacionalista y abierto de par en par los portones del inmenso país al capital extranjero.

Como dice Miguel Arraes,

Las condiciones externas eran, sin embargo, totalmente diferentes [a las del primer gobierno: 1930-1945]. Aquella relativa debilidad de las presiones imperialistas durante la Segunda Guerra Mundial, situación que Vargas supo aprovechar admirablemente, desaparece. Con el fin de la guerra, el imperialismo norteamericano, fortalecido por la victoria obtenida contra el nazismo, se hizo mucho más agresivo que anteriormente. Al transformarse en el complejo económico más poderoso del mundo, los Estados Unidos se volvieron decididamente hacia la América Latina como zona preferencial de su exclusiva influencia económica y política. Obviamente esta nueva ofensiva imperialista marcaría profundamente la vida del Brasil.³⁶

Esa ofensiva contó con poderosos aliados dentro del país en los campos económico, político, militar y parlamentario. Vargas tuvo que hacer concesiones iniciales y admitir la coparticipación en el gobierno de semejantes aliados, con la esperanza de recuperar el dominio total del poder y liberar al país de una vez. Esto fue lo que no pudo hacer. Abrumado por el inmenso enemigo y sus aliados, se suicidó en 1954.

La política exterior estaba en manos de la reacción, representada en Itamarati por Neves da Fontoura, y esto explica lo que dice Schilling, lo que yo vi en Washington, lo del pacto militar y lo que siguió a la visita de Perón a Chile, es decir, la invitación a Odría para visitar el Brasil. Fue la réplica del tradicionalismo hegemónico brasileño sobreviviente en Itamarati y de la rivalidad histórica con la Argentina en el predominio rioplatense y sudamericano. El viejo sueño subimperialista que aun hoy alienta en el régimen militar del

³⁶ Miguel Arraes: *Brasil: Pueblo y poder*, México, 1971, pp. 51-52.

Brasil, fomentado jugosamente por la política tortuosa de Nixon. Competencia entre los dos grandes del Sur que se remonta a la época colonial, cuando portugueses y españoles se disputaban el dominio del Plata, y prosigue a través del siglo XIX escalonada con episodios como el de la Provincia Cisplatina, las intervenciones en Uruguay, la rivalidad con Rosas, la partición del Paraguay después de la inicua Triple Alianza, todo con ingredientes de imperialismos mayores anglo-franceses.

El 22 de febrero de 1953, al día siguiente de la firma del Acta de Santiago de Chile, Neves da Fontoura inició el ataque contra la política de acercamiento chileno-argentino. Siguieron las cadenas de prensa y radio de Chateaubriand y todo lo demás que dije en líneas anteriores. La política de acercamiento fue descrita como un peligro para los países de la América del Sur, expuestos a ser dominados por el expansionismo totalitario argentino. Los términos «hegemonía», «prepotencia» y «bloques agresivos» fueron masticados millones de veces en las rotativas y punteados en los teletipos. Habilidadosamente, se contrapuso la exaltación del panamericanismo, como aspiración continental, a «la concertación de pactos regionales que conspiran contra el ideal americanista y contra la armonía hemisférica», etcétera.

Por ejemplo, *La Prensa*, de Lima, en su editorial del primero de marzo de 1953, decía:

La invitación formulada por el presidente del Brasil al presidente del Perú para que visite el gran país del Atlántico, constituye una nueva prueba de que entre ambas naciones está afianzándose una amistad llamada a fecundas realizaciones en el campo de la colaboración, de la solidaridad y de la armonía americanas. [...]. El Brasil y el Perú, naciones tradicionalmente respetuosas del orden jurídico internacional y decididas defensoras del sistema regional americano que tan nobles frutos ha dado, no podían permanecer aisladas en este instante histórico en que una nube amenazadora se cierne sobre el continente, con serio peligro para la armonía reinante. Ambas naciones ocupan, como bien lo dice *El Mercurio* de Santiago de Chile, situaciones decisivas en el escenario americano, y están, en frase del gran diario chileno, «muy estratégicamente colocadas en contra de toda fragmentación hemisférica» [...]. El Perú y el Brasil han dicho dicho ya claramente que no tienen ninguna pretensión fuera de sus fronteras, que no desean otra cosa

que mantener buenas relaciones con los demás países, y que así como no piensan inmiscuirse en la política interna de otros países, tampoco tolerarán que su propia soberanía pueda ser vulnerada por la intervención.

El *New York Herald Tribune* dijo (3 de septiembre de 1953) que «algunos» veían en la invitación brasileña a Odría «una respuesta a las ambiciones del presidente Perón, especialmente su reciente convenio con el presidente Ibáñez»; *Panamá-América* (18 de septiembre de 1953), que el panamericanismo estaba gravemente amenazado por «la política de bloques regionales preconizada por el general Perón»; *Time* (7 de septiembre de 1953), que «el Perú es celoso de su antiguo adversario Chile, como el Brasil lo es de Argentina, y no quiere ser parte de la unión económica que propugnan Perón e Ibáñez»; *El País*, de Montevideo (28 de agosto de 1953), que la posición del Brasil y el Perú «viene a poner fin a la interrogante abierta ante la unidad continental cuando los presidentes de Argentina y Chile decidieron hablar acerca de una especie de *integración* político-económica...» y recordó «el artificioso bloque austral tan acariciado por los geopolíticos peronistas, desde el ya lejano día en que el GOU argentino lo proclamó»; *La Mañana*, también de Montevideo (30 de agosto de 1953), que «se trata, en suma, de un rudo golpe asestado en forma habilísima y oportuna, a los ambiciosos propósitos que alentaba Buenos Aires».

Odría permaneció en el Brasil entre el 25 de agosto y el primero de septiembre de 1953. Firmó dos declaraciones conjuntas con Getulio Vargas: una, reafirmando la tradicional amistad, proclamando la inexistencia de problemas territoriales o políticos, declarando los propósitos de buena vecindad con todos los países de América y, en fin, reafirmando los principios e ideales democráticos; y la otra, sobre puertos fluviales libres en la cuenca amazónica. Los ministros de Relaciones Exteriores firmaron cinco acuerdos relativos a medios de transporte y puertos libres, desenvolvimiento del intercambio comercial, desarrollo de materias primas, intercambio censal y transporte aéreo. Pero el canciller brasileño ya no era Neves da Fontoura, sino Vicente Rao. Este fue veraz en su discurso, cuando concluyó así: «Me place recordar en este instante que el trabajo inicial que hoy se plasma, pertenece a mi antecesor, el señor Ministro João Neves da Fontoura, brasileño ilustre e insigne americanista». Era justo: en

realidad, quien había puesto el palo en la rueda había sido él. No Getulio Vargas.

No era su política. Vargas había concertado la unión económica de la Argentina, el Brasil y Chile, con Perón, antes de que él e Ibáñez fueran presidentes. Pero cuando llegó el momento de concretar la idea en la cual, como en otros muchos aspectos de su política interna e internacional, había coincidido con Perón, no solo se encontró atado de manos, sino también obligado a actuar, bajo presión de las fuerzas que conocemos, en una dirección completamente opuesta a sus convicciones. Fue así como se cruzaron las vías de cuatro países del Cono Sur, en 1953.³⁷

10-22° lat. S

58-69° long. O

Frustración en el Altiplano

Cuando el gran movimiento popular del 9 de abril de 1952 se produjo exitosamente en Bolivia, el presidente Arbenz y su canciller estábamos enterados de los antecedentes de ese movimiento, de las fuerzas que en él participaban y de los objetivos inmediatos que perseguía, y, por ello, nuestro reconocimiento al nuevo régimen surgido del triunfo de las masas fue inmediato. El telegrama que firmé en ese sentido debió tener fecha 10 de abril, si no del mismo día 9. Nosotros no teníamos por qué esperar la señal de Washington para proceder a ese reconocimiento, como la generalidad de nuestros colegas latinoamericanos. Sin embargo, no fuimos los primeros. Momentos antes de nuestro mensaje de reconocimiento llegó otro a la cancillería boliviana: el del generalísimo Francisco Franco...

Lo que nosotros conocíamos el 9 de abril de 1952 era lo mismo que, a partir de esa fecha, empezó a saber todo el mundo, a través de las agencias noticiosas y de la abundante literatura que se produjo después, pero que, antes, o había sido olvidado o era sencillamente

³⁷ El dramático trasfondo de ese proceso fue expuesto por el general Perón, ante un grupo de oficiales, en la Escuela Nacional de Guerra, el 11 de noviembre de 1953. Como naturalmente debía ser, el texto de ese informe tuvo carácter confidencial, hasta que Perón, años después, autorizó su publicación.

ignorado, salvo por los dirigentes del MNR, por los derrocados personeros de la Rosca y por el protagonista principal de la espléndida victoria, que era el propio pueblo boliviano. La rápida sucesión de los acontecimientos y su épico y fulminante desenlace no permitieron, presumo, ni a los espías internacionales, y, sobre todo, a los de la CIA, cuya presencia u omnipresencia también presumo, prevenir a sus respectivos directorios. ¿Qué era aquello que nosotros sabíamos?

Sabíamos que el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) había surgido, exactamente diez años antes, con un programa fundamentalmente antimperialista y antioligárquico en cuya elaboración habían participado hombres progresistas, algunos excombatientes del Chaco, que, a fines de la década anterior (1936-1939), habían aprobado la política patriótica y, para entonces, audaz de Germán Busch. Sabíamos que el MNR había actuado de forma similar y hasta más comprometida con el reanudador de aquella política, Gualberto Villarroel, calificado como «nazi» por el imperialismo y cercado diplomática y económicamente por este, hasta su trágico final. Sabíamos de la actitud movimientista, opositora y combativa en apoyo de la masacrada población minera, en el bienio oligárquico de 1949-1951, y, finalmente, del triunfo electoral que las masas le dieron y la Rosca le robó al MNR, un año antes.

Esos antecedentes, más los avanzados principios expuestos por el más lúcido ideólogo del MNR, Carlos Montenegro, y la línea consecuente seguida hasta allí por los dirigentes movimientistas, cuya jefatura ejercía Víctor Paz Estenssoro, ganador de las elecciones de 1951 y exiliado en Chile, nos daban fundamento para considerar el triunfo del 9 de abril de 1952 como el inicio de un verdadero proceso revolucionario. Al momento de extender nuestro casi automático reconocimiento, teníamos un elemento de juicio más. Ese triunfo aplastante sobre el ejército de la Rosca se debía, sobre todo, a los mineros de Oruro que habían acudido a La Paz y puesto en fuga a los militares empleando eficazmente la misma dinamita puesta en sus manos por los dueños del estaño, para explotarlos a ellos y succionar la riqueza del subsuelo boliviano.

En síntesis, nos bastó con saber dos cosas: que los hombres del nuevo poder boliviano eran antimperialistas, y que ese poder había sido conquistado por las masas obreras de Bolivia, tras una década, por

lo menos desde la masacre de Catavi, de ininterrumpida represión ordenada por el superestado minero, a cuyo servicio habían estado los gobiernos de Quintanilla y Pañaranda, que siguieron al «suicidio» de Busch, y de Hertzog y Urriolagoitia, posteriores al asesinato de Villarroel, con todo el aparato burocrático, judicial, político y militar del Estado nominal. La primera comprobación de que, hasta ese momento, nuestro reconocimiento había sido acertado, la recibimos cuando nos llegó la noticia de que el ejército había desaparecido en Bolivia, barrido por el pueblo en cuyas manos continuaban las armas.

Ha quedado un cabo suelto, que quizá abra una interrogante para el lector, lo mismo que la abrió para nosotros en 1952. Es el reconocimiento de Franco, el primero en el mundo, a un régimen de indudables perspectivas nacionalistas, que en la América Latina quiere decir antimperialistas, antifeudales y de izquierda. Porque esa era la imagen del MNR de ese año, forjada por los hechos de la década anterior. Hoy, como en aquel tiempo, la única conjetura que se nos ocurre es que la cancillería española fue despistada por la denominación del partido que tomó el poder en Bolivia: Movimiento Nacionalista, que traducido a la terminología política del Estado español surgido de la guerra civil de 1936-1939, tenía implicaciones falangistas, tanto más cuanto que el MNR había cogobernado con Villarroel, a quien, como es sabido, el imperialismo había puesto el marbete de fascista.

Aquel reconocimiento excepcionalmente latinoamericano que hice sin titubeos motivó, con toda certeza, la invitación que me formuló el gobierno de Bolivia para asistir a los festejos del primer aniversario del 9 de abril en 1953. Esa invitación me fue tanto más satisfactoria, cuanto que no obedecía a jerarquía oficial alguna que yo ostentara, pues ya no tenía ninguna. En efecto, había dejado de ser ministro en noviembre de 1952, y todavía no había sido designado embajador, como lo fui poco después. Ese fue precisamente el carácter que tuvimos los invitados del gobierno del MNR, en abril de 1953: nada oficial, nada protocolario, simple reconocimiento a los que de un modo u otro habíamos sido amigos del Movimiento, antes de que este se hiciera gobierno. Así nos encontramos en La Paz, hasta donde recuerdo, Rómulo Betancourt, entonces en el exilio; un periodista norteamericano de apellido Galarza, de indudable origen latino, a lo mejor chicano (palabra no usada entonces); los senadores blanconacionalistas y, por tanto, opositores en el Uruguay, Cuzano y Haedo,

y Pedro Manini y Ríos, director propietario de *El Diario*, de Montevideo, colorado de la facción riberista, anticolegialista y antibatllista y, por tanto, también opositor.

A nuestros ojos foráneos, el pueblo se mostraba eufóricamente comunicativo, justamente orgulloso de su triunfo, optimista respecto a su futuro y resuelto a darlo todo para consolidar su victoria y defender las conquistas logradas y las prometidas. Todos esos sentimientos se traducían en una manifiesta fe en sus dirigentes políticos y en un apoyo emocional, espontáneo, fervoroso y masivo al que entonces tenía en sus manos la jefatura de la revolución: Paz Estenssoro.

El rostro del pueblo, bajo el casco de minero, con la carabina a la bandolera de los hombres, o bajo el sombrero hongo y el niño a la espalda asomando por sobre el hombro de las mujeres, cholos y cholas de piel cobriza, con pómulos salientes, negro y vivo el ojo y blanca y ancha la sonrisa, con el sello rojizo del Altiplano en las mejillas y rasgos de acusada herencia quechua o aymara, era el rostro de La Paz. Un rostro multiplicado y alegre en las empinadas y empedradas calles, en la plaza Murillo, en el atrio de la catedral en el Tedeum al aire libre, en todas partes. Voces vigorosas coreaban las consignas, cuando los mineros armados desfilaban ante los balcones del Palacio Quemado: «¡Gloria a Villarroel!» es la que más recuerdo.

Pero también la transparencia de los espíritus, el goce de un pueblo que se sabía redimido, dueño de su porvenir, liberado de un pasado tenebroso, y satisfecho de sí mismo, de su conducta heroica y patriótica, podía sentirse y compartirse en las tertulias del mediodía soleado y claro, en el Prado, escuchando el anecdotario de ayer y de hoy a los compañeros de militancia del MNR, cuya voz cantante, por mayor dominio del arte de la conversación, correspondía a Augusto Céspedes –el *Chueco*, fraternalmente para sus amigos–. Allí también estaba la euforia revolucionaria. Con el pico nevado del Illimani al fondo, bajo un cielo siempre limpio y en una atmósfera purísimamente clara, nadie podía pensar que hubiera próximos nubarrones en formación.

Pero así era. La presión imperialista contra el joven proceso revolucionario ya se hacía sentir, tal vez no todavía entre las masas jubilosas y esperanzadas, pero sí en la dirigencia predominantemente de

extracción intelectual y burguesa y, por ende, vulnerable a aquella presión, cada vez más fuerte. Esta distancia entre la fe multitudinaria del pueblo en su revolución y el temblor de la duda que empezaba a acometer el puño de los timoneles, se manifestó en la tarde, por otro lado grandiosamente espectacular, en que vi bailar La Diablada de Oruro en el Estadio de La Paz. Una comparsa numerosa, tal vez de dos o tres o más cientos de hombres con traje blanco uniforme y ribeteado, y la inmensa máscara de vivos colores, ojos saltones, boca de sonrisa infernal y cuernos de remate, encasquetada en la cabeza, ejecutó por varias horas una danza violenta, pero plena de armonía, coreográficamente impecable, con dominio que acusaba la práctica heredada de una larga tradición.

Oriundo de un país donde la gran mayoría es indígena pura y la mayoría de la minoría no indígena es de origen también indio, mestiza confundida con el residuo blanco para integrar el sector llamado *ladino*, no podía tener novedad para mí, como podía tenerla para los uruguayos mencionados, por ejemplo, la ubicua presencia india en los festejos del 9 de abril. Por la experiencia de mi país conocía cuánto pesan en la miseria total del indio los casi cinco siglos que lleva de soportar todas las formas posibles de exterminio, lento o violento, a las cuales, no obstante, sobrevive. Sin embargo, en aquellos días, en La Paz, tuve una impresión a la cual me creía invulnerable. Conocí a otros indios todavía más pobres que los míos, más miserables, más agobiados por la explotación letal. Es claro que si hubiera sido aventurero, explorador o etnólogo, hubiera conocido, por ejemplo, a los grupos sobrevivientes de mayas lacandones del río Usumacinta, como Monteforte Toledo, o a los aún neolíticos selvícolas de la Amazonía, como el general Rondón. Pero no era mi caso. De allí mi impresión cuando los vi desfilar en La Paz o estuve junto a ellos en los salones del Palacio Quemado, mientras hablaban en aymara, supongo que con dirigentes agrarios del MNR, admitidos allí para que saludaran al curaca Paz Estenssoro. (En realidad, los indios veían en Paz Estenssoro al Inca. Pero he preferido rebajarle la jerarquía y llamarlo *curaca*, para no plagiar involuntariamente un juego de palabras de origen rosquero: el Inca-Paz.)

Fueron esos mismos indios bolivianos los que, después de La Diablada, dieron a la ceremonia un impresionante carácter un tanto mágico, imponente, tocado de un halo de misterio que transportaba

a imaginarios y antiguos rituales, pero que también parecía traducir el inmenso dolor acumulado en cuatro centurias y media de despojo, mita y pongueaje. En una palabra: el drama agrario de Bolivia. Todo eso era lo que sugería el sonido sobrecogedor de los pututos, las queñas y los pincuyos. La noche caía sobre el Estadio de La Paz, solo alumbrado con antorchas, y esto contribuía a ese clima extraordinariamente solemne.

Acallada la música ancestral del Collasuyu, el canciller de esa primera etapa de gobierno del MNR, Walter Guevara Arce, después escisionista de derecha, leyó el mensaje al pueblo. Para quienes seguimos con atención sus palabras y las comprendimos en su contenido esencial, no fue menos impresionante que todo lo hasta ese momento visto y oído. Pero por distintas razones. El mensaje era algo así como el primer SOS lanzado por un régimen que se veía zozobrar a corto plazo o, quizá, como lo hace pensar lo que vino después, la justificación anticipada de una claudicación. No recuerdo, obviamente, después de veinte años, las palabras textuales de Guevara Arce, pero sí lo que encerraban: denunciaban que ya las garras del imperialismo estaban apretando el cuello de Bolivia para obligarla usurariamente a indemnizar a los accionistas de las empresas mineras expropiadas.³⁸ El *dictat* imperialista podía concretarse así: «O pagas o te asfixio». Lo de siempre en labios de salteadores enmascarados: la bolsa o la vida. Solo que ellos lo traducen al inglés como «compensación justa y oportuna» y lo erigen en principio rector de su política colonialista.

Unos meses antes, el 31 de octubre de 1952, el MNR había adoptado una resolución que le había merecido la admiración y el aplauso entusiasta de todos los pueblos oprimidos del mundo, y había elevado al pueblo boliviano al más alto grado de ejemplaridad por su coraje revolucionario. El haber sustituido al ejército por el pueblo armado ya era un título excepcional ante la opinión progresista del mundo. Pero lo realizado el 31 de octubre de 1952 era la confirmación más contundente, para los bolivianos y para cuantos seguían el curso de su revolución solidariamente, de que los hombres que dirigían el

³⁸ Usurariamente, porque el MNR anunció su buena disposición a pagar a las tres firmas, Patiño, Aramayo y Hoshild, una indemnización que alcanzaba el total de 21 750 000 dólares, no obstante los 520 millones que las mismas habían estafado al fisco boliviano, entre fraudes y ganancias ilícitas. Pero las firmas –accionistas yanquis incluso– pretendían mucho más.

Movimiento eran realmente dirigentes de nuevo tipo, consecuentes con los principios proclamados, leales a la palabra empeñada ante las masas.

Esos hombres habían declarado la independencia económica de Bolivia, y, en el mismo acto, habían emitido el Decreto Supremo número 3232, por el que nacionalizaban la gran minería.³⁹ El día y el lugar elegidos eran un homenaje a todos los mineros masacrados por los gobiernos de la Rosca durante las décadas anteriores, pero especialmente a María Barzola, la heroica mujer del pueblo que cayó baleada el 31 en esos mismos campos, cuyo nombre llevaron desde entonces,⁴⁰ el 31 de octubre de 1942. Por aquel Decreto Supremo, el gobierno del MNR liquidaba definitivamente a la Rosca, al expropiar dieciséis empresas de los Patiño, los Aramayo y los Hoschild, los «barones del estaño» durante el medio siglo corrido, y recuperaba para el pueblo un equivalente al 80 % de la producción minera y las seis décimas partes de las exportaciones bolivianas. Sin embargo, era grave que

³⁹ El Decreto Supremo núm. 3232 fue plausiblemente radical. Recuperó para el Estado las concesiones en poder de las empresas que constituían los tres grupos conocidos: Patiño, Aramayo y Hoschild, a las cuales, además, se les expropió todos sus bienes por causa de utilidad pública. Las empresas eran: Patiño Mines & Enterprises Consolidated Inc., Bolivian Tin & Tungsten Mines Corp., Sociedad de Estaño Araca (subsidiaria a la anterior), Minera y Agrícola Oploca de Bolivia, Huanchaca de Bolivia, Minera Unificada del Cerro de Potosí, Minera de Oruro, Estañífera y Vinto y Estañífera Moroccala (subsidiarias de la Minera de Oruro); Minera Matilde, Minas Pampa Grande, Minera Bolsa Negra; Grupo Minero Venus y Compagnie Aramayo de Mines en Bolivia S.A., más las instalaciones industriales de la Mauricio Hoschild S.A. La declaración de independencia económica tuvo sublimidad de un *maestuosso*: «Los que aquí suscriben, hombres libres de Bolivia y de América, en el momento de decretarse la nacionalización de las minas, en el campo de María Barzola, ayer escenario de masacres y exterminio de trabajadores, declaran su voluntad porque Bolivia no sea jamás sometida a la opresión y a la esclavitud económicas, y como el 6 de agosto de 1825 se declaró el pueblo boliviano en república políticamente independiente, proclaman que el 31 de octubre de 1952 se declara económicamente libre. Y para firmeza de esta decisión, los que firman el pie se comprometen y juran sostener y defender si es preciso con su vida misma esta conquista que es la más cara y legítima para la Nación boliviana». Encabezaron las firmas Paz Estenssoro y Guevara Arce que, no obstante el juramento, todavía están vivos. Lo sublime quedó en ridículo por incumplimiento.

⁴⁰ La masacre fue reconstruida con un realismo sobrecogedor por Sanjinés, en su filme *El coraje del pueblo*.

la tercera parte de los intereses nacionalizados estuviera en manos de accionistas yanquis. Más grave era que la nacionalización no pudiera llegar hasta las fundiciones de estaño, propiedad del mismo Patiño, las cuales estaban muy lejos del alcance revolucionario, en Inglaterra y en los Estados Unidos. Y, en fin, mucho más grave aún era que el MNR no complementara la nacionalización de las minas con la apertura de nuevos mercados, inevitablemente los del campo socialista, para que la liberación fuera verdadera. Al no hacerlo así, «son los monopolios imperialistas los que en última instancia le fijan al gobierno la cantidad que debe exportar y el precio al que debe vender». En una palabra: esos factores mediatizaron si no anularon del todo los beneficios de la nacionalización.⁴¹

Entre los festejos de abril de 1953, concurrimos al Palacio Quemado a la ceremonia en la cual Paz Estenssoro, Siles Suazo y los demás miembros del gobierno y dirigentes del MNR instalaron a la Comisión que estudiaría las bases y el proyecto de ley de Reforma Agraria. Estuvimos varias horas de pie oyendo los discursos. Pero a 3 400 metros sobre el nivel del mar, los invitados que no procedían de lugares a este nivel debían padecer naturalmente los efectos del *soroche* o apunamiento, una suerte de asfixia producida por la altura. Este fue el caso de los dos senadores uruguayos, para peor —como dicen ellos— ambos de buenos y respetables volúmenes. Yo pude sortear, desde el principio, ese que nosotros llamamos «mal de montaña», porque soy un poco montañés. Mi cuna, la ciudad de Guatemala, está a 1 800 metros.

La restitución o reconocimiento de derechos a la masa campesina boliviana, en su gran mayoría indígena, había principiado en junio de 1952, cuando el gobierno del MNR derogó la vieja ley electoral, según la cual solo los mayores de veintinueve años, alfabetos y con ingreso mayor de 200 bolivianos, podían votar. Llamaban a esto «voto calificado». La nueva ley estableció el voto universal. Pero este reconocimiento de un derecho puramente político era en sí mismo

⁴¹ Los entrecomillados corresponden a Raúl Ruiz González, en *Bolivia, el prometeo de los Andes* (La Habana, 1964), texto en el que documenta la nulidad esencial de la expropiación de las minas. Véase también sobre el mismo tema: Amado Canelas O.: *Historia de una frustración (nacionalización de las minas de Bolivia)*, La Paz, 1963.

ficticio si no venía respaldado con algo que era mucho más: una imperiosa rectificación histórica, la abolición de una injusticia cuatro veces secular, la devolución de la Pacha Mama, la madre tierra, a sus dueños naturales. Teóricamente, eso se cumplió el 2 de agosto de 1953, al emitirse la Ley de Reforma Agraria.

Hace veinte años, hablar en la América Latina de reforma agraria era tanto como desafiar al consabido complejo reaccionario imperialismo-oligarquías, colocarse en el número de los, réprobos tenidos por «rojos», agentes del comunismo internacional, puntas de lanza de la penetración chino-soviética, saboteadores de la unidad hemisférica y, en general, enemigos peligrosos de la paz y la seguridad del Continente. Todo ello agravado por la circunstancia de que ese asunto de la reforma agraria era el que estaba dando la tónica al gobierno de Arbenz, contra el cual, como se sabe, estaba ya movilizadado todo el aparato represivo del sistema. Hablar el mismo lenguaje del régimen-reo de Guatemala era, pues, declararse *ipso facto* convicto del delito de subversión antidemocrática. Y muchas cosas más, pues esa retórica era superabundante, si bien estereotipada por toda clase de corresponsales de la SIP, legisladores de aquí y de allá, plutogogos, tonsurados, etcétera.

Pero por eso mismo, la ley boliviana del 2 de agosto de 1953 mereció tanto entusiasmo, tanta simpatía, tanta adhesión al gobierno que la emitía, entre las grandes masas populares de la América Latina y del mundo, como los que habían despertado la nacionalización de las minas. El MNR en el poder daba otra formidable demostración de su firme decisión de llevar el programa revolucionario hasta sus últimas consecuencias. Ese era el ejemplo que había que seguir. Bolivia emergía desde un pasado doloroso como el de pocos pueblos latinoamericanos y desde una injustificable pobreza, habida cuenta de sus riquezas naturales, se elevaba a la condición de pueblo vanguardia, abanderado de la nueva liberación latinoamericana, señalador de las rutas por donde deberían transitar los otros pueblos para alcanzar la meta de su emancipación definitiva. Este era el sentir de los que aclamábamos el proceso desde afuera.

Sin embargo, la reforma agraria traía congénitas las debilidades de la clase que la había engendrado. Hay que admitir que, en aquel momento, solo muy pocos, muy acuciosos analistas, muy honestos cono-

cedores a fondo del problema agrario boliviano y de sus soluciones correctas, estaban en condiciones de criticar la ley del 2 de agosto. No sé si lo hicieron entonces. Pero los resultados evidencian que las críticas, en cualquier momento en que hayan sido formuladas, tienen sólido fundamento. En una palabra: la reforma agraria, como la nacionalización de las minas, resultó, a no muy largo plazo, una frustración más del proceso revolucionario boliviano iniciado tan vigorosamente.⁴²

Otro tanto puede decirse de la política petrolera, con el agravante de que, en este caso, el MNR no solo no acometió ninguna nacionalización, pues el petróleo era boliviano desde antes del 9 de abril de 1952, sino que lo desnacionalizó a un plazo cortísimo: el propio 1952. Sin embargo, la apariencia en 1953 era otra, optimista y prometedora en cuanto que exteriormente auguraba una revitalización de la entidad autónoma nacional: Yacimientos Petrolíferos Fiscales de Bolivia (YPFB). Algunos antecedentes son necesarios.

Los gobiernos liberales anteriores a 1920 otorgaron concesiones petroleras a intereses extranjeros como quien arroja moneditas a los muchachos en tarde de bautizo: 2 355 000 hectáreas. La Convención Nacional de 1921 declaró, por ley, que los yacimientos de petróleo y demás hidrocarburos eran del dominio directo de la nación, inalienable e imprescriptible; limitó las concesiones a cincuenta y cinco años y elevó las regalías al 11 %. Pero eso no impidió que todas las

⁴² Amado Canelas ha dedicado varios estudios al tema de la reforma agraria boliviana. De uno de ellos cito esta que me parece una de las mejores y más sintéticas definiciones del proceso: «Consecuente con el carácter burgués de la Revolución de abril, la reforma agraria fue orientada hacia el fin fundamental y duradero de crear la propiedad parcelaria campesina, dentro de condiciones institucionales que no le permitirán superar sus limitaciones, con lo que ella mantendría el atraso en una nueva forma, asfixiando toda posibilidad de convertir al campesino liberado en agricultor próspero, acentuaría la situación de dependencia del país al hacer imposible un mercado interior amplio y seguro para la industria nacional, promovería una nueva concentración de la tierra y la consiguiente diferenciación de clases que arroje a la mayoría de los campesinos nuevamente en brazos de la explotación y la pobreza, por cuanto liquidada la vieja explotación se daba vida a otra nueva. En esta forma se entregó la tierra a los campesinos, pero no se les liberó del pesado fardo del cultivo con sistemas totalmente anticuados, casi los mismos que empleaban sus antepasados los Incas» (*Bolivia: un caso de reforma agraria*, La Habana, 1967, p. 37).

concesiones otorgadas anteriormente cayeran en manos de la Standard Oil, una por una, como frutas maduras, en Chuquisaca, Tarija y Santa Cruz. Entre 1922 y 1937, el gran monopolio prestó cinco eminentes servicios a Bolivia, según la espléndida síntesis de Ruiz González:

1. Defrauda el pago de impuestos y regalías.
2. Vende a Bolivia el petróleo peruano.
3. Exporta clandestinamente el petróleo boliviano.
4. Para entregar antecedentes exploratorios y mapas geográficos, impone a Bolivia la indemnización de 1 750 000 dólares.
5. Es causante de la Guerra del Chaco.

La sangre de 50 000 bolivianos muertos en el Chaco, por obra y gracia de la Standard Oil, fue más que suficiente para hacer hervir de indignación y repudio la de los sobrevivientes. El presidente coronel David Toro, pese a no ser nada radical, no pudo eludir un acto de justicia que reclamaban la memoria de los muertos y el clamor de los vivos, y declaró caducas las concesiones del *trust* de Rockefeller, el 7 de julio de 1936. Cuatro meses después, pasaron a poder de YPFB todos los yacimientos petrolíferos de la República. La lucha del monopolio estatal por sobrevivir a la incomprensión y al entreguismo de los regímenes posteriores, hasta 1952, fue heroica. Pero ella escapa a los límites de este mapa hablado. Lo importante para el caso es que llegó, macilenta, pero viva, al 9 de abril de 1952.

Ciertamente recibió calor y vitalidad en los dos primeros años de gobierno del MNR. Así lo dice, al menos, quien tiene por qué saberlo: el ingeniero Enrique Mariaca Bilbao, quien, entre muchos cargos, desempeñó, hasta 1963, el de gerente general de YPFB. Dice que esta entidad:

de inmediato elaboró el Plan 1953 cuyo objetivo principal, tantas veces remarcado, era el de aumentar sustancialmente la producción a fin de abastecer el total del consumo nacional en los productos básicos. El Gobierno proporcionó cerca de 2 000 000 de dólares con los que YPFB adquirió cuatro modernos equipos de perforación rotary a motores Diessel material tubular y equipos adicionales para perforar veinte pozos en el principal campo de Camiri.⁴³

El mismo testimonio dice que esa acción perforatoria concentrada en Camiri dio óptimos frutos. Pero no duraron mucho. Porque si con una mano el MNR alimentaba a YPFB, con la otra le asestaba un horrendo golpe bajo que afectaría hasta los más sensibles centros neurálgicos del pueblo boliviano. El 26 de septiembre de 1952, el MNR cometió lo que Víctor Volski llama «el primer acto de capitulación», al firmar un contrato con la Glenn H. McCarthy Inc., por el cual se otorgaba a esta empresa una concesión de «359 700 hectáreas emplazadas en la zona de YPFB, cerca de la frontera con Argentina, en condiciones humillantes para Bolivia».⁴⁴ La entrega ya no se detuvo hasta culminar con el Código Davenport, de 1955, que fue el mentís más rotundo, la anulación total de la grandilocuente declaración de independencia económica de Bolivia, declamada en los campos de María Barzola, el 31 de octubre de 1952.

La ética revolucionaria estaba ya completamente deteriorada en 1953, aunque todavía no se hiciera visible el terrible mal que la corroía por dentro. Milton Eisenhower, en su gira continental, había infestado de entreguismo también a Bolivia. La Corporación Minera (COMIBOL) pudo vender su estaño a los Estados Unidos. Pero ese logro no fue gratuito. Costó la vida misma de la revolución. En noviembre fue firmado el Convenio de Asistencia Económica, y Bolivia empezó a recibir la «ayuda» yanqui. Antes de su propia muerte, un revolucionario

⁴⁴ Víctor Volski: *América Latina. Petróleo e independencia*, Buenos Aires, 1966. Sobre dicho contrato agrega este autor: «El concesionario quedaba libre de todo impuesto al cateo y la explotación. El contrato establecía únicamente un descuento del 16 % al 40 % del volumen de la extracción, proporcional al rendimiento de los pozos. El gobierno se comprometía a comprar el petróleo restante, al precio del Golfo de México con un descuento del 15 %; el pago se efectuaría en dólares. La compañía se defendía frente a una posible nacionalización, mediante un acuerdo especial que le concedía el derecho de cobrar un 15 % de comisión además de la restitución obligatoria de todo el capital invertido, en caso de que se nacionalizara la empresa. Los contratos con la Glenn McCarthy tenían carácter de convenio internacional y el Banco Central de Bolivia figuraba como garante. De manera que McCarthy podía hacer congelar los depósitos del Banco Central de Bolivia en Estados Unidos ante cualquier acto del Gobierno boliviano que considerara lesivo para sus intereses. En el año financiero 1954-1955 Bolivia fue el país latinoamericano que más “ayuda” norteamericana había recibido (tocaron a Bolivia 12 887 000 dólares de la suma total de 46 339 dólares)», p. 185.

íntegro como Sergio Almaraz presencié la de la República y escribió su réquiem:

La revolución boliviana se empequeñeció y con ella sus hombres, sus proyectos, sus esperanzas. La política se realiza a base de concesiones, y entre éstas y la derrota no hay más que diferencias sutiles. ¿Cuándo se tomó el desvío que condujo a la capitulación? Previamente debiera interrogarse: ¿los conductores estaban conscientes de que capitulaban, se dieron cuenta de que llegaron a aquel punto desde el que no hay retorno posible? En 1953, llegaron los primeros alimentos norteamericanos [...].⁴⁵

¡Alimentos para La Paz!

Terrible sarcasmo: así fue como murió envenenada por la *good partner policy* la revolución boliviana.

19-27° lat. S

54-63° long. O

Cuatro imperialismos sobre el Paraguay

Entre los exiliados paraguayos en Buenos Aires por los años cincuenta, que se calculaban a sí mismos en cerca de medio millón, yo tenía muy buenos amigos, pertenecientes a las dirigencias del FULNA (Frente Unido de Liberación Nacional) y del febrerismo consecuente: esto es, no plegado a las simulaciones seudoelectorales de Stroessner. Más de una vez oí decir a algunos de aquellos amigos que el drama del Paraguay era haber sufrido, a partir de 1870, a dos imperialismos grandes y a dos pequeños (hoy dirían subimperialismos): los primeros eran el inglés y el yanqui y los segundos el argentino y el brasileño. Esto es una verdad histórica, pero hay que interpretarlo bien, para no incurrir, como acontece a menudo, en un error de esquematismo.

No es que se hayan encontrado frente a frente, disputándose el botín paraguayo, imperialistas yanquis contra imperialistas ingleses, y hayan obligado a enfrentarse a sus respectivos peones: las clases dominantes brasileñas, unos, y la oligarquía argentina, otros. No. Las

piezas no se han movido así, en el tablero de la cuenca del Plata. Las jugadas han sido otras y, en ellas, más que enfrentarse los dos maestros internacionales del saqueo, se han sucedido. Hasta la Primera Guerra Mundial, el gran maestro inglés era el que movía las piezas, casi con exclusividad, en el Río de La Plata, mientras su colega y rival lo hacía, exclusivamente, en el Caribe. La criminal guerra genocida de la Triple Alianza contra el avanzado y progresista Paraguay de Solano López (1864-1870) obedeció, en último análisis, a la necesidad imperialista británica de penetrar en el mercado paraguayo que, hasta allí, le había estado terminantemente vedado. Para ello, Londres movió a sus peones, el Brasil de Pedro II y la Argentina de Bartolomé Mitre, e hizo exterminar a más de las tres cuartas partes de la población paraguaya que era de un millón trescientas mil almas. Eufemísticamente, puede decirse que la participación del Uruguay de Venencio Flores, socio menor de la turbia alianza, fue nominal.

Igualmente, los ingleses, *pro domo sua* y por interpósita mano argentina, para derrocar al gobierno de Ezcurra, en 1904, armaron a un antiguo *legionario* (*un gusano*, como se dice ahora): el ayudante paraguayo del general argentino Paunero, en aquella guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay. La causa fue el conflicto entre el Estado paraguayo y los accionistas ferrocarrileros británicos. Ganaron estos, gracias al exlegionario Benigno Ferreira, ya convertido en general y doctor, y así se inició la que Epifanio Méndez llama «Era del Partido Liberal anglo-argentino».⁴⁶ Excusado es decir que el ferrocarril, copropiedad anglo-paraguaya (50-50), pasó a ser ciento por ciento inglés, gratuitamente.

Entre 1932 y 1935, los pueblos boliviano y paraguayo sufrieron la espantosa hecatombe conocida como Guerra del Chaco. Es cosa ya muy sabida que ese inmenso desastre fue motivado por intereses petroleros yanquis, a los cuales se opusieron los de sus rivales ingleses, todo bajo el pretexto de dirimir por las armas un secular conflicto fronterizo entre el Paraguay y Bolivia. El Brasil quedó fuera del área geográfica de las hostilidades. Esta vez correspondió a los bolivianos inmolarsse en holocausto por la Standard Oil, en tanto que los heroicos *pilas* paraguayos, persuadidos de que defendían la soberanía, la dignidad

⁴⁶ Epifanio Méndez: *Sicología del colonialismo. Imperialismo yanqui-brasileño en el Paraguay*, Buenos Aires, 1971, p. 53.

y la integridad territorial de su patria, morían por kafkiana voluntad de la Royal Dutch. Cincuenta mil bolivianos y 30 000 paraguayos se mataron entre sí por obra de los monopolios petroleros.⁴⁷

Con el primer empréstito, en 1921, el capital yanqui empezó a desalojar al inglés del Brasil, y en 1929 inició su penetración en el Paraguay. Los ingleses, que habían sido expulsados del Uruguay en la misma década y la anterior por la acción de Batlle y Ordóñez, continuaron influyentes en el otro lado del Río de La Plata, hasta 1943. A título de ejemplo, Méndez cita estadísticas de Scalabrino Ortiz, economista argentino, que demuestran cómo, en ese período, los ingresos brutos de los ferrocarriles, propiedad inglesa, llegaban hasta a superar el monto de las rentas generales de la nación argentina.⁴⁸ Pero durante los diez años de justicialismo, la Argentina fue de los argentinos. Su política internacional fue de propia inspiración, como lo hemos visto a propósito del Cono Sur, pues los ingleses ya no la dictaban y a los yanquis todavía no les era permitido hacerlo. Este es un hecho histórico generalmente admitido, aunque de muy diversos modos calificado.

Entre tanto, los intereses norteamericanos se fortalecían cada vez más en el Brasil, a pesar de Getulio Vargas y hasta por encima de este, al cual terminaron por triturar bajo sus orugas. Así avanzaron, y al término de la guerra mundial eran amos y señores y habían desalojado totalmente a los ingleses. El turno fue del Paraguay, y las injerencias yanqui-brasileñas empezaron a hacerse sentir cada vez más. Una de ellas, que es la que interesa aquí, fue la que provocó el derrocamiento

⁴⁷ En su libro *El heroísmo de una pequeña nación*, publicado en Buenos Aires en 1935, Philip De Ronde, norteamericano, cónsul del regimiento Acá Caraya, que estuvo en el Chaco en 1933, dice lo que entonces era una temeridad y ahora sabe todo el mundo: «El senador Long atacó a la Standard Oil Company en junio de 1934 desde la tribuna del Senado estadounidense, afirmando terminantemente que esta corporación era la principal culpable de la guerra y de haber favorecido la colocación en el mercado neoyorquino del gran empréstito boliviano lanzado antes de los años de la depresión» (p. 31). Méndez, en su libro citado, dice: «Si en los propios Estados Unidos [el imperialismo] acalló con el plomo la voz antimperialista de Mr. Huey Long, ¿qué le costaba –y, en cambio, ¡cuánto le reportaba!– terminar con Eligio Ayala?» (p. 37). Ayala fue presidente de 1924 a 1928 y murió asesinado misteriosamente «en los días en que ya se veía inminente el estallido de la Guerra del Chaco», según el mismo Méndez. Lo de Huey Long no requiere de comentario.

⁴⁸ Méndez: ob. cit., p. 42.

del gobierno de Federico Chávez y la instalación en el poder omnímodo del sayón Alfredo Stroessner Matiauda, en 1954.

Mi ilustre conterráneo Antonio José de Irisarri (1786-1868) dice en su *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del gran Mariscal de Ayacucho*:

Aquella regla de crítica, por la cual debe mirarse como sospechoso el testimonio del parcial, es buena y no puede prescindirse de ella cuando no se trata más que del testimonio de aquel; pero sería absurda, necia, irracional, cuando se quisiese hacerla extensiva a las razones que el parcial presenta, a los documentos intachables que le sirvan de apoyo, a la evidencia de la verdad que la favorezca.

Dos testimonios parciales de posiciones antagónicas pero contestes entre sí producen una evidencia imparcial, agrego, por mi parte. Esto acontece, por ejemplo, con las versiones comunista y colorada, sobre las motivaciones del derrocamiento del gobierno de Federico Chávez, el 4 de mayo de 1954. Confrontando ambas, obtenemos la siguiente síntesis del proceso.⁴⁹

En 1946, a pesar de Higinio Morínigo y sus jefes militares fascistas (Benítez Vera, Aranda y Stagni, o sea, caballería, estado Mayor y aviación), se produjo lo que hoy llamamos una apertura democrática del régimen. Morínigo integró un gabinete con elementos colorados y febreristas; los partidos políticos, prácticamente clandestinos todos, volvieron a la legalidad, y el movimiento obrero-estudiantil, impulsado por el Consejo Obrero y la Federación Universitaria, cobró notable auge. El pueblo quería liquidar los restos dictatoriales y elegir una Constituyente, para darse una nueva Constitución. Pero Morínigo reaccionó frente a ese ascenso de las masas y dio un golpe de Estado, desde el poder, en enero de 1947: eliminó a los febreristas del gabinete, decretó el estado de sitio y desató una dura represión. Oficiales jóvenes de Concepción, primero, y marineros de Asunción, después, se pronunciaron contra el régimen fascista y en apoyo de las

⁴⁹ Las versiones que empleo son las del citado Méndez y su prologuista Osvaldo Chaves y el *Manifiesto a la nación* aprobado por la Conferencia Nacional Extraordinaria del Partido Comunista paraguayo, del 21 de febrero de 1951, Asunción, Impresora Adelante.

demandas populares. Esta guerra civil concluyó definitivamente en agosto del mismo año, gracias al apoyo brasileño a Morínigo, quien se consolidó con un sector del coloradismo.

Pero el 3 de junio de 1948, otros colorados lo depusieron, y el proceso desembocó, tras un provisorio, en la designación de Natalicio González para el período por iniciarse el 15 de agosto. Las facciones coloradas crearon un clima de inestabilidad en el curso de 1949 que terminó con el derrocamiento del cuarto presidente y la designación del quinto, el líder del mismo partido, Federico Chávez, en octubre. El 15 de agosto de 1950, inició su período constitucional.

La excarcelación de los presos políticos de 1947, entre ellos los comunistas; la política de «dar la espalda a la ciudad y mirar hacia el campo»; la voluntad de descolonizar el país; la perspectiva de lograr pacíficamente las conquistas democráticas largamente anheladas por el pueblo paraguayo, y la posibilidad de movilización de los campesinos, los obreros y los estudiantes, ganaron para el gobierno de Chávez el apoyo de las masas contra la oposición, al mismo tiempo que ejercían presión para avanzar en el camino popular, nacional y democrático.

En lo económico y financiero, Méndez caracteriza este período como un «retorno al capitalismo de Don Carlos, edición siglo XX». Se refiere, naturalmente, al progresista gobierno de Carlos Antonio López, en la época del Paraguay ciento por ciento soberano. También le llama «segundo intento descolonizador», aludiendo al primer intento, interrumpido por el alzamiento del exlegionario Ferreira, en 1904. Otro testimonio tan anticomunista como el de Méndez, el de Osvaldo Chaves, afirma que

después de la frustrada experiencia revolucionaria [febrerista] de 1936, aquel gobierno [el de Federico Chávez] fue el que hizo el esfuerzo más serio y consistente para promover una distribución más equitativa de la renta nacional y romper los lazos de la dependencia.

Méndez, conductor de la política económica, la reivindica con el testimonio de Paul Poumaillou, integrante de una Misión de Operaciones de los Estados Unidos que estuvo en el Paraguay, en 1961, y cuyo informe fue retirado de la circulación. Dice Méndez que a

partir de 1952, el gobierno puso oídos sordos al Fondo Monetario Internacional, y planificó con criterio propio la política por seguir, que fue «genuinamente nacional y colorada». Parte de esa política fueron los planes de nacionalización de las industrias y de control de la producción, los precios y los salarios.

Todo eso era irritante para el imperialismo yanqui-brasileño, pero lo fue mucho más la redición, en el Paraguay, del acercamiento económico que Perón había comenzado con Chile. En octubre de 1953, el líder justicialista correspondió a la visita que Chávez había hecho a la Argentina, tres años antes, con ocasión del centenario de San Martín, y en tal oportunidad fue firmado un convenio de comercio y amistad argentino-paraguayo. El imperialismo yanqui-brasileño no esperó más para urdir la conspiración. Para el logro de sus fines, encontró al hombre necesario: Stroessner, de ascendencia bávara, general y comandante en jefe del ejército desde 1951. El golpe contra Chávez, del más clásico estilo gorila, se produjo el 4 de mayo de 1954.

Oswaldo Chaves dice que

le fue difícil a la reacción imperialista, agazapada detrás de Alfredo Stroessner Matiauda, desmontar de golpe y de buenas a primeras las premisas y mecanismos de esa política que, por su potencial revolucionario y su sentido liberador, fue profunda y genuinamente colorada. Debió enfrentar, ante todo, la obstinada voluntad popular de proseguir y profundizar el camino abierto aun más allá de la nueva situación creada el 4 de mayo de 1954.

Aparte del tinte partidista colorado, los comunistas paraguayos coinciden en admitir que se trataba de una política popular, que contaba con el apoyo de las masas y que por eso fue echada abajo por el imperialismo. Su perspectiva es esta:

Desde 1949, nuestro Partido ha venido denunciando que la embajada de los Estados Unidos, utilizando algunos generales sin Patria y sin honor, preparaba el reestablecimiento del régimen facista moriniguista con el fin de reforzar la intervención norteamericana en el Estado nacional, intensificar el saqueo de nuestro país y arrastrarlo a una nueva matanza mundial. Cerrando los oídos a nuestro llamado para defender unidos la soberanía paraguaya, ciertos dirigentes reaccionarios de los demás partidos apoyaron

el golpe cuartelero que los generales facistas moriniguistas dieron el 4 de mayo de 1954.

Stroessner no tomó la presidencia de inmediato –o no se la dieron–, pues debía ser aleccionado previamente. Mientras la ocupaba provisionalmente Tomás Romero Pereira, cuyo solo nombre rezuma imperialismo por todos los poros, el elegido para gerente perpetuo del Paraguay sostenía una primera entrevista secreta en Lima, en junio de 1954, con delegados del Comando norteamericano de la Zona del Caribe. En una segunda, en el Coman-Chaco, en Fortín Mariscal Estigarribia, el 10 y el 12 de noviembre del mismo año, con altos jefes yanquis y brasileños, bajo la jefatura del embajador norteamericano y sin participación argentina, fue firmado un pacto militar secreto. Stroessner era presidente desde el 15 de agosto de ese año, y sigue siéndolo, casi dos décadas después.

30-35° lat. S

55-58° long. O

El retrato de Dorian Gray

Hasta 1953, Guatemala había tenido una sola embajada en el Río de La Plata, con sede en Buenos Aires. Pero en 1954 tendría lugar la X Conferencia de la OEA y Arbenz estimó conveniente abrir una representación diplomática especial en Montevideo. Esta tarea me fue encomendada y con ese objeto llegué a la capital del Uruguay, a mediados del año del Moncada.

La imagen inicial que me brindó la capital del país conceptuado entonces como una prístina muestra de perfección democrática en la América Latina parecía confirmar esa reputación. La imagen fue esta:

Aunque Montevideo es una de las ciudades más populosas de la América Latina, con un millón aproximado de habitantes, la normalidad con que discurre su vida cotidiana no da esa sensación a primera vista. Está muy lejos de las trajinadas capitales ruidosas, atropelladas, enloquecedoras, sacudidas por un incesante ir y venir de gentes que parecen obsedidas, acuciadas, constantemente atropelladas, por el vértigo de la vida moderna. No es que sea una

ciudad dormida como Brujas o nuestra antigua Guatemala. Al contrario, es llena de vida, de color, de sentido actual, con tanto o más tránsito que Buenos Aires, proporcionalmente. Atreverse a cruzar en la intersección de la gran avenida Agraciada y Colonia requiere tanta temeridad y sangre fría como hacerlo por 9 de Julio, Corrientes y Diagonal Norte, en la capital argentina. Pero tiene algo que le da una apariencia apacible, serena, tranquila, como las personas dueñas de sí mismas. Será quizá que el carácter de los uruguayos, su instintivo equilibrio democrático, que les viene por herencia de su gran reformador José Batlle y Ordóñez, se refleja en la fisonomía general de la ciudad. El hecho es que aun en su hermosa y principal avenida 18 de Julio, apretada de grandes comercios, de cafés, de confiterías, de cinematógrafos, desde la estatua de Artigas hasta la del Gaucho, el torrente circulatorio de vehículos y peatones va y viene sin aturdimientos ni encontronazos, ni bullicio, sino con ese ritmo regulado de las cajitas triangulares que marcan el tiempo a los que estudian música. Los semáforos señalan el compás a máquinas y peatones, y si uno de estos, distraídamente, no observa las señales luminosas, un caballero civil, con un brazalete por toda insignia de autoridad, le recomienda que atienda las indicaciones del aparato.⁵⁰

Este primer rostro de Montevideo sugería que todo el país era así: seguro de sí mismo, democrático, tranquilo y feliz, si se considera que la capital contenía la mitad o más de los dos millones y medio de uruguayos que entonces constituían la población del país, en números redondos. Ese fue el rostro que la oligarquía dominante, aunque bicéfala, con una cabeza blanca y otra colorada, procuró mantener por muchos años, maquillándolo y acudiendo a periódicas operaciones de cirugía estética, para seguirlo exportando como afiche de atracción turística, en la medida en que se depauperaba y se enajenaba el país con el descenso de las otras exportaciones: la lana y la carne. Así fue, casi hasta la muerte del general Gestido en 1967, que siguió en poco tiempo a la del sistema colegiado de gobierno. Este, por cierto, era

⁵⁰ Sin alterarla, retomo la imagen de Montevideo como la escribí en *Por qué lucha Guatemala* (Buenos Aires, 1956). Casi toda la información de este capítulo de mi mapa hablado también corresponde a ese libro.

uno de los emplastos que contribuían a mantener el rostro amable del Uruguay.⁵¹

Pero al correr de los días, el forastero, como yo, empezaba a comprender que Montevideo no era solo la avenida 18 de Julio y que el Uruguay no era solo Montevideo. Había barrios que no eran el centro burgués de la gente *bien* (bien, pero en francés), como el barrio Unión y, sobre todo, el Cerro, barrio densamente obrero, donde ya se presentía esa madura y viril conciencia de clase de la cual daría muchas muestras el proletariado uruguayo, en los años posteriores, pero, sobre todo, en este de 1973. Más allá estaban los «cantegriles», las barriadas miserables que en otras partes se llaman villas miseria, pueblos cayampas, favelas, barriadas brujas y de mil modos más. Y «en campaña», es decir, en el campo, los «pueblos de ratas», denominación que los define por sí misma. No todo era la delicia de las playas que se suceden, casi sin interrupción, desde las montevideanas, como Pocitos, Malvín y Carrasco, hasta la de Punta del Este.

El buenísimo don Andrés Martínez Trueba, don Andresito, presidía el Consejo de Gobierno de nueve miembros, seis colorados y tres blancos, conforme el principio de la representación proporcional de la «ley de lemas». Gran truco oligárquico que contribuía también a conservar la cara linda del Uruguay. Con ese y otros ingredientes, la oligarquía mandante había acuñado el gran eslogan, con el que había dopado por mucho tiempo al electorado y que seguía exportando: «Como el Uruguay no hay». Naturalmente, los uruguayos

⁵¹ El régimen colegiado de gobierno terminó el 27 de noviembre de 1966, al ser aprobado, por plebiscito, el proyecto de reforma constitucional auspiciado por los partidos tradicionales, blanco y colorado, que propugnaba el retorno al régimen presidencialista. Aunque las fuerzas progresistas objetaron como reaccionario ese proyecto y propusieron el propio, titulado Reforma Popular, que conservaba el colegiado, triunfó la vieja truculencia oligárquica. De la misma manera y en el mismo acto comicial, fue electo el general Oscar Gestido, como presidente, y el director del diario *El Día*, Jorge Pacheco Areco, estrechamente emparentado con los Batlle Pacheco, como vicepresidente. La breve administración de Gestido, iniciada en marzo de 1967, fue antiobrera y entregada por completo a las exigencias del Fondo Monetario Internacional. Murió de un ataque cardíaco en la madrugada del 6 de diciembre del mismo año y Pacheco Areco amaneció presidente del Uruguay. Causa espanto asomarse a la sima en que Pacheco Areco y su sucesor Bordaberry han hundido al país.

más lúcidos ponían en duda la veracidad del mismo y hasta solían reírse de él con fino sentido del humor. Por lo demás, era evidente que Montevideo era una ciudad limpia de amenazas represivas: ni policías, ni militares, ni carros blindados, ni nada de eso. Es verdad también que no podía pasar por la imaginación de nadie la ilegalización de un partido, el cierre de un periódico, la disolución de una reunión, el cateo de un local, ni la existencia de un preso político. El mal era más profundo. Sobre todo a partir de 1959.

Don Andresito no mandaba nada. Otros marcaban la política del gobierno y eran, por cierto, los más reaccionarios dentro de este. Los colorados batllistas, que eran la mayoría gobernante, estaban divididos en dos ramas, una menos reaccionaria que la otra: eran la lista 15, dirigida por Luis Batlle Berres, sobrino de don Pepe (Batlle), el creador del Uruguay moderno, y la 14, dirigida por los hermanos César y Lorenzo Batlle Pacheco, hijos del patricio, cuya herencia política estaba flagrantemente traicionada en sus manos. Vivía entonces sus postreros años en la oposición Luis Alberto de Herrera, el líder indiscutible del Partido Blanco, antimperialista desde su lejana juventud y considerado «el último caudillo» civil.

El diario *El Día*, fundado por Batlle y Ordóñez, era propiedad de sus dos hijos. Era y es el representante uruguayo de la gran prensa encadenada al servicio incondicional de la política yanqui. Los boletines confidenciales redactados y distribuidos por la Embajada de los Estados Unidos en Montevideo aparecían después en ese diario como editoriales. A esa política respondía el ministro de Relaciones Exteriores, el canciller Pittaluga. No había presentado mis credenciales ante don Andresito, y ya el diario *El Día* disparaba su primer brulote por cuenta yanqui, contra Guatemala. Según ese diario, mi gobierno había suscrito un convenio con la Unión Soviética, en virtud del cual eximía de todo impuesto aduanero a las «mercaderías rusas» que importábamos. Aunque eso hubiera sido lo más justo, natural y lícito del mundo, lo cierto es que se trataba de una de las veinte mil mentiras echadas a volar por la propaganda imperialista, para dar visos de verdad a la acusación contra el régimen guatemalteco, que se formalizaría en la Conferencia de Caracas. Ya se sabe cuál: la de «enemigo número uno de la paz y la seguridad de las repúblicas americanas, quinta columna de la agresión del comunismo internacional». Esa era la letanía. Yo no tenía por qué defender a Guatemala

de un supuesto cargo, porque nosotros no podíamos aceptar que aquel hecho comercial –como si hubiera sido de cualquier otro orden de relaciones– tuviera el más mínimo cariz delictuoso. Por un deber elemental de rectificar lo que no era cierto, hice las aclaraciones del caso. Desde luego, *El Día* no las publicó. Así empecé mi gestión diplomática en Montevideo.

El verdadero rostro del Uruguay oficial, mejor dicho: del anti-Uruguay, no se mostró todavía al mundo en toda su fealdad, pero enseñó las orejas y con ellas algo del mal que lo corroía. En Caracas, ese anti-Uruguay votó a favor de Dulles. En los meses que siguieron, hasta la agresión a Guatemala, quedó claro que esa no era la voluntad del pueblo uruguayo. No era la de las mayorías batllistas. Tampoco era la de la masa del Partido Blanco, ni la de los partidos de izquierda: el comunista y el socialista. Ni siquiera la de la derecha católica de la Unión Cívica. En uso de una libertad parlamentaria que pudo sobrevivir hasta que la decapitó el yatagán puesto por los jefes militares en manos de Bordaberry, hubo enérgicas voces de protesta en el Senado uruguayo, contra la política servil de la Cancillería, en Caracas. Parlamentarios de diversos sectores como Cusano, Vignale, Ferreira, Bayley y otros, fueron los intérpretes del repudio popular. Cusano expresó:

De aquí en adelante podemos decir que además de esa definición ya popularizada en los Estados Unidos sobre «maccarthysmo» que ataca la conciencia de los individuos, su vida privada y su libertad, ahora ha quedado incorporado, legalizado y protocolizado, en América, el «maccarthysmo» de naciones que amenazan el libre albedrío y la independencia de los pueblos [...]. Ahora se practicará, de acuerdo con la imposición y el esfuerzo del ministro de Estado de los Estados Unidos, señor Foster Dulles, que actuara en Caracas como dominador, la delación y la investigación de las naciones americanas.⁵²

El canciller Pittaluga opuso a la acusación de los legisladores, para justificar a su delegación en Caracas, los elogios tributados por el *Chicago Tribune*. La justificación de Pittaluga fue apuntalada con la

⁵² Cámara de Senadores. Cuarto período de la XXXVI legislatura. Publicación informativa, núm. 156, Montevideo, 1953.

intervención de César Batlle Pacheco, quien, refutando a Cusano y aludiendo a Dulles, dio una lección de diplomacia panamericana que hubiera sonrojado al mismísimo Tartufo. Su estilo, empero, no fue clásico, sino contemporáneo. Fue más de Cantinflas que de Molière:

Frente a este panorama de América, si queremos conservar la solidaridad con los Estados americanos, tenemos, naturalmente, que transar mucho en nuestras doctrinas y aceptar la presencia de los gobiernos que no podemos cambiar y cuando el canciller de tal o cual gobierno emite una opinión, creo que no públicamente, pero sí privadamente podemos decir todo lo que ha dicho el senador Cusano. Pero si fuéramos a la conferencia y dijéramos eso, no habría conferencia. Tenemos que ir con un plan de prudencia y disimular muchas cosas muy graves y feas.⁵³

En su discurso, además, Batlle Pacheco hizo profesión de fe norteamericana, cuando expresó: «[...] la posición de los Estados Unidos es muy generosa, porque él no puede contar con la protección recíproca a la que da».

Este era el rostro verdadero: el del sometimiento que, veinte años después, llegaría a destaparse en toda su monstruosidad. He leído en estos mismos días un telegrama de la UPI, fechado en Montevideo, que muestra la cara actual de la capital uruguaya: la cara del horror, la negación más absoluta de aquella imagen seráfica que transcribí al principio. Esta es la de hoy:

Empleando tanques, ametralladoras y gases lacrimógenos, el ejército y la policía dispersaron hoy violentamente una enorme manifestación popular que protestaba contra el golpe de estado dado por el presidente Juan María Bordaberry... Disparando ráfagas de ametralladoras al aire por sobre las cabezas de millares de manifestantes, poderosas fuerzas militares y de la policía dispersaron a una multitud de miles de personas que coreaban consignas anti-gubernamentales y repetidamente gritaban ¡Abajo la dictadura!... Según testigos, varias personas resultaron heridas como consecuencia de la represión en la cual participaron además elementos de la policía con ropa civil... Tropas de la guardia republicana, a

⁵³ Ídem.

caballo, colaboraban con el ejército para reprimir a los manifestantes, utilizando sus sables incluso contra ancianos y mujeres con niños, tal como lo pudo apreciar un corresponsal de la United Press International.⁵⁴

Ese es el rostro verdadero del anti-Uruguay, por fin mostrado al mundo. El verdadero rostro que se ocultaba en el desván, mientras se mostraba el otro, el ficticio. Exactamente como en *El retrato de Dorian Gray*.

18-56° lat. S

54-76° long. O

El leviatán llega por fin al Cabo de Hornos

Cuando Ibáñez fue elegido presidente de Chile, en 1952, Claude G. Bowers, a quien ya conocemos, tenía trece años de ser embajador de los Estados Unidos, en Santiago. Desde luego, su desembozada y prepotente injerencia en el proceso electoral para impedir aquella elección no era nada inusitado, ni mucho menos. La práctica normal de la diplomacia yanqui en la América Latina, en esos años, era ese altanero y abusivo entremetimiento en los asuntos internos de nuestros países. Desde luego, para que ese estilo típicamente colonialista fuera posible, eran necesarios gobiernos obsecuentes, de reblandecida mentalidad colonizada. Como hemos visto a través de este mapa hablado, en 1953 los había y no eran pocos. Incluso, todavía los hay.

Gabriel González Videla fue políticamente una especie de «hombre abominable de las nieves», si se piensa en las cumbres andinas que hacen fondo al paisaje chileno. En el género de los colonizados que se regodeaban de serlo, figuraba a la vanguardia. Bowers hacía de él lo que quería y el pueblo chileno pagó muy caro, en campos de concentración, presos, exiliados y muertos, ese grado de entregamiento. Entre los muchos elogios que, naturalmente, el norteamericano tributa al acomodaticio presidente, hay algunos realmente regocijantes como este:

Si hay algún rincón acogedor en La Moneda, a mí se me escapó. Por eso, González Videla aprovechó al máximo el hermoso palacio de verano de Viña del Mar, a donde iba los viernes y se quedaba hasta el lunes, en verano y en invierno. Allí encontraba descanso y aire de mar. El palacio se hallaba diseñado para ese preciso propósito. Podía, en él, bañarse en la larga piscina de agua de mar, reposar o caminar por los amplios jardines, y recibir a sus amigos en almuerzos y cenas en la terraza que miraba al Pacífico. Era buen jinete y participaba durante el año en las actividades del *Papechase Club*, luciendo buena estampa con su chaqueta roja de montar.⁵⁵

Por eso, el contraste con «el rostro labrado en granito» de Ibáñez debió parecer inicialmente violento al viejo diplomático yanqui. Sin embargo, resultó mucho menos de lo que auguraban las apariencias. Ese rostro, ya a los nueve meses de ejercicio del poder, «se había suavizado con el contacto personal y parecía sinceramente amistoso hacia mi país», según dice el mismo Bowers. Varios hechos habían contribuido a ese relajamiento de la tensión inicial y a ese pronto olvido de la hostilidad del diplomático contra el candidato en quien había temido, con acepción figurada, lo mismo que plásticamente le gustaba en González Videla: la chaqueta «roja», que el programa electoral parecía anunciar. Como se verá, nunca hubo tal chaqueta.

Sucedió que a los tres meses del gobierno de Ibáñez se produjo un incidente en la Antártida, cuando marinos ingleses destruyeron un fortín chileno en la isla Decepción. Chile protestó, y, según se decía, la protesta no fue considerada siquiera en la Cámara de los Comunes. Hubo la natural indignación popular y el gobierno se vio en un serio apuro. La idea de plantear el asunto en la OEA no convencía a la Cancillería chilena, por el temor de que surgieran tercerías de otros pretendientes a la soberanía en el continente helado, entre ellos la Argentina. Y esto sucedía en febrero, coincidiendo con la visita de Perón. Tuvo que ser el embajador yanqui el que se hiciera oír del embajador inglés, Charles Stirling, a ruego de la Cancillería chilena, para zanjar el asunto. Triste y revelador episodio de aquellos tiempos.

Más triste y revelador fue el incidente del cobre, en julio del mismo año de 1953. Para presionar al gobierno a fin de que depusiera un

⁵⁵ Claude G. Bowers: *Misión en Chile 1939-1953*, p. 354.

tímido intento de defender los precios internacionales del cobre, el imperialismo apeló a un conocido chantaje. Ordenó a las compañías que amenazaran con disminuir la producción, alegando que aquella política chilena había reducido la demanda del mineral en el mercado. Disminuir la producción suponía dejar cesantes a 1 500 trabajadores, con todas las consecuencias sociales y políticas que era de imaginarse. Nuevamente la Cancillería chilena, entonces a cargo de Oscar Fanner, pidió los buenos oficios de Bowers ante la empresa «para que reconsiderara la medida y esta consintió generosamente en hacerlo». Por entonces, Milton Eisenhower y John Moors Cabot pernoctaban en Chile, cuando hacían el papel de *mici dominici* por la América Latina. No era coincidencia.

Por su larga permanencia en Chile, por el clima popular de animadversión que su impertinencia le había acarreado y, sobre todo, porque pertenecía a la diplomacia demócrata y el «Gabinete Cadillac» de Washington necesitaba puestos diplomáticos para los republicanos, Bowers debía ser remplazado. Era lo normal. Sin embargo, Eisenhower y Dulles no dieron curso rápido a la protocolaria renuncia de aquel, sino hasta que estuvieron persuadidos de que el peligro izquierdizante con que amenazaba el gobierno de Ibáñez había pasado y de que, por consiguiente, ya no necesitaban a este «especialista» en política chilena. Es él mismo quien nos da el diagnóstico de la claudicación, como quien exhibe su propia obra:

Las terribles predicciones de los pesimistas, de que [Ibáñez] derribaría rápidamente el régimen democrático, se redujeron de inmediato al absurdo cuando adoptó una firme posición contra los subversivos comunistas, contra la derogación de la ley de Defensa de la Democracia, contra la denuncia del Pacto de Seguridad Mutua. Se mantuvo estrictamente apegado a los procesos democráticos tradicionales durante los nueve meses que permanecí en Chile. Había heredado una crisis económica, con una inflación creciente. Dos años más tarde tuvo la valentía de llamar a los expertos norteamericanos en economía y administración, quienes tuvieron tanto éxito en Perú no mucho antes, para que aconsejaran sobre los medios de poner orden en lo que amenazaba convertirse en un caos.⁵⁶

Es innecesario hacer reflexiones sobre todo lo que ese párrafo implica: es muy transparente en él la mentalidad imperialista yanqui y el lector sacará conclusiones por sí mismo. Pero es inevitable la comparación entre aquellos gobiernos de indignidad y la actitud inlaudicable del de la Unidad Popular, presidido por Allende. Ya no es cuestión de ideología. Es sencillamente de decoro nacional.

Sin embargo, la clase obrera, defraudada con el incumplimiento de las promesas electorales, no se cruzó de brazos y demostró una lucidez y una disciplina de las que daría otras pruebas más tarde. Se anticipó a la claudicación con un paso decisivo en la vida del sindicalismo chileno: echó las bases de su compacta unidad e inició una trayectoria ejemplar para el proletariado latinoamericano. Tanta que, al festejar los veinte años de esa unidad, el 12 de febrero de este año, el presidente Allende pudo decir:

Son veinte años de existencia en que ha habido sufrimientos, persecuciones, destierros, muerte de trabajadores, pero en que también se ha podido superar una etapa oscura y, por lo tanto, estos veinte años significan una gran lección y experiencia.⁵⁷

En el acto en que habló Allende estaba Clotario Blest, el primer presidente de la CUT, en 1953. Tres o cuatro años después de creada la hoy madura Central Obrera, don Clotario llegó a Buenos Aires invitado por la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. Entonces lo conocí: parecía tallado en marfil, pequeño, fino, de pelo cano, tez blanquísima y ojos claros. Así de suaves eran sus maneras. Era católico y sin embargo no era por falta de ejecutorias revolucionarias por lo que había sido escogido para presidir una combativa central donde predominaban los comunistas y los socialistas. Así es Chile.

Solo la dirigencia obrera chilena de 1953 puede decirnos si entonces estaba al tanto de la gran conspiración imperialista, dirigida desde los Estados Unidos, para disolver y fagocitarse al verdadero movimiento sindical latinoamericano. Pero un hecho es incontestable y es el de que, con aquel conocimiento o sin él, la creación de la CUT, en febrero del año mencionado, fue una oportuna y contundente respuesta a la gigantesca maniobra reaccionaria planificada por los altos jefes de

⁵⁷ Discurso pronunciado en el edificio «Gabriela Mistral», en saludo al XX aniversario de la CUT.

la American Federation of Labor (AFOL), ya entonces umbilicalmente asociados a la CIA y entre los cuales los directamente responsables de la acción sobre la América Latina eran Matthew Woll, en la cumbre, y Serafino Romualdi, en la acción regional. Sobre el primero de esos personajes, es imprescindible citar una fuente muy bien informada, por razón de oficio:

Aunque no consiguió ser elegido presidente de la AFOL, continuó siendo el principal orientador de su línea política hasta la fusión [con el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO)] de 1955 [...]. Republicano de toda la vida y adversario de Roosevelt y del *New Deal*, Woll era, en todos los sentidos, el representante más preclaro del imperialismo de los Estados Unidos en la dirección de la Federación. Como presidente de la comisión de asuntos internacionales de la AFOL, Woll tenía vara alta en el desenvolvimiento del «panamericanismo sindicalista» que, en colaboración con algunos dirigentes sindicales latinoamericanos, actuaba como un apéndice de los Estados Unidos en la tarea de convertir a América del Sur en un campo de dominio exclusivo de aquel imperio.⁵⁸

Desde luego, por encima del mismo Woll estaba el pontífice máximo del imperialismo sindical, del anticomunismo actuante y de la corrupción reptante imbricada con la CIA, el sultán de la AFOL, George Meany. Rómulo Betancourt, digámoslo de paso, fue asesor jurídico y político de Meany en los años de su exilio. Así lo publicaba el *Noticiero Obrero Interamericano*, órgano de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), rama hemisférica esta de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL).

Había, por supuesto, un hilo conductor que partía de la AFOL y pasaba por el corazón de la CIOSL y de la ORIT, cuyos extremos estaban en manos de la CIA. La CIOSL fue creada por el imperialismo yanqui en 1950, como maniobra táctica dentro de la estrategia de la Guerra Fría, para romper la unidad de la Federación Sindical Mundial. Morris documenta cómo

la AFOL desempeñó un importante papel en la escisión de la Federación Sindical Mundial y tenía virtualmente en sus manos el

control de la recientemente fundada Confederación Internacional de Sindicatos Libres.⁵⁹

Lo que después vino a ser la ORIT, cuya sede fue trasladada a México en 1952, tuvo su origen en 1947, cuando se fundó en Lima la Confederación Interamericana de Trabajadores (CIT), en una conferencia a la cual asistieron

los hombres de confianza de [Serafino] Romualdi, esparcidos en todos los países de la América Latina. La CIT sirvió durante cierto tiempo de centro desde el cual la CIA pudiera extender sus contactos con las organizaciones sindicales de la América Latina.⁶⁰

La ORIT tuvo, de nacimiento, el objetivo de desintegrar a la Confederación de Trabajadores de la América Latina (CTAL), creada en México bajo la dirección de Lombardo Toledano, para agrupar a las organizaciones sindicales latinoamericanas de izquierda, afiliadas a la Federación Sindical Mundial.

En 1952, la acción de la ORIT, que nunca logró ablandar como hubiera querido la resistencia de los trabajadores latinoamericanos, empezó a hacerse sentir hasta en la Argentina justicialista de Perón. Aunque no pudo, naturalmente, romper el bloque granítico de la CTC peronista, creó algunas dirigencias a las que presentó como «gremios democráticos», mientras, por otra parte, se hablaba en el exterior de un Movimiento Pro-Democratización e Independencia de los Sindicatos, que murió por inanición. Perón no tardó en responder al reto de la ORIT: el dirigente de la CTC, Espejo, fue enviado a México, donde fundó otra central a nivel latinoamericano: la Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas (ATLAS), cuya sede estaría en Buenos Aires. La Conferencia Regional de Obreros Mexicanos (CROM) se adhirió a ella, no así las centrales de Guatemala (CGTG) y Bolivia (CTB), que, en 1952, mantenían una línea definida de izquierda y militaban en la CTAL y en la FSM. Sin embargo, Lombardo Toledano saludó a la nueva entidad, en su nacimiento, y declaró que si sus objetivos eran los de luchar contra el imperialismo y por el mejoramiento de los trabajadores, la CTAL y la ATLAS podían marchar juntas (*El Popular*, 11 de

⁵⁹ *Ibidem*, p. 52.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 78.

noviembre de 1952), y discutir las «bases mínimas para concertar su unidad de acción en defensa de los intereses de los trabajadores, como base... para una futura unidad orgánica de todos los trabajadores de la América Latina» (Ídem, 21 de noviembre de 1952).

En definitiva, ni la ORIT, que era la ultraderecha proimperialista; ni la CTAL, que era la izquierda revolucionaria; ni la ATLAS, que expresaba la «tercera posición» peronista, en el orden sindical, lograron una verdadera, mayoritaria y duradera unidad de los trabajadores latinoamericanos, porque esta es consubstancial con la revolución en marcha en la América Latina.

No era solo en el terreno sindical en el que se pretendía crear dificultades al régimen de Perón, provocando incluso algunas huelgas. También se hablaba de lo mismo entre ciertos grupos universitarios, generalmente hijos de las familias aristócratas del llamado «barrio norte». En la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) había habido siempre una enconada oposición entre los llamados «reformistas» en recuerdo de la reforma universitaria de 1918, antiperonistas, y una derecha que se denominaba «humanista». Era evidente que había fuerzas empeñadas en agudizar el clima difícil que confrontaba Perón, por efecto de las circunstancias económicas y fiscales por las que atravesaba el país. El nuevo plan quinquenal, cuyo objetivo era consolidar las tres banderas justicialistas: la justicia social, la independencia económica y la soberanía política, tropezaba para su cumplimiento con una caída vertical de las divisas con que el régimen había contado en su primera etapa, en la década anterior, y las exportaciones disminuían a causa de la baja producción en la carne y en el trigo, que, incluso, obligaba a restricciones del consumo local. Tales fuerzas se hicieron oír el 15 de abril de 1953 cuando estallaron dos bombas en la Plaza de Mayo, mientras Perón hablaba a una concentración de 50 000 trabajadores, y dejaron seis muertos y noventa y tres heridos. Un severo crítico del régimen peronista nos ofrece este breve comentario: «Una agitación que parecía encontrar por primera vez algún eco popular iba a manifestarse en actos de terrorismo ejecutados por distinguidos miembros de nuestras familias patricias».⁶¹

Desde 1946, consecuente con las líneas programáticas del justicialismo, Perón mantuvo inalterables las relaciones con los países socialistas, sin plegarse a los dictados norteamericanos de la Guerra Fría, ni a la política antisoviética codificada en Rio de Janeiro, en 1947, con el llamado Tratado de Asistencia Recíproca. En 1952 fue renovado el convenio comercial con Polonia y la revista mexicana *Índice*, aludiendo también a la restricción a las importaciones decretada por la misma época, dijo que «una y otra cosa [estaban] muy lejos de los deseos norteamericanos» (núm. 7, enero-marzo de 1953). En octubre de 1953, así mismo, fue firmado un nuevo convenio comercial con la Unión Soviética. Las relaciones no eran solo diplomáticas y comerciales, sino también culturales. Muchas veces asistí al Instituto de Relaciones Culturales Argentina-URSS (IRCAU) donde solía encontrarme con amigos míos, por lo general miembros del PC. En eso no fue alterada la política del régimen, pues, aun en 1955, el propio Perón inauguró un inmenso pabellón con la estrella roja, cerca de la Estación Retiro, hacia el puerto, donde se exponían los adelantos de las industrias soviéticas, livianas y pesadas.

En cambio, las relaciones con los Estados Unidos experimentaron un cambio que no obedeció seguramente a la visita de Milton Eisenhower, pero que coincidió con ella. El 21 de agosto de 1953 fue emitida la ley número 14122 sobre inversión de capitales extranjeros

que estimulaba la importación de los mismos en forma de máquinas e instalaciones, imponía garantías contra la nacionalización sin «retribución justa», establecía cuotas de exportación de las ganancias y de repatriación de los capitales mucho más ventajosas que antes.⁶²

En 1950 había sido contratado un empréstito norteamericano de 125 millones de dólares.

Pero donde el problema se agudizaba era en el campo energético. Desde 1907, la Argentina era dueña de su petróleo, el que extraía por medio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). Esta entidad había superado épocas difíciles, durante gobiernos anteriores, no siempre muy celosos en la defensa del combustible nacional, como que habían hecho concesiones a los dos colosos y, en el inmediato

⁶² Víctor Volski: *América Latina. Petróleo e independencia*, p. 253.

pasado, rivales en América como en el Medio Oriente: la Standard Oil y la Royal Dutch. El gobierno de Perón mantuvo hasta 1953 una política defensiva del monopolio estatal y trató de vigorizarlo al máximo. Transcribiré, a este respecto, párrafos de tres expositores nada peronistas sino críticos muy severos del régimen, relativos tanto a la política petrolera de este como a la hostilidad de las empresas imperialistas, antes y durante 1953. El primero es el ya citado Víctor Volski. Este dice:

A partir de 1943 cambia la política oficial con respecto a YPF. El gobierno de Juan Perón trata de establecer un equilibrio entre la dominación económica de la oligarquía y la intensificación del papel político de la clase obrera, cifrando grandes esperanzas en el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado. Perón comenzó intentando elevar el prestigio de YPF. En 1943 se declaró fiesta nacional el 13 de diciembre, día en que se descubrió el petróleo (1907). En 1949 se aprobó la nueva Constitución, cuyo artículo 40 establecía el monopolio del Estado en la exploración y la extracción. Por cierto que la ley conservaba el derecho de los monopolios extranjeros de explorar las concesiones otorgadas con anterioridad... Pero la política de los monopolios extranjeros se hizo más agresiva, pues las concesiones parciales solo sirvieron para aumentar sus pretensiones. La Standard Oil y la Royal Dutch Shell no tenían la menor intención de aumentar la extracción en sus áreas. Por ejemplo, la primera de estas empresas, hasta 1952 inclusive, no había perforado un solo pozo, había cerrado totalmente algunos de sus yacimientos (Sol, Dadín, etc.) e interrumpido por completo los trabajos de cateo. Al mismo tiempo, los monopolios extranjeros continuaban haciendo el boicot a YPF en los mercados de maquinarias, a raíz de lo cual no podía aumentar su extracción. En el curso de diez años YPF no pudo superar el nivel alcanzado en 1943.⁶³

Nuestro otro informante es Adolfo Silenzi de Stagni, profesor titular de Derecho Agrario y Minero, de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, cuyo libro *El petróleo argentino*, que contiene la versión taquigráfica de una clase dictada el 26 de mayo de 1955, contra el contrato con la compañía norteamericana California Argen-

tina, fue calificado por el diario *Die Welt*, de Hamburgo (31 de agosto de 1955), como «el más importante aporte de argumentos que tuvo la oposición para luchar contra Perón». Dice en ese libro Silenzi de Stagni:

[...] no quiero dejar de destacar entre las medidas de gobierno que han significado un progreso para YPF, las siguientes:

1. El aumento de nuestra flota petrolera, que alcanza en 1953 a 340 421 toneladas de registro bruto, colocándonos en el 10° lugar entre todos los países del mundo. Sin embargo, todavía estamos lejos de poder afirmar que nuestro país cuenta con la flota petrolera que necesita para su tráfico internacional, pues solo un 20 % del total de las importaciones de combustibles líquidos ha sido transportado en buques tanques de bandera argentina. En cualquier caso, es indiscutible que hemos progresado y si tomamos las cifras de 1951, nuestros petroleros ahorraron al país la salida de más de 20 millones de dólares en concepto de fletes [...].
2. También YPF ha progresado en cuanto a su capital en destilerías, sobre todo, cuando se ponga en marcha próximamente la que se encuentra en construcción en la provincia de Buenos Aires. Estos trabajos debieron concluirse hace ya tiempo, pero por diversas causas, no imputables a la firma constructora, se ha postergado la inauguración.⁶⁴

Finalmente, recojo el testimonio estrictamente técnico de un economista argentino, Marcelo Isacovich, quien en solo dos párrafos nos descubre toda la monstruosidad de la política imperialista, que no omitió medios para cercar económicamente a la Argentina de la época justicialista, a fin de paralizarla en su desarrollo independiente y obligarla a encausarse por el trillado rumbo de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos, en aquellos años de omnipotencia imperial. La táctica variaba respecto a la que se empleaba con Guatemala, pero el objetivo era el mismo. Se semejaba más bien a la de Bolivia, aunque, naturalmente, la tarea de ablandamiento era mucho más ardua. Incluso, en el caso argentino, el imperialismo no contaba con los bien ubicados caballos de Troya—que, en el caso brasileño, aplastaban bajo los

⁶⁴ Adolfo Silenzi de Stagni: *El petróleo argentino*, Buenos Aires, 1955, p. 116.

casos la desesperada resistencia nacionalista de Getulio Vargas—. No obstante, la operación anti-Perón marchaba y la petrolera constituía una de las duras tenazas:

En el año 1949—dice Isacovich—, el entonces Ministro de Hacienda reconoció en un debate parlamentario que Estados Unidos negaba las licencias para vendernos equipos petroleros. Los aliados a la Standard Oil dentro del país lograron que nuestro gobierno se sometiera a tal política y no adquiriera en otros países los equipos que Norteamérica negaba. El oro y las divisas que debieron emplearse en equipos de perforación, oleoductos, etc., se malgastaban importando petróleo, en lugar de extraer el nuestro.

Los monopolios llevaron al país a un atolladero: creciente necesidad de importar petróleo y agotamiento de las divisas para adquirirlo. Pero los voceros del capital imperialista iniciaron una ruidosa campaña tendiente a responsabilizar a YPF de la situación y convencer a la opinión pública de que el único medio de aumentar la producción era otorgar concesiones a los monopolios. A partir de 1953, va llegando a Buenos Aires una corriente cada vez más nutrida de emisarios del capital petrolero estadounidense, proponiendo diversas formas de intervención. En 1954 se negoció un contrato con la Atlas Corp. y Dresser Industriales por el cual se le otorgaba una concesión y se solicitaban préstamos norteamericanos para la industria del petróleo. La política del capital financiero de Estados Unidos fue expuesta por la revista *Fortune* que dijo: estamos en un todo de acuerdo, pero los dólares se los daremos a la Standard Oil y no al gobierno argentino. Si quieren petróleo dejen piedra libre a la Standard Oil; ella pondrá los dólares.⁶⁵

En 1954, Arbenz me trasladó de la Embajada de Guatemala en Montevideo a la de Buenos Aires. Eran las vísperas de la X Conferencia Interamericana, de Caracas, donde Foster Dulles, como tonante fiscal frutero, emplazaría a mi gobierno ante el cónclave panamericano. No cifrábamos ninguna esperanza en ese cónclave, porque conocíamos su incondicionalidad al imperialismo. Pero la Argentina había sido independiente en su política internacional,

durante la última década, y de ella cabía esperar una actitud distinta. En Caracas mantuvo aquella línea, dentro de lo que permitían las circunstancias que he descrito: no votó en contra de Dulles y cuanto este representaba, como nosotros; pero se abstuvo, como México, apartándose de la mayoría sumisa.

4-18° lat. N
56-79° long. O

Injerencias en el imperio provector

El 22 de abril de 1958 quedó instalado el primer parlamento de la Federación Británica del Caribe, en Puerto España, isla de Trinidad, capital de la nueva entidad colonial. Esta comprendió a muchas de las llamadas Antillas Menores, con una población aproximada de tres millones de habitantes: desde Jamaica, al sur de Cuba, hasta Trinidad, frente a la costa de Venezuela. Incluía a Jamaica, a Tobago, a Barbados y a los grupos de Barlovento o *Windward* (Dominica, Granada, Santa Lucía, San Vicente) y de Sotavento o *Leeward* (Antigua, Barbuda, Redonda, Saint Kitts, Nevis, Anguila y Monserrat). Este era el imperio colonial británico del Caribe, al cual pertenecía también la Guayana inglesa.

Es sabido que ese imperio se formó entre los siglos XVIII y XIX, de acuerdo a la ley de los colonialismos, que puede enunciarse, en traducción vulgar, con la conocida expresión: «lobos a lobos se muerden». Aunque el ojo de Colón, y solo el ojo, las recorrió en sus viajes y de ello tenemos amenos relatos escritos por su acompañante, el doctor Chanca, España consideró oficialmente «inútiles» a esas islas pobres en metales preciosos y en densas y organizadas poblaciones aborígenes y las abandonó a otros apetitos: ingleses, franceses y holandeses.

Un viajero que recorrió las Antillas hace veinte años nos ofrece el saldo de esos siglos de colonialismo:

Como primera impresión las Antillas provocan en el viajero una sorprendente sensación de vetustez. Y es que en verdad, no se esperaba en nuestros días hallar tan evidentes síntomas de la esclavitud.

Después de casi más de un siglo —¿es mucho tiempo un siglo?— los vestigios de la odiosa institución no han desaparecido. Los hombres se han emancipado; hoy ya no se los caza a tiros de mosquete, pero la sociedad esclavista ha sobrevivido.⁶⁶

A la dispersión geográfica, impuesta por la Naturaleza y fácilmente apreciable en el mapa, vino a agregarse el distanciamiento recíproco determinado por las influencias culturales, especialmente lingüísticas, de origen metropolitano. En unos pocos siglos, ese mundo antillano se alejó también de nuestra América, al cual le une un denominador común mucho más importante que los matices étnicos, lingüísticos o de otro orden: el de su común explotación por los colonialismos del pasado y del presente y el de las comunes consecuencias de esa explotación. Ahora todo eso está cambiando y ya los americanos meridionales, en lucha contra el colonialismo y el neocolonialismo de cualquier procedencia, nos reconocemos como partes de un todo común, como lo hemos sido siempre. Las excolonias británicas ya independientes están señalando ese camino.

El viajero mencionado apuntaba hacia 1955 que «a pesar de su aislamiento y de sus aparentes diferencias, las Antillas tienen un patrimonio común indiscutible: la miseria». Los herederos de las que fueron colonias españolas, portuguesas y francesas, tanto en el Caribe como en el Continente, sabemos muy bien que ese fue también el patrimonio que recibimos, al romper la coyunda metropolitana. Sin embargo, siendo común ese denominador ha tenido diferencias en el curso de la historia. Así como las hubo y las hay entre nuestra familia de herencia ibérica, en el mayor o menor grado de pobreza, las había hace veinte años y, seguramente, las hay todavía en el cuadro antillano. Las colonias británicas exhibían números menos angustiosos.⁶⁷

⁶⁶ Daniel Guerin: *4 colonialismos sobre las Antillas*, p. 26.

⁶⁷ Como ya dije en otra parte y, según cifras mencionadas por Guerin, el nivel medio de vida por habitante, sería, en 1952: 180 a 200 dólares anuales, en Puerto Rico y Antillas Holandesas; 140 a 150, en Islas Vírgenes y Trinidad; 75 a 135, en Cuba; 103, en Jamaica; 100, en Antillas francesas; 63, en República Dominicana, y 24, en Haití.

Era también en esas colonias, en Jamaica, Trinidad y Barbados, sobre todo en donde las clases explotadas, predominantemente de origen esclavista africano, pero también hindú, a partir de la abolición de la trata a mediados del siglo pasado, habían cobrado una más madura conciencia de clase y enfrentado a la discriminación de la plantocracia blanca. Los líderes y las masas habían reaccionado exitosamente contra la inercia colonial y obtenido del imperio concesiones políticas y sociales. En Trinidad, la lucha por las reivindicaciones no era solo contra la plantocracia azucarera. Allí el sindicalismo había alcanzado un elevado nivel entre los trabajadores petroleros en la década de los cuarenta y, en un momento, la Oilworkers Union, afiliada a la Federación Sindical Mundial, contó con 10 000 afiliados. El sufragio universal y la participación en el gobierno eran conquistas logradas desde 1944, en Jamaica; desde 1950, en Barbados, y desde 1946, en Trinidad.

Sin embargo, ese penoso ascenso hacia una verdadera liberación no solo política, sino también del atraso secular, de los terribles índices de desarrollo, de las condiciones infrahumanas de sus densas mayorías tenía al nuevo enemigo en las puertas, si no dentro de la propia casa. Era el imperialismo yanqui, siempre rampante sobre el Caribe, según historia muy vieja y muy conocida. A este peligro obedeció la revitalización, por parte de la oficina colonial británica, del proyecto de federalización de las *British West Indies*. Con ese fin se reunieron en Londres, a principios de 1953, los delegados de los parlamentos de Jamaica, Trinidad, las Leeward y las Windward. El plan comprendía también la posterior incorporación de la Guayana inglesa, Belice, las Islas Vírgenes (británicas) y Barbados. «Esta medida obedece a la marcada orientación de algunos grupos coloniales privilegiados hacia los Estados Unidos, por una parte, y a la exigencia cada vez mayor de los grupos populares de obtener su independencia, por la otra», comentó la revista *Índice* (núm. 7, enero-marzo de 1953).

El 23 de febrero de 1956 fue anunciado en Londres, solemnemente, después de una prolongada conferencia, el surgimiento de la Federación antillana. Con el establecimiento del primer parlamento en Puerto España, en 1958, culminó un proceso iniciado casi un cuarto de siglo antes, en 1932. Pero la Federación no duraría mucho. La marcha hacia la independencia era indetenible.

La más avanzada de las posesiones inglesas en el Caribe, en orden a organización y conciencia política y social, era la Guayana Británica, que, en definitiva, no formó parte de la Federación. Con 214 962 kilómetros cuadrados y más o menos medio millón de habitantes, no era muy antigua como colonia británica. Data de las primeras décadas del siglo XIX. En ese espacio de tiempo relativamente corto, se había formado una de las más heterogéneas sociedades de nuestra América. Marginada física y socialmente la primitiva población aborígen, la de las familias sobrevivientes de «amerindios» confinadas a los «matorrales» de occidente, la faja más poblada y activa, sobre el Caribe, estaba poblada por hindúes, en su mayoría, y por negros, ingleses, portugueses y chinos. Los primeros, los más numerosos, eran más bien rurales, plantadores de arroz o trabajadores en los cañaverales y en los ingenios azucareros. Los negros, segundos en importancia numérica, eran predominantemente urbanos, en Georgetown y Nueva Amsterdam, y constituían gran parte de la burocracia y de la clase obrera calificada. Los chinos y los portugueses, muy minoritarios, se aplicaban al comercio y los pocos ingleses nativos miraban desde su altura étnica al resto, sin admitir que fuesen tan guyaneses como ellos. Además del arroz y el azúcar, la Guayana Británica poseía una codiciada riqueza para la exportación: la bauxita.

Así era la Guayana Británica en el año del Moncada. Ahora es, más o menos, igual. Pero ya no se llama así. Es simplemente Guyana, república independiente, desde que adoptó el sistema presidencialista, en febrero de 1970, y abandonó el raro estatuto monárquico recibido con la independencia formal en 1966. En 1953, el pueblo llegó al poder sorpresivamente, por primera vez, mediante un inesperado triunfo electoral del Partido Popular Progresista (PPP). Sin embargo, el dominio absoluto del colonialismo había principiado a agrietarse desde 1947, cuando Cheddi Jagan ganó una banca en el parlamento como candidato opositor y formuló las primeras denuncias contra el sistema, especialmente contra el monopolio azucarero inglés y contra los directorios de los tres diarios que controlaban la prensa y la radio mancomunadamente. El PPP fue creado en 1950 y rápidamente se convirtió en mayoritario. Su denominación de «popular progresista» respondía a la realidad. Su tenaz campaña por el sufragio universal

y por el aumento del número de diputados de elección popular tuvo éxito: la Corona concedió la reforma en 1952.

Al año siguiente, las masas guyanesas se volcaron literalmente sobre las urnas. Sufragó un cuarto de millón (el 74 %), y el triunfo del PPP fue aplastante sobre sus principales contendientes: el Partido Democrático Nacional (NDP), apoyado por los grandes negocios, la prensa y las iglesias; el Partido Nacionalista de Guayana, agrupación ocasional, electorera, improvisada por los dirigentes azucareros de Berbice, y el Partido Unido de Obreros y Campesinos (UFWP), carente de unidad, de obreros y de campesinos, creado y dirigido por Daniel Prabhudas Debidin, indostanófilo a ultranza. Lindes Forbes Burham, presidente entonces del PPP, triunfó en Georgetown con el voto de los «africanos», sus hermanos étnicos; Cheddi Jagan, en Corentyne Coast, con el sufragio de los «indios orientales», a los cuales pertenecía, y Janet Jagan, en West Essequibo. Con ella y otras dos candidatas elegidas, la mujer ingresó en el parlamento guyanés.

Aunque rotunda (18 diputados con opción de nombrar seis ministros), la del PPP fue una victoria mediatizada, pues el gobernador inglés seguía allí, por encima de todo, con su poder de veto en alto, pronto a descargarlo sobre cualquier intento de cambiar el estatus colonial o de afectar los privilegios de la plantocracia azucarera. En otras palabras: era misión del gobernador hacer cumplir la doctrina colonialista de Winston Churchill, que, según Aneurin Bevan, era esta: «Sois libres de escoger el gobierno que querrais, mientras sea el tipo de gobierno que nosotros queremos».

La palmeta alzada del veto, en manos del gobernador, se explicaba por la carga de prejuicios que el PPP había arrastrado en su contra durante la campaña electoral. El testimonio de Cheddi Jagan es de primera mano y absolutamente fidedigno, pues vinieron a corroborarlo los hechos que acontecieron 133 días después del 30 de mayo de 1953, día en que fue inaugurado el Consejo Legislativo con mayoría popular progresista. Cuenta Jagan:

Los principales puntos hacia los que la oposición dirigía sus virulentos ataques contra nosotros eran complots internacionales, campos de trabajo forzado, comunismo, la Unión Soviética. Se nos atacó por ser instrumentos de Moscú y por querer instaurar un

régimen obstinado en destruir los derechos y las libertades democráticas del pueblo guyanés [...]. En esta campaña la oposición contaba con el apoyo de los hombres de negocios, de la prensa y de las iglesias. Los tres diarios, con sus direcciones entrelazadas, representando al azúcar, la minería, el comercio y las finanzas, eran las principales armas contra nosotros [...]. Las iglesias también jugaron un papel en la oposición del PPP. Esto se debía a que en nuestra sociedad colonial, los jerarcas de la Iglesia Anglicana estaban fuertemente identificados con los gobernantes. Los colonos y sus partidarios eran inseparables del alto clero anglicano y por eso la Iglesia Anglicana estaba profundamente comprometida con la conservación del *statu quo*. Un papel semejante fue desempeñado por la Iglesia Católica Romana, controlada por el pequeño pero rico grupo de portugueses, quienes después del grupo dominante británico-europeo ocupaban el segundo lugar en el control de la vida social y económica del país [...]. La oposición principal, sin embargo, no venía de la Iglesia Cristiana. Los grupos organizados indostanos y musulmanes (*Hindú Maha Sabha*, el Consejo de los Pandits, el *Sad'r Islamic Anjuman* y la Liga Musulmana), aunque por razones diferentes, también se sumaron a la batalla contra nosotros.⁶⁸

Lo que las iglesias cristianas defendían era el privilegio llamado «control dual» de las escuelas, que consistía en que sus cleros monopolizaban la enseñanza y el gobierno colonial les pagaba. El PPP objetaba ese privilegio. En cuanto a las prédicas de los sacerdotes, *pandits* y *moulvies* hindúes y musulmanes, en los púlpitos, templos y mezquitas perseguían exacerbar sentimientos racistas entre las poblaciones negra e india, para echarlas contra el PPP. Pero no dio resultado, como lo demostraron los números.

Envoltura racista se le dio también a la cuestión de la Federación antillana. El PPP era categórico en su posición favorable al ingreso de la Guayana en la Federación, en tanto que los dirigentes racistas indostanos, con Dibidin a la cabeza, se oponían, con el argumento de que «los intereses indostanos en la Guayana Británica se verían

⁶⁸ Cheddi Jagan: *El Occidente en el banquillo de los acusados. Mi lucha por la libertad de Guyana*, Londres, 1966. Traducción al español inédita.

comprometidos si se sumergía en una Federación antillana dominada por los negros». A la tesis popular-progresista de un referéndum para que la voluntad general decidiera sobre el ingreso a la Federación, los reaccionarios indostanos opusieron la consigna *Apan Jaat*, es decir, «tu propia raza». En el fondo de todo eso, no había nada más que una maniobra electorera más.

El gobierno del PPP inició sus tareas a partir de junio de 1953, consciente de que no podría ir muy lejos, dadas las limitaciones coloniales. Las medidas eran, realmente, moderadas: supervisión de las escuelas por el gobierno y por comités locales; extensión del sufragio universal a las gobernaciones locales; representación obrera en las Juntas y Comités gubernamentales; revisión de las tarifas del personal médico estatal, para hacer accesible el servicio a todo el pueblo; supresión de gastos superfluos; aumento del número de becas; seguridad social e indemnizaciones para los obreros; mejora del drenaje y la irrigación; aprovechamiento de extensas tierras mantenidas sin cultivo; y control de alquileres, de acuerdo con las autoridades centrales de Vivienda y Planificación. La jornada laboral máxima de 8 horas y el salario mínimo para determinadas categorías de trabajadores completaron el discreto programa inicial de realizaciones del Partido Popular Progresista.

Sin embargo, fue suficiente para apuntar contra el gobierno presidido por Jagan una buena parte de las baterías montadas para la «guerra fría» por el llamado «mundo libre». En este orden y en esa época, Londres respondía cumplidamente al comando de Washington. El propio Churchill había declarado la «guerra fría» contra el socialismo, seis años antes.

Había además agravantes por omisión y agravantes por comisión. Entre estos estaban la derogatoria de la ley de Publicaciones Indeseables, típico estatuto de persecución ideológica, puro instrumento macartista; la reforma a la injusta Ordenanza sobre arrendamiento a los cultivadores de arroz, de 1945; la aprobación, en la Cámara Baja, de la ley de Relaciones Laborales, lamentablemente inspirada en la ley Wagner, la ley de trabajo de los Estados Unidos tan odiada en los altos círculos yanquis, y la resolución de la cámara de diputados en favor del indulto a los esposos Rosenberg. Pero los agravantes por

omisión fueron quizá los más graves: primero, el gobierno del PPP no se hizo representar en Londres, para la coronación de la reina, como lo hizo, por ejemplo, Trujillo por medio de una tierna infanta, como se recordará; y, segundo, tampoco se envió delegación a Jamaica, para que rindiera pleitesía a Su Majestad. Con esto quedó demostrado, más que con cualquiera otra cosa, que el gobierno del PPP era «comunista» y que amenazaba la existencia misma de Occidente.

La reforma de la Ordenanza de arrendamiento de terrenos de cultivo arrocero tendía a dar alguna protección a los campesinos que ocupaban esos terrenos, hasta entonces inermes y víctimas de toda clase de exacciones. Pero el Consejo de Estado (Cámara Alta) rechazó la reforma y la calificó de «dictadura totalitaria», porque no se limitaba a los arroceros. También ponía coto a la escandalosa especulación con tierras de la Corona, por parte de hacendados residentes o absentistas, barones de la plantocracia azucarera al mismo tiempo. En suma, liberaba a los campesinos de una servidumbre con residuos feudales. Era, para espanto de la reacción colonial, una «reforma agraria». No menos atentatorio contra los grandes intereses azucareros era el Proyecto de Relaciones Laborales, aprobado por la Asamblea mientras desembarcaban en la Guayana las tropas británicas. Porque además de las reivindicaciones comunes y corrientes en cualquier legislación del trabajo, ese proyecto suponía el reconocimiento del Sindicato de Obreros Industriales de la Guayana (GIWU).

Fueron esas pocas medidas de gobierno las que hicieron temblar al imperio. Tembló como si la corona se le hubiera movido un milímetro en la cabeza a Su Majestad. El 4 de octubre de 1953, *sir* David Maxwell Fyfe, ministro del Interior; *mister* Oliver Littelton, ministro de Colonias; y *sir* Sydney Abrahams, jefe de los consejeros legales de la Oficina de Relaciones de la Comunidad Británica de Naciones y del Ministerio de Colonias, volaron literalmente a entrevistarse con Su Majestad, en Balmoral Castle. Dos días después, el Ministerio de Colonias declaraba: «es evidente que las intrigas de los comunistas y sus asociados, algunos de los cuales ocupan puestos ministeriales, amenazan el bienestar y la buena administración de la colonia». Por ello, el gobierno de Su Majestad había enviado fuerzas navales y militares a la capital, Georgetown, «con el fin de preservar en ella la paz y la seguridad de todas las clases».

Al efecto, las fragatas *Bigbury Bay* y *Burghead Bay* ya surcaban el Atlántico, hacia la Guayana. El crucero *Superb* zarpaba de Jamaica con 500 soldados, en tanto que el crucero *Sheffield* y el portaviones *Implacable*, este en maniobras de la OTAN, que interrumpió, eran puestos en estado de alerta. El imperio se ponía otra vez en pie de guerra. La civilización occidental estaba nuevamente amenazada. Una prueba adicional, pero importante, la ofrecía el secretario colonial de Belice (Honduras Británicas), Thomas Vickers, quien había descubierto un vínculo secreto entre sus opositores beliceños, el gobierno del PPP y ¡los comunistas guatemaltecos!. Este elemento no podía faltar, dada la ubicación de Belice dentro de territorio guatemalteco, pero también dentro del imperio británico. Claro que a Jagan y su gobierno se les atribuían así mismo conexiones con los mau-mau de Kenia y con los «terroristas» de Malaya. Sin embargo, ni los corresponsales del *Daily Mirror* y del *Daily Mail* vieron agitación ninguna en Georgetown, ni diarios como el *Times* y el *Observer* creyeron una palabra de toda la propaganda montada por el imperio. Era notable la identidad y la sincronía de esa propaganda con la de Washington.

El 9 de octubre, recordado entre los guyaneses como «viernes negro», llegó a su fin el efímero primer gobierno del Partido Popular Progresista. John Cutch, primer secretario del gobierno colonial, leyó la siguiente declaración:

El gobierno de Su Majestad ha decidido que la Constitución de la Guayana británica sea suspendida para impedir la subversión comunista del gobierno y una peligrosa crisis tanto en el orden público como en los asuntos económicos [...]. El gobernador ha sido investido con poderes de emergencia y ha retirado las carteras a los ministros del partido. Han arribado tropas para asistir a la policía e impedir el desorden que pudiera ser fomentado.

Jagan escribió en su libro: «[...] según yo creo, la causa principal de la suspensión de nuestra constitución fue la presión ejercida por el gobierno de los Estados Unidos». No hay duda de esto. Ese mismo gobierno suministró la prueba de su injerencia: mientras las tropas británicas desembarcaban, declaraba oficialmente:

El gobierno de los Estados Unidos se sentiría gravemente preocupado ante la amenaza a la seguridad del hemisferio que surgiría si

la Guayana inglesa cayera víctima de la conspiración comunista internacional... Este gobierno toma nota con complacencia de que el gobierno británico hace frente a la situación.⁶⁹

Además de todo lo que ya sabemos, la injerencia yanqui en el derrocamiento del Partido Popular Progresista de la Guayana inglesa, en 1953, se explica con una sola palabra: bauxita. Razones tuvo el congresista Jackson, cuando visitó a la Guayana invitado por el gobernador Savage, en septiembre de ese año decisivo, para declarar que «estaba dentro de la zona estratégica de los Estados Unidos». Tanto más cuanto que ya entonces era indudable la existencia de petróleo, torio radioactivo y cobre. La Unión Carbide entraría pronto a extraer manganeso y nada contradecía la deducción de que la Guayana Británica fuera tan rica en hierro como su vecina de Venezuela. He allí la importancia estratégica. He allí el fundamento de la política norteamericana, advertida a las viejas metrópolis europeas: «No nos oponemos, antes bien estimularemos, la independencia de sus colonias de este hemisferio, siempre que les sea otorgada bajo gobiernos que sean adictos a nosotros». Esa fue la política en 1953. Esa misma sería una década más tarde, como lo reveló Drew Pearson en un artículo titulado «Castro y Jagan» y distribuido en marzo de 1964. Dijo allí el conocido plutogogo:

Si los Estados Unidos permitieron que Cuba se hiciera comunista fue por pura negligencia y chapucería diplomática. El problema ahora consiste en mirar al frente y asegurarnos que no cometeremos de nuevo el mismo... error en la Guayana Británica, el presidente Kennedy habiendo sufrido profundas quemaduras en las operaciones de la Bahía de Cochinos, sí tuvo visión.⁷⁰

No obstante, también Kennedy fue aplastado por el monstruo que había trepado a la cumbre del poder norteamericano en enero de 1953: el imperio de los *big-big-business*.

He terminado el mapa hablado de la América Latina en el año del Moncada. Las evocaciones que he hecho y las lecturas a que me he obligado han sido como volver a recorrer el suelo de mi patria. Porque

⁶⁹ Tomo el texto de la revista venezolana *Cruz del Sur*, núm. 16, diciembre de 1953, artículo «La Guayana inglesa».

⁷⁰ Citado por Jagan.

creo como Bolívar que «para nosotros, la patria es la América», la América meridional como él la definía o nuestra América, como la sentía Martí.

Deseo que este mapa haya dejado una visión, aunque sea panorámica, de la gran masa irredenta latinoamericana, en 1953:

Esa gran masa a la que todos ofrecían y a la que todos engañaban y traicionaban, la que anhelaba una patria mejor y más digna y más justa; la que estaba movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansiaba grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y estaba dispuesta a dar para lograrlo, cuando creyera en algo o en alguien, sobre todo cuando creyera suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre.

Esas no son palabras mías, desde luego. Son de *La historia me absolverá*. Yo solo las he puesto en pasado. No porque no haya aún masas irredentas en la América Latina, sino porque, referidas al pueblo cubano, convenían también a todos los pueblos latinoamericanos de entonces.

Fidel Castro lo sabía y no olvidó a esos pueblos al enunciar la doctrina revolucionaria del 26 de Julio y al anticipar, desde entonces, una solidaridad de la cual ha dado tan inequívocas muestras la Revolución Cubana. En su pensamiento de aquella hora estábamos presentes los pueblos tiranizados y saqueados de la América Latina, cuyo dolor era semejante al cubano. Por eso lo hacía suyo cuando señalaba que, bajo la revolución triunfante, «los perseguidos políticos por las sangrientas tiranías que oprimían a naciones hermanas, encontrarían en la patria de Martí, no como entonces, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan». Pocas veces una promesa ha sido tan fielmente cumplida.

Por ser Cuba en 1953 una de las dos decenas de síntesis de nuestra angustia común, las proyecciones del 26 de Julio tenían que trascender los límites de la Isla y extenderse a toda la América Latina, como sucedió. Por eso también, con la Revolución Cubana, cuyo punto de partida fue el 26 de Julio, el mapa que hemos visto empezó a cambiar. En solo veinte años todavía no ha cambiado del todo. Pero el cambio avanza con ritmo acelerado. Y un día este mapa solo será

un recuerdo remoto, tal vez pintoresco, tal vez doloroso, para los aficionados al sabroso deleite de las cosas viejas. Porque nuestra América será distinta.

La Habana, julio de 1973

23° 00'-23° 12' lat. N
82° 12'-82° 30' long. O

Tomado de *Casa de las Américas*, año XIV, núm. 80, septiembre-octubre de 1973, pp. 4-46.

